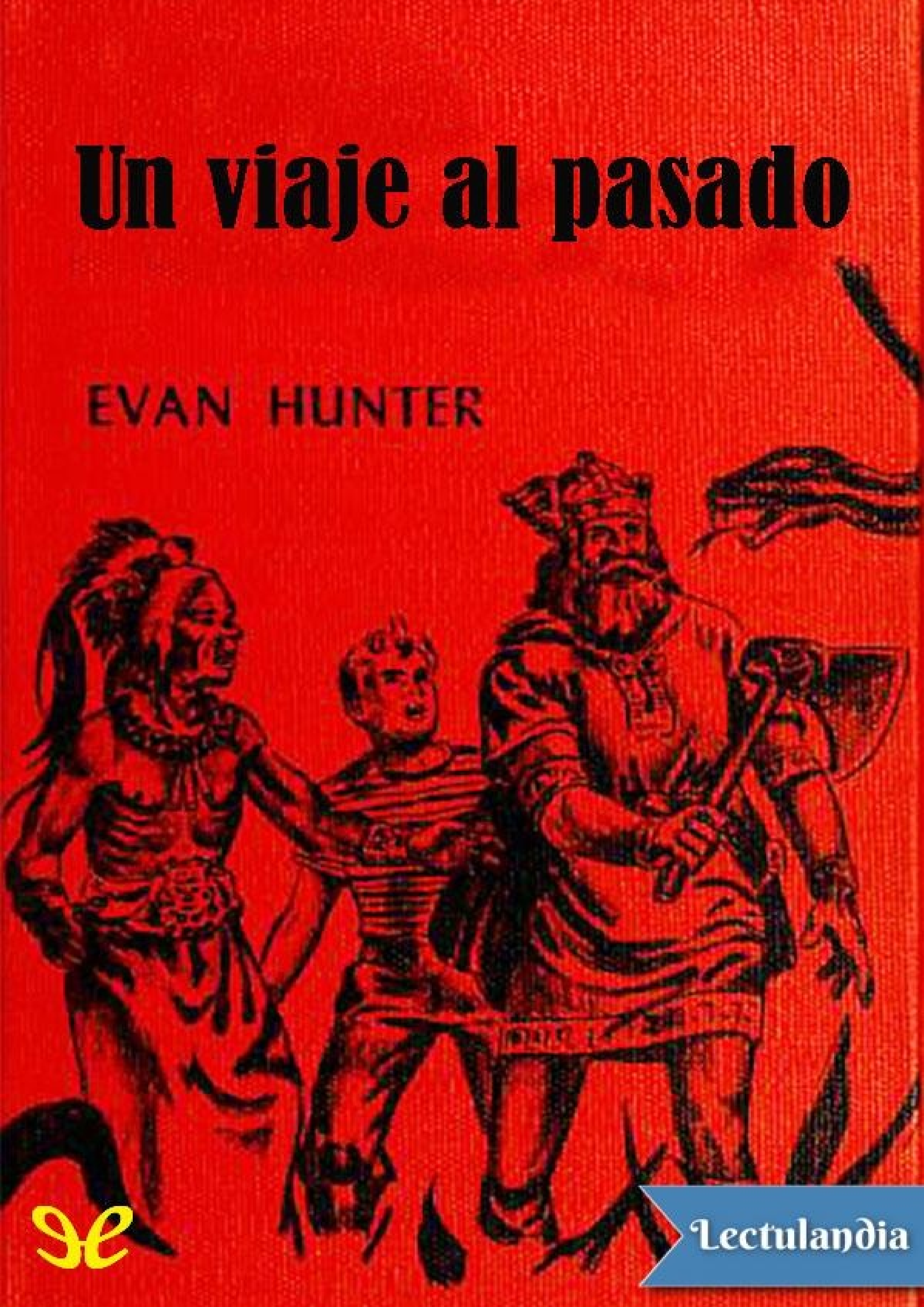


Un viaje al pasado
EVAN HUNTER
Lectulandia

Cuando la extraña máquina sufrió un accidente en un viaje al pasado y saltó del siglo veinte a una época situada mil cuatrocientos años atrás, Neil Falsen comprendió que no estaba preparado para capitanear la expedición organizada por su padre. De los cuatro hombres que viajaron a través de los siglos para resolver el misterio de un antiguo dios maya, dos murieron en el accidente. Sólo quedaron Neil y el piloto para enfrentarse al lenguaje y las costumbres de una raza que había desaparecido en la oscuridad de la historia.

Evan Hunter

Un viaje al pasado

ePub r1.0
Titivillus 06.01.2022

Título original: *Find The Feathered Serpent*
Evan Hunter, 1952
Traducción: Julio Vacarezza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

To My Wife,

Anita.

El Gran Dios Blanco

CUANDO Hernán Cortés y sus soldados españoles conquistaron México, Moctezuma, emperador de los aztecas, creyó que Cortés era Quetzalcoatl, el Gran Dios Blanco que volvía a visitar su pueblo, tal como lo prometiera varios siglos antes. Sólo después de descubrir que Cortés era un hombre de carne y hueso como todos los mortales, el Emperador trató de ultimarlo.

«El Quetzalcoatl al que había adorado Moctezuma II era un ser humano que había existido en el siglo trece. Se afirma que fué un gobernante tolteca a quien trasladaron a la ciudad sagrada de Chichén ltzá como prisionero de guerra. Aunque los sacrificios humanos no eran tan frecuentes entre los mayas como entre los aztecas, se acostumbraba inmolar prisioneros de guerra en honor de varios dioses importantes. Los más importantes de estos dioses eran los de la lluvia, por lo que Quetzalcoatl fué arrojado al estanque sagrado de Chichén ltzá. Como era un hombre muy fuerte, pudo flotar largo tiempo, luego de lo cual lo sacaron los mayas y le acordaron el honor de convertirlo en un dios viviente. Le llamaron Kukulcán, en recuerdo de una antigua divinidad legendaria cuyo nombre significaba «serpiente emplumada». Con él transcurso del tiempo, Kukulcán llegó a ser él gobernante más poderoso de Yucatán.

»¿Pero qué se sabe del dios legendario cuyo nombre aplicaron a este hombre? ¿Qué evidencia existe de la existencia de un Kukulcán anterior a este gobernante del siglo trece?».

»En los nebulosos comienzos de la civilización maya, adornaba los templos de Copan un extraño símbolo, mitad pájaro y mitad serpiente. Este símbolo representaba a Kukulcán, la serpiente emplumada. Presentado generalmente en forma de una gran S, el motivo de la serpiente estaba profusamente decorado con adornos en espiral, plumas y ornamentos humanos como tocados lujosos, protectores para las orejas y guarda-narices.

»En Chichén ltzá floreció un culto misterioso, cuyos adeptos adoraron a un dios llamado Kukulcán, al que presentaban como una serpiente cuyo cuerpo, en lugar de escamas, estaba cubierto con las plumas del sagrado pájaro quetzal.

»En Guatemala, y con el nombre de Gucametz —que también significa «serpiente emplumada»—, se lo veneró como uno de los cuatro dioses creadores.

»A través de toda la historia de los mayas existe la evidencia de la serpiente emplumada con gran anterioridad a la existencia del ser humano de ese nombre que vivió en el siglo trece.

»¿Dónde nació aquel símbolo? ¿Cómo empezaron a adorarlo?

»¿Quién fué el primer Kukulcán?».

»¡Si hubiera algún modo de volver atrás en el tiempo, e internarse en los recónditos rincones en que se oculta la historia desconocida de un pueblo, y llegar a la fuente misma de dónde arranca la leyenda!…

»Quizá pronto encontraremos un medio de hacerlo. Tal vez sea una máquina de viajar en el tiempo o algo con lo cual no nos atrevemos a soñar.

»Sea cual fuere el método que se emplee, serán los muchachos de hoy, los muchachos como Neil Falsen, los que buscarán la verdad, seguirán el rastro a las leyendas y tratarán de hallar los numerosos símbolos —como el de la serpiente emplumada— que representan los huecos dejados en la historia de los pueblos.

»Por ahora supondremos que el medio de lograrlo es una máquina con la cual se puede viajar en el tiempo. El muchacho: Neil Falsen; su empresa: la búsqueda de Kukulcán, la Serpiente Emplumada de los mayas.»

I

Viaje hacia el pasado

LEVANTÓSE el fusil y sus partes metálicas reflejaron los débiles rayos de la luna.

—¿Quién va? —exclamó una voz en la oscuridad.

Neil sonrió alegremente al reconocer aquella voz.

—Soy yo, Rusty —contestó.

—Avanza para que te identifique —ordenó Rusty en tono chancero.

Adelantóse el muchacho hacia el hombre vestido de uniforme y le dió una palmada en el hombro.

—¿Alguna dificultad, Rusty?

El soldado posó en el suelo la culata de su fusil y apoyóse contra la cerca que rodeaba el espacio reservado, sonriendo luego con gran animación.

—En absoluto, pequeño —declaró—. Y no la habrá.

—Eso nunca se sabe.

—Yo sí lo sé —declaró Rusty—. Hace rato que estoy en el ejército. Hice la campaña de África y de Italia, y estaba por ir a Alemania cuando recibí un balazo. Te diré una cosa que nunca debes olvidar: cuando el ejército te hace vigilar algo, es seguro que no habrá dificultades.

—No acierto a comprender.

—Es muy sencillo, chico. Las dificultades se presentan cuando no hay guardias. Te confiaré un secreto. Esto de la guardia es una farsa; no es más que una argucia para que ningún soldado que se respete pueda dormir toda la noche.

Dicho esto, Rusty rompió a reír, mientras que Neil le hacía eco de buena gana.

—¿Viniste a echarle otro vistazo? —preguntó luego el soldado.

—Sí —admitió el muchacho, agregando—: Estoy algo impresionado por él….

Rusty escupió en la arena.

—¿Porque participas en el viaje?

—Sí. Todavía no me parece correcto.

—Olvídalo. Te aseguro que será emocionante. No hay nada como prestar servicio fuera de la patria.

Los ojos de Neil se habían acostumbrado a la oscuridad y el muchacho vió que Rusty volvía a sonreír. El soldado era un hombre de pequeña estatura, muy fornido, con una abundosa mata de rojos cabellos que siempre le caían sobre la frente. Tenía una nariz ancha que parecía haber sido aplastada contra su cara y salpicada luego con varias pecas. Su sonrisa era alegre y contagiosa, y Neil sentíase siempre animado al estar con él.

Ésta era una de las razones por las cuales había ido esa noche al espacio reservado. Habíase puesto a pensar de nuevo en el viaje hacia el pasado y se sintió algo abatido. Sabía que allí estaría Rusty con su uniforme descuidado y su inmaculado fusil. Nunca pudo comprender cómo era posible que un hombre cuidara tanto su arma y descuidara así sus ropas, pero estos detalles eran parte integrante de la personalidad del soldado a quien el joven admiraba mucho. En cierto modo, casi deseaba que los acompañara en el viaje que emprenderían el día siguiente.

Nuevamente se estremeció al pensarlo. Él, Neil Falsen, partiría en la máquina del tiempo, hacia Yucatán, la tierra de los antiguos mayas, en busca de una divinidad.

—¿Puedo entrar un momento? —preguntó a Rusty.

—Seguro. Pero vas a gastar esa máquina de tanto mirarla.

Rió de nuevo mientras abría la puerta que daba al interior del recinto cercado. Una vez que el muchacho hubo pasado, volvió a cerrar, aunque sin poner el candado.

La máquina del tiempo descansaba sobre una plataforma elevada. Veíasela limpia, reluciente y flamante. Un poco más arriba, en el fondo oscuro del cielo, brillaba la luna en cuarto creciente.

Parece un reloj de arena, pensó Neil.

El aparato medía lo menos ocho metros de altura; un aparato magníficamente modelado en aluminio y plástico. La sala de mando se hallaba en el centro mismo de la nave, formando una banda de aluminio que parecía constreñir las dos esferas de plástico que se destacaban encima y debajo de la cintura de avispa. El compartimiento inferior contenía los tanques de combustible, recipientes de aluminio fijados a las paredes de plástico. En el centro de la esfera inferior se hallaba la entrada, y, hacia la

derecha, por el lado de adentro, veíase una delgada escala de aluminio que conducía a la sala de mando.

Encima de la sala de mando, y alojado en la parte superior de la burbuja de plástico, había un eje que se extendía hasta las hélices gemelas, situadas en la parte superior del aparato. Las hélices eran exactamente iguales a las de un helicóptero, y Neil sabía que constituían el medio de viajar en el espacio con aquella máquina tan extraña.

Su corazón aceleró un tanto sus latidos al recordar que la parte referente al viaje en el tiempo correspondía al cristal «temporium» que reposaba en una caja de aluminio reforzado, situada detrás del tablero de instrumentos.

«Mañana viajaré en el tiempo. Yo, Neil Falsen, viajaré en el tiempo».

Era extraña la manera cómo sucedían las cosas. Todo marchaba como de costumbre; reinaba la calma en la universidad ubicada en las arenas del desierto, cuando de pronto cambió para él la perspectiva del mundo. Aquello resultaba absurdo y fantástico.

Neil trató de recordar los acontecimientos que precedieron a la extraordinaria aventura.

El día anterior se inició como todos los otros. Después de tomar el desayuno se dirigía hacia el campo de béisbol para ver si encontraba allí a sus amigos. Fué entonces cuando comenzó todo. Su madre habíalo llamado en el momento en que se disponía a salir de la casa.

—Neil —le dijo—, papá desea verte un momento.

—Tengo que jugar, mamá. ¿Lo sabe papá?

—Es cuestión de un minuto —le aseguró la señora Falsen.

—Voy entonces —accedió el muchacho, muy a desgano.

Subió por la escalera a prisa, con el guante de béisbol todavía en la mano izquierda. Al llamar a la puerta, oyó la voz del autor de sus días que lo invitaba a pasar.

El doctor Falsen yacía en su lecho, apoyado sobre varias almohadas. Sonrió al ver a su hijo e inclinóse algo hacia adelante. El doctor Peter Falsen era un hombre de rostro anguloso, nariz recta y ojos de un azul profundo, muy parecidos a los de Neil. En esos momentos tenía una pierna envuelta en un abultado molde de yeso suspendido a un travesaño fijo al pie de la cama.

—Esta condenada pierna comienza a molestarme —comentó, meneando la cabeza—. ¿Sabes que tengo una comezón terrible?

Le sonrió Neil, mientras decía sin ambages:

—Espero que me llames por algo importante. Tengo que jugar al béisbol y…

—Bueno, no sé si tú lo considerarás importante…

—Magnífico. —Neil se puso el guante—. ¿De qué se trata, papá?

—De poca cosa. Sólo quería que hicieras el viaje al pasado en mi lugar.

Neil lo observó lleno de asombro.

—¿Qué?

El doctor Falsen lo miró con fingida extrañeza.

—El viaje al pasado, Neil. Quisiera que fueras en mi lugar.

Neil se repuso de su sorpresa y lo miró con recelo.

—¿Te sientes bien, papá? ¿Quieres que llame a mamá?

Su padre continuó, como si no le hubiera oído.

—Te explicaré, hijo mío. Los otros están ansiosos por partir y yo no sé cuándo se me curará esta pierna. No es justo que los demore más tiempo.

—¿No es justo?

—Claro que no —expresó el doctor Falsen—. Al fin los he convencido de que partan sin mí. Ese empecinado de Arthur Blake fué el que más se resistió, pero lo amenacé con enfadarme y al fin escuchó mis razonamientos.

El sabio rió entre dientes al ver que su hijo tragaba saliva con gran dificultad.

—Pero… pero… —balbució el muchacho—. Es imposible. Quiero decir que la máquina es tuya.

—No, Neil, no es mía, sino de la Universidad. La institución invirtió el dinero que hizo posible realizar mi sueño. Sin su apoyo no habría podido llevar a la práctica la construcción de la máquina.

—¡Pero la inventaste tú!

—Digamos que la inventé en parte. No debemos olvidar la valiosa contribución de Dave Saunders.

Neil guardó silencio durante un momento.

—No iré —dijo al fin.

—¿Por qué no?

—Porque no es justo. Tú hiciste todo el trabajo importante, y luego, a causa de un accidente imprevisto, tengo que ocupar tu lugar. ¡No, señor!

—¿Es que no deseas ir? —inquirió su padre, sonriendo maliciosamente.

—Me encantaría… —Neil se interrumpió antes de que fuera demasiado tarde—. No, no, no quiero ir.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, no sé nada acerca de Yucatán. Ni siquiera sé por qué van allí.

—No necesitas saber nada respecto a Yucatán. El doctor Manning es arqueólogo y Arthur Blake historiador. Ellos se encargarán de lo que les corresponde.

—No —repuso el muchacho—. No me interesa.

—Te diré, van a buscar a un dios —expresó el padre.

—Sin embargo… ¿Van a buscar qué?

—Un dios.

—¡Tonterías!

—Puede ser, pero van a tratar de encontrar la Serpiente Emplumada.

—¿Qué clase de víbora es ésa? —exclamó Neil.

—No es una víbora —rió el doctor Falsen—. Lo que buscan es un dios al que llamaban Kukulcán.

—No acierto a comprender —dijo Neil, comenzando a sentirse interesado, a pesar de su resolución.

—Probablemente has oído hablar de Quetzalcoatl. Era un hombre que vivió en el siglo trece, un hombre que influyó muchísimo en la historia de toda la América Central.

—Sí, de él he oído hablar.

—Quetzalcoatl era el nombre que le daban los mexicanos. Los mayas lo llamaron Kukulcán. El nombre tiene el mismo significado en ambos idiomas. En azteca quiere decir «Quetzal-pájaro-serpiente», y en maya «serpiente emplumada».

—Bueno, y si conocen tan bien a ese Kukulcán, ¿por qué van a buscarlo? —preguntó el muchacho.

—Sabemos bastante respecto a ese hombre del siglo trece llamado Kukulcán —repuso el sabio—. Pero no vamos a viajar en el tiempo para buscarlo a él.

—¿A quién van a buscar entonces?

—El hombre del siglo trece recibió el nombre del dios conocido como Serpiente Emplumada. Queremos encontrar al Kukulcán original, a la deidad cuyo nombre le pusieron a él.

—Entonces hay dos Kukulcán —dijo Neil.

—Exactamente. Uno era un hombre. El otro… ¿Quién puede saberlo?

Al decir esto, el doctor Falsen se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir? —inquirió su hijo.

—No lo sabemos. ¿El Kukulcán original era también un ser humano? ¿O no existía y era sólo un cuento que se convirtió en leyenda? ¿O era una combinación de varios hombres? No lo sabemos.

—¿Y ésa es la razón del viaje al pasado?

—Sí. La Universidad me dió el dinero necesario para finalizar mis experimentos con la condición de que el primer viaje tuviera por destino Yucatán y de que halláramos a la Serpiente Emplumada. Sabes que la Arqueología es una de las materias a las que se da más importancia en esta institución.

Tras meditar un momento, Neil preguntó:

—¿Hasta dónde tendrán que remontarse en el tiempo?

—Hasta muy lejos. Quizás hasta el año 50 de nuestra era.

Neil dejó escapar un silbido de asombro.

—Y quizá más —agregó el sabio—. No podemos saber cuándo se originó la leyenda.

—Parece muy interesante —admitió el muchacho—. Pero no podría ir. Hay muchas razones para que no vaya.

—Dime una.

—Pues… —Neil meditó un momento, agregando luego—: Soy demasiado joven; apenas tengo dieciséis años. Es…

—Eso no importa. Además, cumplirás los diecisiete dentro de dos meses.

—Y mamá se afligirá si…

—Yo me encargo de mamá.

—Y el equipo de béisbol. Tengo que jugar…

—Bob Andrews puede jugar por ti. Todo el verano ha estado esperando la oportunidad de hacerlo.

—Y…

—¿Sí?

Neil corrió de pronto hacia la cama y apretó entre las suyas la mano de su padre. Por un momento se miraron con seriedad.

—¿De veras quieres que vaya, papá?

—Sí, Neil. Me sentiría honrado si ocuparas mi puesto.

—¿Y los otros? ¿El doctor Manning y el señor Blake? ¿Y Dave?

—Ellos ya han accedido. —Sonrió el doctor Falsen—. La verdad es que parten pasado mañana.

Aquello había sido el día anterior, y así fué cómo cambió por completo el rumbo de su vida. Neil volvió a contemplar el imponente aparato que relucía a la luz de la luna.

¡Mañana!

—Te conviene ir a descansar —dijo la voz de Rusty desde la entrada—. Mañana tendrás mucho que hacer.

—Sí —concordó el muchacho, marchando hacia la puerta—. Estarás aquí cuando partamos, ¿verdad, Rusty?

—No me lo perdería por nada del mundo. Ahora vete a dormir.

—Buenas noches.

—Buenas noches, chico.

Neil encaminóse hacia la Universidad y por el camino se volvió para mirar de nuevo al aparato.

A semejanza de un reloj de arena gigantesco, seguía aguardando allí entre las sombras de la noche.

El día siguiente presentóse cálido y despejado. El cielo semejaba una gran sábana de un azul intenso y no se veía una sola nube en toda su extensión.

Ya se habían efectuado las despedidas. La madre de Neil habíalo besado y llorado un poco, recordándole luego que se cambiara la ropa interior todos los días. El padre le estrechó la mano con fuerza y le deseó buena suerte.

Ahora esperaba Neil al pie del aparato, mientras Dave Saunders calentaba el motor. El muchacho vestía una camisa de hilo abierta en el cuello; tenía descubierta la cabeza y su cutis bronceado brillaba a la luz del sol. El resto de su atavío lo constituían un par de fuertes pantalones azules y botas de suela gruesa.

A su lado hallábase Arthur Blake, vestido de manera muy similar. Era Blake un hombre de estatura mediana, escaso cabello y ojos que revelaban gran inteligencia. De espesas cejas negras, tenía una larga nariz, y hablaba con voz muy suave.

—¿Es una hermosura, verdad, Neil? —comentó.

—Así es —repuso el muchacho admirando la máquina de plástico y aluminio inventada por su padre.

—Aquí llega el doctor Manning —dijo Blake.

Manning medía lo menos un metro noventa de estatura y era un hombre de fuerte contextura física. Su rostro parecía haber sido cincelado en granito y sus ojos eran como dos negros carbones. Al hablar, su voz sonaba como un trueno que retumbara en el interior de su pecho enorme.

—Ya veo que Dave está calentando el motor —observó.

En ese momento se abrió uno de los ojos de buey de la cabina de gobierno y por el hueco asomó la cabeza de Dave.

—Vamos ya —dijo alegremente.

El doctor Manning y Arthur Blake encamináronse hacia la máquina, mientras Neil iba hacia donde se hallaba Rusty apoyado en su fusil.

Se dieron la mano y el soldado le dijo:

—Buena suerte, pequeño.

—Gracias.

—Vuelve pronto. No sabré qué hacer de noche al no tener que montar la guardia junto a ese artefacto.

Sonrió Neil mientras se dirigía hacia el aparato y subía por la escalera portátil arrimada a la plataforma. Al ascender los escalones de metal para alcanzar la escotilla de plástico de la esfera inferior, recordó el accidente ocurrido en ese mismo lugar. Luego de inspeccionar la máquina, su padre había salido por la escotilla y buscado la escalera con el pie. Un obrero negligente había retirado la escala portátil y el doctor Falsen cayó a tierra desde cinco metros de altura. De no haber sido por aquel accidente, no sería Neil quién estaría subiendo ahora por aquellos peldaños.

El muchacho llegó a la escotilla, e hizo accionar la manija que la abría. Luego de haber entrado en el aparato, avisó a uno de los encargados de abajo que retirara la escalara. Después cerró la escotilla, quedándose mirando a través del plástico transparente. A cierta distancia veíanse recortados contra el cielo los techos de los edificios altos de la Universidad. Hacia la derecha del campo estaba su casa, y en ella se encontraban sus padres. Neil mordióse el labio inferior y se encaminó hacia la escala de aluminio que subía a la sala de mandos. La escala estaba fija al piso del mismo metal y ascendía verticalmente hacia una abertura en el piso de la cabina de gobierno. Neil subió por ella y asomó la cabeza por la abertura.

—Hola —dijo.

Dave Saunders apartó la vista del tablero de instrumentos para volverse hacia él. Era un joven de veinticinco años de edad, de pelo y ojos castaños, pómulos algo salientes y boca de rasgos delicados y bien definidos. Hubiera sido muy bien parecido de no ser por su nariz aplastada y algo torcida. En su época de estudiante de ingeniería, Dave perteneció al equipo de boxeo de la Universidad. Según lo que contara el doctor Falsen, Neil sabía que su amigo era uno de los mejores del equipo, pero tuvo mala suerte en uno de los encuentros y su nariz era el recuerdo que le quedó de su brillante carrera pugilística.

—Magnífico —dijo Dave al ver al muchacho—. Te estábamos esperando.

—¿Ya estamos listos?

—Completamente. Ayúdame a echar de aquí a estos dos viejos, ¿quieres, Neil?

—Vamos, Arthur —dijo Manning—. Entiendo perfectamente la indirecta.

—¿No se van a quedar aquí para observar la partida? —preguntó Neil.

El arqueólogo se encogió de hombros.

—Sólo se permite la presencia de dos personas en la sala de mandos, Neil.

—Bueno, si quiere quedarse…

—Iremos abajo —le interrumpió Manning—. Quiero ver qué pasa. Habiendo una esfera de material transparente, sería tonto quedarse encerrado aquí. ¿Vamos, Arthur?

Inició el descenso y Blake lo siguió sin vacilar.

—Les tocaré el timbre de alarma cuando estemos a punto de partir —advirtió Dave.

—Convenido —contestó Blake al desaparecer por la escotilla.

Dave asintió luego de examinar los indicadores del tablero.

—Hasta ahora parece que todo está bien. Pondré en funcionamiento el cristal.

—¿El cristal del tiempo?

—Eso es, Neil —dijo Dave, con una sonrisa—. Lo llamamos cristal «temporium», pero sirve lo mismo el nombre que le has dado.

Tendió la mano hacia una palanca en el tablero y la bajó. Al instante oyóse un sonido bajo y ronroneante. Siguió a esto una especie de chasquido seco casi imperceptible. Dave frunció el ceño mientras estudiaba los indicadores.

—¡Qué extraño! —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Algo que anda mal?

Dave vaciló un momento antes de contestar.

—No —repuso al fin—. Los instrumentos no indican nada y todo parece marchar bien; pero habría jurado que oí una especie de chasquido cuando puse en marcha el generador.

—Yo también oí algo.

—Será porque no hemos hecho funcionar el motor desde que lo probamos. —Dave se encogió de hombros mientras estudiaba de nuevo los indicadores—. ¿Quieres apretar el botón que tienes a la derecha?

Neil vió un voluminoso botón rojo situado a la derecha del tablero y lo apretó con el índice. Se oyó una campanilla que resonó en toda la nave.

—¿Listo, Neil?

—Sí.

—¿Estás nervioso?

—Un poco.

—No hay razón para ello. Todo saldrá bien y estaremos en Yucatán antes que te des cuenta de lo que pasa.

Así diciendo, Dave movió hacia adelante otra palanca y se oyó un rugido que estremeció todo el aparato.

Con gran lentitud y sin pausa alguna se elevó la máquina de la plataforma.

—Facilísimo —dijo Dave, sonriendo alegremente—. Pon en funcionamiento el intercomunicador. Veremos cómo lo pasan los pasajeros de abajo.

Neil bajó la palanquita del intercomunicador, en el que se encendió una lucecilla roja.

—¿Cómo andan allí abajo, muchachos? —preguntó Dave.

—Magníficamente bien —respondieron a coro los dos sabios.

—Ya nos hemos elevado de la plataforma —anunció entonces Dave—. Pondré a velocidad máxima los motores de viajar por el espacio y en seguida daré contacto al cristal.

—Hace mucho que esperaba ver esto —respondió la voz de Arthur Blake.

—No verá mucho, Arthur. Probablemente nos envolverá una especie de niebla gris. Recuerde que se irán sucediendo los días y las noches a razón de treinta veces por segundo.

—Así y todo, me resultará muy interesante presenciarlo —respondió Blake.

—Bien, ya iniciamos el viaje —declaró Dave.

Acto seguido levantó otra palanca que había en el tablero. Un ronco rumor llenó todo el aparato y Neil recordó lo que le había explicado Dave acerca de aquella nave. *A toda velocidad, la máquina del tiempo era capaz de viajar unos trescientos años por hora*. Cinco años por minuto, un mes cada segundo… El invierno sucedería al verano en sólo seis segundos.

Al mismo tiempo, la nave avanzaría en el espacio a una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por hora. Naturalmente, la máquina estaba calibrada de modo que aterrizaría en el lugar y en la época ya previstos.

—Neil —llamó Dave.

El lugar sería Yucatán y la época el año 50 de nuestra era. ¿Qué encontrarían cuando…?

—¡Neil! —repitió Dave.

El muchacho salió de su ensimismamiento.

—¿Qué pasa?

—Hay algo que anda mal.

—¿Qué?

—Dije que algo anda mal.

—Pero no entiendo. Dijiste que…

Dave lo miró con expresión preocupada. Tenía el rostro pálido y los ojos agrandados por una emoción que no le era posible contener.

—No puedo gobernar el aparato, Neil. ¡No puedo gobernarlo!

II

La caída en el océano

EL temor reflejado en los ojos de Dave se contagió a Neil, quien sintió como si le hubieran golpeado y tuvo el extraño impulso de bajar por la escalera y arrojarse al espacio.

—¿Qué…? ¿Qué…? —balbució.

—Algo anda mal. Me di cuenta no bien establecí el contacto con el cristal del tiempo. No puedo gobernar la máquina. No me es posible aminorar la velocidad en el tiempo ni en el espacio. Se ha atascado algo en el motor.

—¿Qué podemos hacer?

Dave levantó una palanquilla en el tablero de instrumentos, mas no sucedió nada. Volvió a bajarla y levantarla de nuevo.

Nada en absoluto.

—¿Ves? No responde.

Neil miró la palanca con expresión incrédula.

—¡Pero todos los indicadores están funcionando! —protestó.

—Seguro, pero no puedo dominar el aparato. —Dave agitó un puño en el aire—. ¡*Maldición*!

—Cálmate, Dave. Debe haber alguna manera de remediar el mal.

Saunders se levantó con rapidez.

—Ayúdame, Neil —dijo—. Lo único que podemos hacer es tratar de aminorar la velocidad de nuestro viaje en el tiempo.

—¿Y la velocidad de traslación en el espacio?

—Nada podemos hacer. Se ha atascado en el máximo: doscientos cuarenta kilómetros por hora… Y lo peor es que no sé hacia dónde vamos.

Entre ambos asieron una palanca de gran tamaño que sobresalía del tablero de instrumentos.

—Tenemos que bajarla todo lo que dé —manifestó Dave—. ¿Listo?

—Listo —repuso Neil.

—¡Abajo entonces! ¡Tira!

Neil tiró de la manija con toda la fuerza de sus brazos. A su lado hizo lo mismo Dave, empleando la energía de sus fuertes músculos.

—¡Tira más, Neil!

—Ya lo hago.

—Más.

La palanca descendió un poco.

—Más —gruñó Dave con los dientes apretados.

Con gran lentitud bajó la palanca medio centímetro más. Neil sintió que toda su energía se concentraba en sus brazos y hombros y tiró con más fuerza.

La palanca descendió un poco más y la voz fatigada de Dave llegó a los oídos de Neil como desde muy lejos.

—Un… poco… más…

Neil se afirmó mejor sobre sus pies, tirando más y más. Tenía el rostro cubierto de sudor y los ojos parecían a punto de saltársele de las órbitas mientras seguía esforzándose.

De pronto Dave soltó la palanca.

—Es bastante, Neil —anunció. El muchacho soltó la manija y se apartó, respirando trabajosamente. Tenía los brazos como muertos y le pendían inútiles a los costados.

—Conseguimos ponerla a media velocidad —dijo Dave—. No creo que baje más.

Juntos se dejaron caer al suelo de la cabina a fin de reponerse del tremendo esfuerzo que acababan de hacer.

En la esfera inferior resonaban las voces de los dos sabios que charlaban animadamente.

Neil exhaló de pronto un suspiro y preguntó:

—¿Y ahora?

Su compañero estaba tendido en el piso, con un brazo sobre los ojos. Apartó el brazo y lo miró.

—No sé, Neil —repuso.

—¿Se lo decimos a los otros?

—Todavía no. Habrá tiempo más tarde. Primero veremos qué pasa.

—¿Qué puede pasar? —inquirió Neil.

—No se sabe.

Dave se puso de pie con lentitud y encaminóse hacia el intercomunicador. Luego de bajar la palanquita, preguntó:

—¿Cómo andan allí abajo?

—Muy bien —contestó Arthur Blake—. Es fantástico lo que se ve desde aquí.

—Escuchen —manifestó entonces Saunders—. Neil y yo tenemos que calibrar los instrumentos durante unas horas. ¿Podrán entretenerse allí abajo por un tiempo?

—Seguro —dijo Blake—. Olvídate de nosotros.

—Les tocaremos el timbre cuando hayamos terminado —prometió Dave.

Luego de desconectar el intercomunicador, se volvió a Neil.

—Bueno, por un tiempo estarán tranquilos —dijo.

—¿Y qué hacemos nosotros ahora? —quiso saber Neil.

—Esperar —respondió Saunders.

Así lo hicieron. La máquina seguía en funcionamiento, llevándolos un mes hacia el pasado cada dos segundos, pues ahora estaba fijado el avance a media velocidad. Mientras tanto, la nave se desplazaba geográficamente a razón de doscientos cuarenta kilómetros por hora.

De pronto resonó un chasquido metálico en toda la cabina.

—¿Qué es eso? —exclamó Neil, levantándose de un salto.

Los ojos de Dave estudiaron los indicadores. Con premura corrió hacia la palanca de emergencia que usaran para aminorar la velocidad de la máquina. La palanca habíase corrido de nuevo a la posición de máxima celeridad.

Dave la miró con expresión sañuda y de pronto se vió obligado a sonreír.

—Nada se gana con ponerse serio —dijo—. Este aparato es tan tozudo como una mula.

Entre ambos trataron nuevamente de bajar la palanca, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos.

—Oigan —dijo entonces la voz del doctor Manning por el aparato intercomunicador—, ¿cuánto tiempo más van a estar allí arriba? Tenemos apetito.

Sonrió Dave al contestar:

—Todavía tenemos para unas horas. Coman si quieren. Nosotros tomaremos un bocado aquí mismo.

—¿No pueden bajar unos minutos? —protestó Manning.

—Imposible. No nos esperen.

—Bueno, si eso desean…

Se cortó la comunicación.

—Tenemos que quedarnos aquí arriba —explicó Saunders a su joven amigo—. No se sabe qué puede pasar.

De nuevo se apoyaron contra la pared de aluminio, agotados y dispuestos a esperar lo que pudiera suceder.

Al cabo de cinco horas de viajar a la máxima velocidad, se produjo un cambio en la monótona espera.

Al principio no fué más que un rugido sordo, procedente del generador. Al oírlo, Dave levantóse al instante, corrió hacia el intercomunicador y bajó la palanquita.

—¡Atención abajo! ¡Atención! —gritó—. Vamos a tener dificultades. ¡Ajústense los cinturones de seguridad ahora mismo!

—¿Qué broma es ésa, Dave? —tronó la voz profunda del doctor Manning.

El rugido del generador habíase tornado más potente. El motor que accionaba las hélices comenzó a roncar espasmódicamente.

—¡Obedezcan! —rugió Dave—. ¡Pónganse los cinturones en seguida!

—¿Pasa algo, Dave? —inquirió el arqueólogo.

—Algo muy serio. Prepárense para un aterrizaje brusco, doctor.

—¿Necesitan ayuda allí arriba?

—No. Pónganse los cinturones y prepárense para…

De pronto la nave comenzó a temblar con violencia.

—¡Atención! —gritó Dave.

El piso empezó a inclinarse bajo los pies de Neil y luego giró el aparato a extraordinaria velocidad, como si se hubiera convertido en una rueda. Neil fué a dar contra la pared, sintiendo en seguida un tremendo dolor en un hombro.

—Estamos perdiendo altura —gritó Dave por sobre el rugido casi ensordecedor de los motores.

Acto seguido perdió el equilibrio y deslizóse por el piso para ir a dar contra una de las paredes, rebotar contra ella y volar de nuevo hacia Neil, golpeando entonces con fuerza contra el suelo. Neil se puso de pie con dificultad, asiéndose a uno de los armarios fijos en la pared. La nave dió un sacudón final y comenzó a descender como una piedra lanzada al vacío. Neil sintió que se le aflojaban los dedos con que asía el armario y la fuerza del movimiento lo arrojó contra el tablero.

Luego no sintió otra cosa que el dolor del hombro y el ruido ensordecedor que llenaba toda la nave. Ésta pareció estallar súbitamente y el muchacho creyó ver miles de estrellas.

Por sobre aquellos sonidos aterradores, resonó de pronto un escalofriante alarido.

Antes de perder el sentido comprendió Neil que la máquina acababa de caer y se preguntó entonces en qué lugar de la tierra y en qué época habrían ido a parar.

III

Una embarcación extraña

OÍASE un sonido similar al de un cepillo al rozar una camisa almidonada. Poco a poco fué introduciéndose este ruido en la conciencia de Neil, quien abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Aquel sonido procedía de arriba, pero el dolor de su hombro aminoró sus deseos de moverse.

Al cabo de un momento, decidió abrir los ojos y, al hacerlo, entornó en seguida los párpados para no recibir de lleno la luz del sol que le daba en la cara.

Al fin salió de su letargo y se puso de rodillas, mirando a su alrededor. Al instante comprobó que pasaba algo raro.

El piso ya no era recto; se curvaba de manera suave hacia los costados, y en el suelo había varios ojos de buey, a través de los cuales veíase algo verde y movedizo. Neil sacudió la cabeza al tiempo que parpadeaba.

El tablero de instrumentos, que debía hallarse contra una de las paredes cilíndricas de la sala de mandos, se hallaba ahora en el techo, encima de su cabeza.

La escotilla, desde la que la escala de aluminio se extendía hacia la esfera de abajo, se hallaba ahora sobre la pared de la derecha en lugar de estar sobre el piso, y aquella pared era chata en lugar de ser curvada.

Me he vuelto loco, pensó Neil.

Luego, poco a poco, fué comprendiendo lo que sucedía. Exhaló un suspiro de alivio al hacerse cargo de que la nave yacía de costado y de que él se encontraba parado sobre una de las paredes. Así, en lugar de estar una esfera encima y la otra debajo de la sala de mandos, se hallaba una a la derecha y la otra a la izquierda.

De pronto recordó a Dave.

Desesperado, recorrió la cabina con la vista y sus ojos se detuvieron sobre lo que parecía ser un montón de harapos tendido en un rincón.

—¡Dave! —exclamó, mientras corría lo más rápidamente posible por sobre la pared curvada.

Se puso de rodillas junto a su caído compañero y le apoyó la cabeza sobre sus piernas. Con gran suavidad apartó los cabellos de sobre la frente de Dave, viendo entonces un delgado hilo de sangre que se deslizaba desde la sien hacia la mejilla izquierda.

Sacando un pañuelo del bolsillo, limpió la cara de su amigo. Después tocó la muñeca de Dave y sintióse más animado al sentir que le latía el pulso con firmeza.

—Dave —llamó con suavidad—. ¿Me oyes?

La nave se bamboleó en ese momento, mas estaba demasiado ocupado para hacerse cargo de lo que significaba esto.

—Dave —llamó de nuevo.

Saunders sacudió la cabeza como si quisiera reñirlo por no guardar silencio. Al cabo de un instante abrió los ojos, mirando a su alrededor con expresión de asombro.

—No te asustes —le dijo Neil, con una sonrisa.

Sonrió el otro mientras se incorporaba un poco, apoyado sobre un codo.

—¡Diablos! —exclamó—. Ha sido tremendo.

Con un esfuerzo se sentó en el suelo.

—¿Tú estás bien? —inquirió acto seguido.

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Un poco apabullado, pero…

Saunders se interrumpió súbitamente, mirando hacia la escotilla que daba acceso al compartimiento inferior.

—¿Dónde están los otros? —exclamó, ya lúcido.

—No sé. Tú fuiste el primero…

Dave se había puesto de pie e iba hacia la escotilla. En un abrir y cerrar de ojos se hizo cargo de la situación.

—Veo que estamos de costado —comentó, mientras asía la manija de la escotilla para abrirla.

Pasó al otro lado y Neil lo siguió con cierta dificultad.

Dave quedóse inmóvil debajo de la escalera que se extendía ahora sobre sus cabezas de manera horizontal. Neil se dejó caer a su lado, parándose sobre la parte plástica de la esfera. Sorprendióse al ver agua bajo sus pies y a los costados. Al mirar con más atención advirtió las enormes olas verdosas coronadas de espuma que se extendían hasta el horizonte.

Pero Dave no miraba el agua; sus ojos estaban fijos en el cuerpo del doctor Manning que pendía del cinturón de seguridad, sujeto a la pared de plástico en el lado opuesto de la esfera. Debajo del sabio se estaba formando un brillante charco de sangre. A su derecha, poco más arriba del nivel del agua que se agitaba en el exterior, habíase rajado la pared de manera irregular, dejando allí un agujero abierto.

El trozo de material plástico correspondiente al agujero habíase convertido en varios trozos afilados como navajas. Alguno de estos fragmentos reposaban en el suelo, bajo el cuerpo atlético del arqueólogo, pero uno de ellos estaba profundamente hundido en el cuello del doctor.

Acurrucado contra lo que fuera el piso de aluminio de la esfera inferior, yacía Arthur Blake, con la cabeza torcida de manera grotesca. Sus ojos, muy abiertos y vidriosos, parecían mirar hacia el océano. Algo más arriba se notaba la abolladura que seguramente había producido su cráneo al golpear violentamente contra el piso en el momento en que la nave cayó en el agua.

Sin decir palabra, Dave cruzó hacia el cuerpo de Manning, aflojó el cinturón y puso el cadáver en el suelo.

Por su parte, Neil arrodillóse junto a Blake para tomarle el pulso, comprobando que el viejo historiador estaba sin vida. Le cerró los ojos con suavidad y marchó hacia donde estaba Dave con el rostro vuelto hacia el mar.

Durante varios minutos guardaron silencio.

—Démosle sepultura decente, Neil —dijo Dave al fin—. Eran dos personas excelentes.

Los sepultaron en el mar y el agua se los tragó al instante. Después reinó un penoso silencio en la nave, mientras Dave y Neil se dedicaron a calcular los daños y trataron de adivinar en qué lugar y época se hallaban.

El tablero de instrumentos estaba muy dañado y los indicadores y palancas aparecían rotos y torcidos.

Habíase averiado uno de los tanques de combustible situados en la esfera inferior, de modo que la gasolina cubría gran parte del piso. Silenciosamente marcharon por sobre el viscoso líquido, abrieron la escotilla exterior, que por suerte había quedado sobre el nivel del agua, y fueron a sentarse sobre la esfera.

Dave miró hacia la parte superior del aparato, viendo que una de las hélices había quedado deformada y se hundía en el agua con cada movimiento de la nave. La otra hélice sólo estaba algo torcida en la parte superior.

—Estamos en mala situación —murmuró Saunders.

Neil no contestó. Sus ojos recorrían el horizonte, no viendo otra cosa que las olas verdosas con su corona de espuma blanca. En lo alto del cielo azul deslizábanse con lentitud algunas nubes blancas y el sol proyectaba sus rayos sobre ellos con gran fiereza.

No se veía el menor atisbo de tierra en la línea donde el cielo tocaba el agua.

—¿Dónde te parece que estamos? —preguntó el muchacho.

—Dónde y en qué época —aclaró Dave.

—Sí; pero primero tendríamos que saber dónde.

—No sé; sólo puedo conjeturarlo.

—¿Y qué opinas?

—Estuvimos viajando a doscientos cuarenta kilómetros por hora durante cinco horas, lo cual indica que hemos recorrido unos mil doscientos kilómetros.

—Es mucho viajar —musitó Neil, pensando en la Universidad.

—Mucho más de lo que imaginas. Lo peor es que no pude gobernar la máquina. No sé en qué dirección viajamos.

—¿Y entonces?

—Pues, entonces podríamos estar a cierta distancia de la costa de Yucatán, de la de Pensacola o de la de California del Sur, en el Pacífico. Hasta podríamos estar en el centro del Gran Lago Salado.

—¿No hay manera de averiguarlo?

—Temo que no. Y lo mismo puedo decirte respecto al viaje en el tiempo, aunque eso puedo calcularlo de manera más aproximada. Estuvimos en el aire por más de cinco horas, viajando a una velocidad temporal de trescientos años por hora, excepción hecha de esos pocos minutos en que logramos reducir la marcha a la mitad.

—Eso nos colocaría alrededor del año… 400 de nuestra era, ¿verdad?

—Más o menos. Puede haber un margen de unos cuantos siglos hacia atrás o hacia adelante. Estamos entre el año 100 y el 600.

Neil dejó escapar un silbido.

—Divertido, ¿eh? —dijo Dave.

—¡Ajá!

Estuvieron en silencio durante unos minutos mientras a su alrededor oíase el continuo golpetear de las olas contra el aparato.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó luego Neil.

—Excelente pregunta —dijo Dave, adoptando la actitud de un profesor a punto de dar una conferencia—. ¡Excelente!

—¿Y la respuesta?

—Hay varias. Primero encontramos tierra. Segundo, nos ponemos a reparar la máqui…

—¿Cómo encontramos tierra?

—Otra buena pregunta. ¿Cómo encontramos tierra?

Dave se tornó serio.

—No sé, Neil. Lo que sí sé es que nos conviene encontrarla lo antes posible. Esta máquina no va a flotar eternamente.

—No se me había ocurrido que pudiéramos hundirnos —murmuró el muchacho.

—Nuestras provisiones durarán dos semanas; pero la nave es demasiado liviana para flotar todo ese tiempo. Y si hubiera una tormenta…

Dave interrumpióse para mirar la cara de Neil. Éste había abierto la boca y miraba con fijeza por sobre el hombro de su amigo, estudiando el lejano horizonte.

Rápidamente se volvió Saunders para mirar en la misma dirección.

—¿Qué pasa, chico?

Neil señaló con la mano.

—¡Allá en el horizonte! ¡Mira!

—No veo nada. ¿Es tierra?

—No, no. Mira, es una vela. ¡Una vela, Dave!

—¿Dónde? No veo ninguna… ¡Ah, sí, la veo! Es una vela. ¡Diablos, una vela!

—Y viene en esta dirección.

La expresión de Dave enfrió el entusiasmo de Neil.

—¿Qué pasa, Dave? Es una embarcación. ¿No comprendes? Nos rescatarán.

—Hay una dificultad —murmuró Dave.

—¿Dificultad? ¿Qué dificultad puede haber con…?

—No sé mucho respecto a los mayas —expresó Dave—, y me gustaría que el doctor o Arthur confirmaran lo que pienso. Ni siquiera estoy seguro de que nos encontremos cerca de Yucatán o en la época calculada.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver eso con…?

—Ahora verás. Si estamos entre el año 100 y el 600, y si nos hallamos cerca de Yucatán, no debería haber ninguna vela en estas aguas.

—¿Por qué no?

—Porque los mayas no conocían la vela.

Neil meditó un instante.

—Pues entonces es muy sencillo, Dave. No estamos cerca de Yucatán.

Los ojos de Dave se volvieron de nuevo hacia el horizonte y la vela que se aproximaba.

—Eso es lo que me preocupa. No sé quién viaja en esa embarcación ni qué intenciones tiene.

Hizo una pausa, con los ojos fijos en la vela distante.

—Me parece que convendría ir a sacar los fusiles del armario —agregó con lentitud.

IV

El gigante rubio

SIN esperar la respuesta de Neil, Dave descendió al interior de la nave, marchando con lentitud por sobre la superficie curvada en dirección a la sala de mandos.

—Vigila esa embarcación —gritó.

Luego introdujo el cuerpo por la escotilla que daba acceso a la cabina, donde estaba el armario de las armas.

Neil quedóse observando la lejana vela. Aún no era posible reconocer a qué clase de embarcación pertenecía. Por el momento no era otra cosa que un diminuto rectángulo de tela pegado al cielo.

Mecánicamente consultó su reloj y rió luego al caer en la cuenta de que estaba calculando el tiempo que tardaría la embarcación en llegar hasta ellos.

Avanzaba con rapidez, impelida por un fuerte viento que también agitaba los rubios cabellos del muchacho.

La escena era de notable calma; Neil y la nave esperaban. El mar agitábase con suavidad y en silencio, salvo por el lento golpeteo del agua contra las esferas. En el cielo, de un azul intenso, las nubes avanzaban despaciosamente, y la vela, ahora más cercana y un poco más visible, parecía dibujarse mejor contra el horizonte.

La voz de Dave rompió el silencio.

—¿Quieres tomar estos fusiles?

Pasó las dos armas por la escotilla y Neil las tomó con cierto recelo. Saunders tomóse de ambos lados de la abertura y se izó para sentarse al lado de su amigo. Luego de lanzar una mirada más hacia la vela, tomó los fusiles de sobre las piernas de Neil.

—Espero que sepas tirar con éstos —dijo.

—Lo único que sé es apretar el gatillo.

Dave enarcó las cejas de nuevo hacia la vela y manifestó.

—Parece que todavía tenemos un poco de tiempo. —Levantó uno de los fusiles al agregar—: Este fusil es un Garand, conocido entre los soldados como el *MI*. Es semiautomático, se carga con un cargador especial y dispara proyectiles de calibre 30. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza, al tiempo que se dibujaba una sonrisa en sus labios—. ¡Diablos, hablo como el sargento Long!

—¿Quién es el sargento Long?

—El que me enseñó todo lo que sé respecto al *MI*. Un buen tipo, que conocía estas armas como la palma de su mano.

Levantó los ojos hacia el horizonte, como si hubiera poco tiempo para dar a Neil todos los detalles. Luego habló con más rapidez.

—Éste es un cargador —manifestó, mostrando un objeto rectangular—. Contiene ocho proyectiles, y una vez que se ha colocado en el arma, no es necesario volverla a cargar hasta que se han disparado los ocho.

—¿Cómo se carga?

—Es muy sencillo. —Dave colocó el índice sobre una palanca que había al costado derecho del arma—. Ésta es la palanca. Se tira de ella hasta que se oiga un chasquido. —Hizo la demostración—. Después se la suelta. Luego queda este espacio abierto en la parte superior del arma. Allí se coloca el cargador y se lo empuja hacia abajo hasta que el cartucho superior quede frente a la recámara.

Neil tiró hacia atrás la palanca y la soltó al oír el chasquido metálico. Luego insertó el cargador en la ranura que quedó abierta en la parte superior.

—Eso es —aprobó Dave—. Allí mismo. Está muy bien.

Asintió el muchacho y quedóse esperando el resto de las instrucciones.

—Ahora empuja el cerrojo hacia adelante a fin de colocar el primer cartucho en la recámara, listo para disparar. Cuando aprietes al disparador, la cápsula vacía volará por la derecha. Una vez vacío el cargador, también saltará por el aire, con un chasquido que se oye perfectamente. Entonces se vuelve a colocar otro cargador, tal como te enseñé. ¿Comprendes?

—¿Te parece que tendremos que usarlos?

—No sé. Mientras tanto, apunta hacia otro lado y quita el dedo del gatillo. Pasé tres años en el ejército sin recibir ni un rasguño, y no quiero que vayas a *balearme*[1] tú ahora.

Neil sonrió al apuntar hacia el agua.

—A ver —agregó Dave—. Pon el seguro hasta que estés listo para hacer fuego. —Colocó el índice dentro de la guarda del gatillo y empujó hacia

adelante una pieza curvada que había en la parte anterior—. Cuando quieras disparar, tira eso hacia atrás y dejará libre el disparador.

Rápidamente colocó el seguro en el suyo y luego lo apoyó sobre sus piernas. Mirando luego hacia el mar, expresó:

—No falta mucho.

Neil miró por sobre el hombro, sorprendiéndose al ver cuánto se había aproximado la embarcación. Ahora se veía que era un barco de proa muy alta y con una gran vela rectangular.

—Casi me olvidaba —dijo Dave entonces, mientras introducía la mano en el bolsillo—. Arranqué esta brújula del tablero de instrumentos. Por lo menos sabremos de qué dirección viene.

Sostuvo la brújula entre las manos y aguardó que la aguja señalara hacia el norte.

—Mira esta aguja —dijo—. Casi parece que supiera que esperamos visitas. Señala directamente hacia el barco.

—¿Vienen del norte?

—Así es.

El barco veíase ahora con toda claridad. Al fijarse en sus detalles, notaron que su proa curvada se elevaba mucho más que los costados y al extremo de la misma destacábase la cabeza de un animal tallada en la madera saliente.

En el centro había un grueso mástil del que pendía la vela que empujaba la embarcación hacia la máquina. Lo que más llamó la atención de Neil fué el colorido de la vela. Desde la parte superior hasta la inferior estaba pintada de brillantes franjas rojas y blancas que se extendían verticalmente.

—Una vela pintada —murmuró.

—Así es.

Siguieron observando el barco en el que parecía predominar la nota de color. A ambos costados del mismo veíanse largas hileras de discos pintados de rojo, amarillo, verde y azul. Neil aguzó la mirada a fin de identificar la naturaleza de aquellos discos, y luego, al aproximarse más el barco, reconoció lo que eran.

—Escudos —exclamó—. Son escudos, Dave.

Asintió su amigo.

—Así es —dijo—. Y mira esos remos. Debe haber lo menos dieciséis de cada lado.

La embarcación se hallaba muy cerca, y Neil vió a los hombres que iban de un lado a otro por sobre cubierta. El viento hinchaba la vela roja y blanca, mientras que los marineros tiraban de los remos de manera acompasada.

Súbitamente despertó un recuerdo en lo más recóndito de su memoria. Era un magnífico día de octubre y la señora Daniel, profesora de historia, describía a la clase un barco que podría haber sido el mismo que tenía ahora a la vista.

—Dave —dijo el muchacho—, quizás esté loco, pero…

—Sé lo que piensas —asintió Saunders.

Sus dedos aferraron con fuerza el fusil que tenía sobre las piernas. Neil hizo lo mismo.

—¿Es lo que me imagino? —inquirió.

—No es el *Queen Mary* —repuso Dave.

—Es una embarcación *viking* —murmuró Neil.

—Lo mismo que pienso yo.

Los remeros levantaron sus remos a menos de cien metros de la máquina del tiempo. Un hombre alto y musculoso, que apoyaba una mano sobre la curva de la proa, descolgó un escudo de su hombro para sujetarlo a su brazo izquierdo.

Los rayos del sol se reflejaron entonces en el casco de metal que tenía sobre su cabeza. El casco terminaba en su frente, dando a su cráneo la forma de una bala. A ambos lados tenía un par de alas de metal que refulgían a la luz solar.

El individuo vestía una tosca chaqueta, que dejaba al descubierto unos brazos notablemente musculosos y bronceados. Llevaba una pesada banda de metal sobre el derecho, y sus músculos parecían querer romperla con cada movimiento del brazo. Ceñía su cintura un ancho cinturón de cuero con un gran disco de metal en la parte del frente. De su costado pendía una pesada hacha de guerra.

Este hombre tan llamativo gritó algo a la tripulación y al instante viró la nave, deshinchándose la vela instantáneamente para caer luego hacia cubierta.

Al oír un leve chasquido metálico, Neil se hizo cargo de que Dave había quitado el seguro a su fusil. Sin vacilar siguió su ejemplo.

El individuo parado a la proa de la embarcación pareció ser cada vez más alto a medida que se aproximaba. Por primera vez advirtió Neil que gastaba una profusa barba rabia. Luego lo vió inclinarse hacia adelante para gritarles algo con voz estentórea.

—¿Qué dice? —preguntó Dave.

—No le entiendo.

Como si hubieran recibido una señal preconcebida, ambos amigos levantaron sus fusiles. Neil colocó el dedo dentro de la guarda del gatillo, listo

para apretar el disparador cuando fuera necesario. De pronto se le ocurrió algo en lo que no había pensado hasta entonces.

—No tengo otro cargador para cuando se me termine éste —dijo.

Dave sacó dos del bolsillo y se los pasó en silencio.

Ambos siguieron mirando a la extraña nave y ahora pudieron ver por primera vez a toda su tripulación.

Había lo menos veinticinco hombres sobre cubierta, y todos estaban acodados a la borda, observando la máquina del tiempo y haciendo comentarios entre dientes.

De nuevo les gritó el gigante de la barba.

Neil parpadeó al oírlo mejor y se volvió luego hacia su amigo.

—¡Ea, me pareció entenderlo! —exclamó.

Dave no dejó de apuntar hacia los que llegaban, pero volvió la cabeza hacia el muchacho.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… —Neil titubeó un instante, inseguro de lo que iba a decir—. Me pareció que habló en sueco.

—¿Y tú entiendes sueco?

—Sí. Mi padre nació en Suecia y siempre hablábamos su idioma cuando iba a visitarnos mi abuelo.

Saunders meditó un momento.

—Grítale algo en ese idioma —pidió a poco.

—¿Qué le digo?

—Que no buscamos pendencia.

Neil volvióse hacia la embarcación de los *vikings*.

—Hola —dijo—. Somos amigos y venimos en son de paz.

Le sorprendió comprobar la facilidad con que podía hablar el sueco, ya que hacía mucho que no practicaba.

Hubo gran revuelo en la otra nave y los marineros se hablaron entre sí, señalando a Neil con los dedos. El gigante rubio dirigió la palabra a un hombre que tenía a su lado, y gritó luego:

—Nosotros también somos amigos.

—¿Qué dijo? —quiso saber Dave.

—Que son amigos.

—Probablemente hablan en sueco antiguo —murmuró Dave—. Gracias a Dios que no nos encontramos con un barco chino. —Lanzó una mirada de reojo a su joven amigo—. ¿O también hablas ese idioma?

—Sueco e inglés —repuso Neil con una sonrisa—. Y un poco de español del que enseñan en la escuela.

—¿Te resulta difícil comprender a ese rubio?

—Un poco.

—¿Podrías hablar con él y averiguar si está dispuesto a remolcarnos a tierra?

—Puedo probarlo. —Neil se volvió de nuevo hacia los *vikings*—. ¿Quieren remolcarnos a tierra?

De nuevo reaccionaron los marineros al oír su voz. Otro se unió al gigante que estaba en la proa. Era un individuo bajo y musculoso, de enorme pecho velludo y sañuda expresión. Se paró muy cerca del gigante rubio que, según pareció a Neil, debía ser el capitán. Sostuvieron una consulta apresurada y luego gritó el capitán con voz tonante:

—Estamos perdidos y no sabemos dónde está la tierra. ¿No sois vosotros de estas aguas?

Neil volvióse hacia Dave.

—También ellos están perdidos. Creen que nosotros somos de esta parte del mundo.

—¿Qué? —exclamó Dave, mientras se rascaba la cabeza—. No lo entiendo. Por un momento creí que habíamos atravesado todo el Atlántico… Bueno, quizá estemos en el Golfo de México. ¿Pero qué hacen aquí esos *vikings*? Pregúntales cómo llegaron hasta aquí.

—¿Cómo es que están en estas aguas? —gritó Neil.

—Una tormenta nos desvió de nuestra ruta —replicó el capitán—. Perdimos nueve de nuestros tripulantes y no sabemos dónde estamos.

Neil tradujo y Dave le ordenó que siguiera interrogando al *viking*.

—¿De dónde sois? —preguntó el muchacho.

—De la Tierra del Norte. ¿Y vosotros?

—De una tierra que no conocéis.

—¿Entonces cómo es que hablas nuestra lengua? —quiso saber el *viking*.

—Mi padre la conoce muy bien.

—¿Es tu padre el que te acompaña?

—No. Es un amigo mío llamado Dave Saunders.

Dave se irguió al oír mencionar su nombre.

—¿Qué pasa? —inquirió con gran interés.

—¿Dave Saunders? —gritó el *viking*.

—Así le llaman —explicó Neil.

—¿Y tú?

—Neil.

—¡Vaya con las presentaciones! —murmuró Saunders.

—¡Yo soy Erik! —declaró el *viking* con orgullo—. Hijo de Johan el Negro y capitán de esta nave.

—Me alegro de conocerte —manifestó Neil en tono afable.

—Pregúntale si podemos subir a bordo —intervino Dave, algo impaciente ante tanta conversación.

—¿Podemos subir a bordo? —preguntó Neil a Erik.

Los marineros volvieron a murmurar entre sí, y Neil vió que el individuo bajo y de pecho velludo sacudía la cabeza con violencia mientras blandía su hacha.

—¿Qué le pasa al bajito? —preguntó Dave.

—No sé.

Erik escuchó lo que decía su compañero y dijo luego a Neil:

—Mis tripulantes dicen que vuestro navío está maldito y que vosotros sois seres malignos.

—Nuestra nave os parece extraña porque no se parece a la vuestra —explicó Neil—. Todos los barcos de nuestra patria son como éste.

El individuo bajo y velludo gritó entonces:

—Yo soy Olaf, hijo de Lars, el constructor de barcos. Soy el segundo comandante de esta nave. Traed más cerca la vuestra para que podamos examinarla.

—Ese enano se ha puesto nervioso —comentó Dave—. ¿Qué quiere ahora?

—Creen que estamos malditos porque la nave les resulta extraña. Quieren verla de más cerca.

—Diles que no podemos maniobrar y que se acerquen ellos. Yo les apuntaré con el fusil.

Neil aclaróse la garganta y gritó en sueco:

—Nuestra nave está averiada y no podemos gobernarla. Podéis acercaros si lo deseáis.

Erik escuchó lo que le decía Olaf para luego ordenar a la tripulación que aproximaran el barco a la extraña máquina. Varios hombres tomaron los remos y la nave de los *vikings* se aproximó más. Neil vió entonces las afiladas hachas que relucían al sol, así como los rostros sañudos y desconfiados de los guerreros. Se preguntó entonces si era prudente permitirles acercarse tanto.

El barco maniobró hasta hallarse al lado de la máquina y uno de los marinos arrojó un cabo, que Dave aseguró a la escotilla.

Ahora que Erik estaba más próximo, Neil lo contempló con interés. Era un individuo muy tostado por el sol y el aire, y en su atrayente rostro destacábanse sus ojos de un azul profundo. De nariz recta y algo larga, poseía una abundosa barba rubia que cubría sus mejillas y le llegaba hasta el cuello. Sus hirsutas cejas de color de arena habíanse enarcado en señal de asombro.

—Necesitamos víveres —expresó con sencillez—. ¿Tenéis algo de comer a bordo?

—No mucho —mintió Neil.

Habían cargado suficientes provisiones como para dos semanas, pues esperaban vivir de lo que pudieran cazar en Yucatán. La tripulación de Erik consistía de veinticinco o más marineros hambrientos que podrían consumir todas las provisiones en menos de cinco minutos.

—Son seres malignos —gritó Olaf—. Te lo advierto, capitán.

—Calla —ordenó Erik.

Olaf cerró la boca, mirándolo con expresión llena de hosquedad. El capitán miró a Neil.

—¿Podéis guiarnos a tierra? —inquirió—. Necesitamos agua y alimentos antes de intentar el regreso a nuestra patria.

Neil se volvió hacia su amigo.

—Quieren saber si podemos guiarlos a tierra. ¿Qué les digo?

—¿Qué lengua hablan ahora? —preguntó Olaf—. Son seres malignos y hablan el idioma del diablo.

—Hablo en la lengua de mi amigo —respondió Neil en sueco. En inglés dijo a Saunders—: ¿Qué les digo, Dave?

—Que los guiaremos a tierra si nos dejan subir a bordo y remolcan nuestra máquina. Es nuestra única posibilidad de salvación. Este aparato no seguirá flotando mucho más.

—Encontraremos tierra si remolcáis nuestra nave y nos dejáis subir a bordo de la vuestra —dijo Neil al capitán.

—Si dejas subir a los demonios, estaremos perdidos —declaró Olaf.

Erik encaminóse hacia el centro de la cubierta para hablar con la tripulación. De tanto en tanto, se volvía uno de los marineros para mirar hacia la máquina del tiempo con expresión de temor. La conferencia se prolongó durante varios minutos mientras Neil y Dave aguardaban pacientemente. Al fin regresó Erik a la borda.

—Os permitiremos subir a bordo —declaró.

—No está bien —protestó Olaf—. Nos traerán mala suerte. Soy partidario de arrojarlos de inmediato a los tiburones.

—Y yo digo que los dejemos subir —respondió Erik—, ¡y yo soy el capitán de esta nave!

Olaf escupió sobre cubierta.

—Entonces déjalos subir y sufre las consecuencias —gruñó.

—El enano no nos quiere —observó Dave—. Se le nota en la cara.

—Pero nos van a permitir que pasemos a su barco —dijo Neil.

Asintió Dave con una sonrisa y ambos treparon a la borda del otro navío para saltar sobre cubierta. Los tripulantes se apartaron respetuosamente a fin de dejarles el camino libre.

—Vuestras ropas son muy extrañas —comentó Erik.

—Las que usamos en nuestra tierra.

—Las ropas del diablo —masculló Olaf.

—Necesitamos asegurar algunos maderos a nuestra nave para mantenerla a flote —explicó el muchacho.

—Os los daremos. ¿Estás seguro de que podrás guiarnos a tierra?

—Sí —mintió Neil.

Erik ordenó entonces a sus guerreros que prepararan los maderos y las cuerdas necesarias para asegurarlos. Una vez listo todo, Neil y Dave se pusieron a trabajar en la máquina del tiempo, atando los grandes maderos a las hélices, a lo largo de la cabina de mandos y junto a las dos esferas. Cuando dieron fin a esta operación, consideraron que la máquina no se hundiría si no les sorprendía una tormenta muy fuerte.

Erik los estuvo observando mientras se ocupaban de esto, y sus ojos no se apartaron de los fusiles que llevaban colgados del hombro. Cuando volvieron a bordo del barco les preguntó:

—¿Qué son esos palos largos que lleváis?

Neil no supo qué decir.

—¿Qué quiere saber? —inquirió Dave.

—Pregunta por los fusiles.

—Será mejor que se lo digas. Ya que hemos confiado en él hasta ahora…

—Son armas —explicó Neil a Erik—. Como vuestras hachas.

—Tendré que pediros que me las entreguéis —dijo el capitán—. Debo proteger mi barco.

—Quiere que se los entreguemos —dijo Neil.

Dave puso el seguro al de él y lo entregó a Erik, sonriendo luego al hacer Neil lo mismo.

—¿Hacia dónde ponemos proa? —preguntó el capitán.

—¿Y bien, Dave? —inquirió Neil.

—¿Qué quiere?

—Que fijemos el rumbo.

—¡Ah! Un momento.

Saunders trepó por sobre la borda a fin de volver a la máquina del tiempo. Al regresar llevaba en la mano la brújula que arrancara del tablero de instrumentos.

—Si estamos cerca de Yucatán, en el golfo de México, debemos navegar hacia el sur —dijo a Neil, señalando en la dirección indicada—. Hacia allá.

El rostro de Erik se ensombreció por un momento.

—¿Estás seguro? —preguntó a Neil.

—Sí.

Olaf habíase acercado de nuevo hacia ellos. Hizo una mueca a Neil y dijo:

—¿Y si se equivocan, capitán?

Erik meditó un instante.

—Si se equivocan haremos lo que aconsejaste —declaró al fin—. Los arrojaremos a los tiburones sin más trámite.

Colgó el hacha de guerra de su cinturón y alejóse hacia el centro del barco.

—A los remos —gritó con voz estentórea.

Los marineros corrieron hacia proa y hacia popa, yendo a ocupar sus puestos. Varios hombres izaron la vela y uno de los guerreros se paró en la popa a fin de encargarse del timón.

Erik indicó el rumbo mientras los marineros tiraban de los remos, haciendo virar la nave. Al hincharse la vela, la embarcación comenzó a avanzar.

Olaf pasó al lado de Neil, susurrándole:

—Te conviene guiarnos bien, maldito.

Dicho esto, alejóse hacia proa mientras Neil lo miraba con fijeza.

—¿De qué se queja ahora el enano? —inquirió Dave a su amigo.

—De nada —repuso el muchacho.

El gran navío cortaba las olas con la proa apuntando hacia el sur e impulsado por el viento y la constante labor de los remeros.

V

En busca de tierra

SOPLABA buen viento, el cielo estaba despejado y la vela se hinchaba como el vientre de un hombre obeso que vistiera pijamas a rayas rojas y blancas. Los marineros maldecían y cantaban a la vez, mientras sus musculosos brazos tiraban de los pesados remos. Crujían los maderos de la nave y ésta abríase paso por el agua, dejando una blanca estela como efímera huella de su paso.

Navegaban hacia el sur con viento de popa… y al cabo de tres días aún no habían divisado tierra.

Erik sentíase cada vez más impaciente; las quejas constantes de Olaf agriaron su humor y estallaba a la menor provocación. A Neil le asombraba aquel hombre tan paradójico. Era un marino excelente que tenía una habilidad especial para mantener su rumbo sin desviarse en lo más mínimo. Conocía las estrellas como el mejor astrónomo y sabía guiar su nave con un solo golpe de timón, dirigiéndola a babor o estribor los grados necesarios cuando hacía falta hacerlo. Sabía también cuál de sus hombres trabajaba y cuál dejábase llevar por el impulso de su remo. El segundo día del viaje descubrió que el timonel estaba embriagado. Lo asió por la chaqueta y le asestó un terrible puñetazo a la cara. El infeliz marino cayó sin sentido sobre cubierta y el capitán se hizo cargo del timón hasta el cambio de guardia.

Sin embargo, durante la noche, cuando descansaban todos de la labor diaria y el viento hinchaba la vela, Erik era el primero en ponerse a cantar y en llenar las copas de vino.

Además, solía pasarse horas enteras parado a proa, con la mano sobre su hacha y los ojos azules fijos en el horizonte.

Neil solía observarlo en aquellos momentos; lo veía pasearse por la nave, apoyarse un rato contra la borda de estribor y marchar luego hacia la de

babor, siempre escudriñando el mar que los rodeaba. El sol arrancaba fieros destellos a su barba rubia que agitaba el viento constantemente.

Durante tres días navegaron así, sin ver otra cosa que el agua, el cielo y el sol. Y no se avistaba tierra.

En la mañana del tercer día ambos amigos sentáronse sobre rollos de cuerda que había a proa y se pusieron a observar al gigantesco capitán.

—Está preocupado —comentó Dave—. Teme que no encontremos tierra.

—Yo también estoy preocupado —confesó Neil.

—Nada podemos hacer, chico. Aunque tuviéramos nuestros fusiles, son muchos guerreros…

—¡Neil! —llamó entonces la voz potente del capitán, que se hallaba parado a popa, cerca del timón.

—¿Sí?

—Ven aquí.

—¿Qué pasa ahora? —quiso saber Dave.

—En seguida vuelvo.

Neil se puso de pie y encaminóse hacia la popa. Erik le había vuelto la espalda y estaba apoyado sobre la borda. De sus hombros pendía su escudo, cubriéndole la mitad de la espalda. Al oír los pasos del muchacho, se dió vuelta nuevamente y apoyó los codos sobre la amura.

Durante varios segundos miró fijamente a Neil, quien sintió el impulso de echar a correr al ver la intensidad de su mirada.

El capitán hizo un movimiento brusco con la cabeza, indicando el área que se extendía atrás y a su derecha.

—¿Qué ves allí? —preguntó.

—Agua.

—¿Y allí? —Erik indicó hacia babor.

—Agua.

—¿Y allá? —El capitán señaló hacia adelante.

—Agua.

—¿Ves tierra?

—No —repuso el muchacho con voz temblorosa.

—¿Cuándo encontraremos tierra?

—No lo sé con exactitud.

—¿Sabes lo que será de vosotros si no halláis tierra?

—Sí.

Se curvaron los labios de Erik en una sonrisa, aunque su voz siguió siendo muy seria.

—¿Quieres un consejo?

—Sí, sí, por supuesto.

—Encuentra tierra —dijo Erik con sequedad.

Luego le dió la espalda y su mano se posó sobre el hacha reluciente que pendía de su costado.

Neil regresó con paso lento hacia donde estaba su amigo y se sentó a su lado.

—Y bien, ¿qué quería nuestro capitán? —inquirió Dave, quien estaba encendiendo un cigarrillo.

Aspiró el humo, guardó el encendedor en el bolsillo de la camisa y miró a Neil con interés.

—Quiere que encontremos tierra —respondió el muchacho.

Dave lanzó una bocanada de humo.

—¿De veras? ¡Vaya, vaya!

—Habla en serio, Dave.

—Lo sé. Si no fuera por el enano… Ha estado fastidiando a Erik desde que nos permitió subir a bordo. No me extraña que el capitán se sienta intranquilo.

Volvió a aspirar humo y arrojarlo hacia lo alto.

Neil notó que varios de los *vikings* observaban el cigarrillo de su amigo. Lo miraban con ojos desorbitados y se hablaban entre sí en tono bajo.

—Será mejor que lo apagues, Dave. Me parece que no les gusta mucho a nuestros amigos.

Saunders dió una última chupada al cigarrillo y lo arrojó sobre cubierta, aplastándolo con la bota. Casi al instante se les acercó Olaf, mirando al cigarrillo aplastado.

—¿Qué es eso? —preguntó a Neil.

—Mi amigo estaba fumando —explicó Neil.

Olaf no comprendió la explicación.

—Di a tu amigo que arroje al mar su cilindro maligno.

—Quiere que lo arrojes al mar, Dave —tradujo Neil.

—¿Que arroje qué?

—El cigarrillo.

—¿Por qué?

—No sé.

Sin apartar los ojos del rostro de Olaf, Dave pidió:

—Dile que el cigarrillo está apagado y que no puede causar ningún daño.

Neil tragó saliva.

—El cilindro de mi amigo está apagado —expresó en sueco—. No puede hacer…

Olaf tendió el brazo con un movimiento brusco para asir la camisa del muchacho.

—¡Di a tu amigo que lo recoja! —gritó.

Una expresión sañuda pintóse en la cara de Dave, y antes de que el *viking* se diera cuenta de lo que sucedía, el joven habíale asido por la muñeca, obligándole a apartar la mano de la camisa de Neil.

Olaf retrocedió dos o tres pasos y su diestra posóse en su hacha. Con gran lentitud la sacó del cinturón, pasándole un dedo por el filo.

Dave retrocedió también.

—Dile que pelearé con él a puñetazos si no tiene miedo de dejar de lado el hacha.

Erik adelantóse entonces desde la popa.

—¿Qué pasa? —preguntó en tono amenazador.

—Uno de los demonios me ha desafiado —repuso Olaf.

Un apretado grupo de marinos habíase reunido alrededor de los que discutían. Uno de ellos, un individuo de negro mostacho, adelantóse para decir con vehemencia:

—El demonio respiraba fuego. ¡Yo lo vi, yo lo vi!

—¿Qué tontería es ésa? —exclamó Erik—. Ningún hombre puede respirar fuego.

—Sí —terció un *viking* con un parche sobre el ojo derecho—. Yo también vi al de nariz torcida respirar fuego. Olaf tiene razón. Son dos demonios.

—Hemos navegado tres días sin ver tierra —agregó otro.

—Y no creo que la hallemos —dijo un tercero.

—Olaf tiene razón. Matemos a los demonios y arrojémoslos a los tiburones.

—¡Sí, sí, matémoslos!

—¡Muerte a los demonios!

—¡Muerte a los demonios!

Este fué el coro que resonó en todo el barco. Las hachas salieron de los cinturones y todos se aprestaron al ataque.

—Está grave la situación —murmuró Neil—. Corremos un peligro muy serio.

—Otra vez por culpa del enano —gruñó Dave—. Siempre ha sido él el causante de todo.

—Sigue diciendo que somos demonios y que tendrían que matarnos.

Dave meditó un momento mientras los marineros se apretujaban a su alrededor.

—Pregunta al enano si está dispuesto a luchar contra un demonio —dijo de pronto.

Neil no se atrevía a hacerlo.

—Vamos, pregúntaselo.

—¿Te atreverías a luchar contra un demonio? —dijo Neil a Olaf—. ¿Lucharías contra él con los puños?

—Los demonios son malignos —declaró Olaf—. Puedo derrotarlo, porque el mal no puede existir en este barco.

Los guerreros lanzaron vivas al oír estas palabras, y Neil aguardó a que callaran antes de continuar.

—Y si este demonio te derrotara, entonces, según tu propia lógica, no podría ser un demonio —manifestó—. Sería un hombre como todos que te ha derrotado en combate leal.

—Es un demonio y lo mataré —dijo Olaf:

—Pero si gana él, ¿no será prueba de que es un ser humano? —insistió Neil—. Tú mismo has dicho que el mal no tiene cabida en este barco.

Erik intervino entonces.

—Si gana tu amigo, Olaf tendrá que admitir que es un ser humano.

—¿Con los puños solamente? —inquirió Neil.

—Con los puños —ordenó Erik—. ¡Dejen la cubierta libre!

—Ha aceptado —explicó el muchacho a su amigo—. Y si ganas dejarán de decir esas tonterías acerca de los demonios.

—¡Magnífico! —dijo Dave, comenzando a quitarse la camisa—. Esto me va a gustar.

Así diciendo, sonrió maliciosamente mientras observaba a su antagonista.

Los marineros formaron un círculo en el centro de la cubierta, poniéndose unos al lado de otros y sosteniendo frente a sí sus escudos de manera de improvisar una especie de muralla circular.

Olaf quitóse la chaqueta y la dejó colgar de su cinturón, flexionando luego sus enormes músculos e inspirando profundamente. Sus amigos le dieron palmadas en los hombros, riendo y felicitándolo, mientras lanzaban miradas de reojo a Dave, que ya se había desnudado el torso.

Dave medía unos veinte centímetros más de estatura que Olaf y parecía mucho más delgado que el *viking*, pero era tan fuerte como un resorte de acero. Además, habíase distinguido notablemente como pugilista en la Universidad.

—Anda con tiento —aconsejóle Neil—. No lo dejes que te abrace. No creo que haya reglas de ninguna especie en este combate.

—No te aflijas; le daré una buena paliza —expresó Dave.

—¿Estáis listos? —preguntó Erik.

—Estamos listos —respondió Neil.

Olaf entró en el círculo formado por los guerreros, quienes bajaron sus escudos por un instante para franquearle el paso y volvieron a levantarlos en seguida.

Dave entró por el otro lado y Erik entregó un escudo a Neil.

—Nos uniremos al círculo —dijo.

Los *vikings* se apartaron, dejando un espacio libre para el capitán y el muchacho. Erik paróse a la derecha de Neil, tocando su escudo el del joven. A la izquierda de éste se hallaba el marinero con el parche sobre el ojo.

—Podéis comenzar cuando estéis preparados —dijo Erik.

—Buena suerte, Dave —gritó Neil.

Dave le hizo un guiño, dedicando luego su atención a su fornido rival. Ambos se estudiaron mientras comenzaban a dar vueltas alrededor del círculo de escudos.

Dave levantó luego el brazo izquierdo, apoyando la barbilla contra el pecho y listo el puño derecho para entrar en acción. Acercóse entonces a Olaf que se había plantado firmemente sobre cubierta, agitando los brazos como aspas de molino.

De pronto se adelantó Dave con gran rapidez y aplicó un golpe de izquierda a la barbilla del *viking*. Éste retrocedió varios pasos, mientras el americano aprovechaba la ventaja, disparándole dos izquierdas en rápida sucesión. Neil vió que tenía la derecha lista para asestar el golpe de gracia. De nuevo colocó Dave una izquierda a la barbilla de Olaf, sacudiéndole la cabeza con gran violencia. El guerrero volvió a retroceder, siempre con las manos extendidas, tratando inútilmente de parar los científicos golpes del pugilista.

Neil sonrió al ver que la izquierda de Dave llegaba de nuevo al blanco, obligando a Olaf a retroceder más. La lucha parecía destinada a finalizar antes de lo que imaginara.

Y al fin descargó Saunders su derecha. El puño partió impelido por todo el poder del brazo y el hombro, y Neil comprendió que si daba en el blanco, Olaf quedaría tendido sobre cubierta.

El *viking* también pareció hacerse cargo de esto. Con extraordinaria agilidad, sorprendente en un individuo tan pesado y lento, dejóse caer de rodillas mientras el puño de Dave pasaba por sobre su cabeza. Oyóse un golpe

resonante al dar el puño de Dave contra el escudo que estaba detrás de su antagonista. El joven retiró la mano con un gemido de dolor, mientras que Neil lo miraba lleno de espanto.

Saunders trató de retroceder, pero ya era demasiado tarde. Olaf habíale asido por las piernas y en ese momento dió un tremendo tirón. El americano cayó pesadamente sobre las tablas de la cubierta, dando su cuerpo sobre la mano derecha lastimada.

Olaf ya se había levantado. Con gran celeridad acercóse al joven cuando éste se esforzaba por alejarse rodando. El *viking* adelantó uno de sus pies y le aplicó un tremendo puntapié en las costillas.

—¡Levántate, Dave! —gritó Neil.

Ahogaron su voz los gritos de entusiasmo de los guerreros cuando Olaf volvió a castigar a Dave con furia salvaje, errando esta vez un puntapié a la cabeza.

Su mala puntería pareció enfurecerlo y abrió la boca para dejar escapar un gruñido feroz. Retrocedió luego para aplicar otro puntapié al caído.

Pero esta vez Dave se había repuesto. Asió el pie de Olaf con la mano izquierda y, levantándose a medias, dió un violento empujón. El *viking* retrocedió saltando sobre una pierna, no pudo mantener el equilibrio y terminó desplomándose de espaldas sobre el piso.

—¡Muy bien, Dave, muy bien! —gritó Neil.

—Mata al demonio —chilló el marinero tuerto.

—Cuidado, Olaf —recomendó otro, en el momento en que Dave saltaba sobre el pecho de su rival.

Olaf levantó los brazos, encerrando entre ellos el torso del americano y apretándolo con fuerza irresistible. Dave lanzó un grito agudo al sentir la terrible presión. Juntos rodaron por la cubierta, gruñendo Dave y riendo Olaf con gran malicia.

—Pelea a su manera —gritó Neil—. ¡Pelea sucio, Dave!

El muchacho no supo si su amigo le había oído, pero Dave mordió de pronto el hombro del *viking* y éste tuvo que soltarlo inmediatamente. El americano se apartó a toda prisa del sudoroso cuerpo tendido en el piso, agachóse y asió los pies de Olaf con ambas manos.

Acto seguido hizo un movimiento de torsión y Olaf lanzó un aullido de dolor al tiempo que se volvía para quedar boca abajo. Dave asió mejor el pie y lo dobló entonces hacia la pantorrilla, apretando con todas sus fuerzas.

Con un esfuerzo casi sobrehumano, Olaf logró levantar el cuerpo, usando los brazos a manera de palanca, y de pronto consiguió volverse y patear de

nuevo a su rival. Dave cayó hacia atrás con violencia, yendo a dar de nuevo contra el muro formado por los escudos. Esta vez, el muro no se quedó estacionario. Al golpear el joven contra el mismo, tres de los escudos se movieron hacia adelante de manera súbita y lo arrojaron de cara al suelo en el centro del círculo.

Neil abrió la boca para protestar, pero el marino que tenía a su lado le apretó el brazo a manera de advertencia.

Olaf corrió entonces, alzó a Dave del suelo y volvió a arrojarlo contra la pared formada por los escudos. Esta vez los guerreros adelantaron sus escudos en el momento en que caía el americano contra ellos, interviniendo así en la batalla.

Saunders fué a caer de nuevo al piso. Olaf volvió a alzarlo y lo lanzó contra otra parte del círculo, mientras que otros tres escudos se adelantaban para tornar más violento el choque del cuerpo contra el acero.

Poniéndose de rodillas, el joven americano sacudió la cabeza a fin de aclararse la vista. La pelea no era otra cosa que un combate sucio y desprovisto de las más mínimas reglas de decencia. Neil observó con asombro, mientras Dave manteníase arrodillado sobre cubierta, esforzándose por no perder el sentido. Olaf retrocedió unos pasos, desnudos los dientes, el rostro cubierto de sudor y el pelo revuelto. Cruzó todo el círculo con los ojos fijos en Dave, y al llegar a uno de los costados apoderóse del escudo del guerrero tuerto y lo alzó de pronto, disponiéndose a correr hacia su rival y aplastarle la cabeza.

Cuando se lanzaba ya hacia Dave, Neil adelantó un pie y logró echarle una zancadilla que dió con Olaf por el suelo.

Desde el otro lado del círculo, Dave observaba al caído con gran asombro. Logró levantarse en ese momento, justo cuando Olaf se ponía de pie y tendía de nuevo la mano hacia el escudo.

Saunders cruzó entonces el espacio abierto, logrando ponerse al lado del *viking* antes de que éste pudiera asir el escudo. Desde muy abajo levantó el puño izquierdo que fué a dar con tremenda violencia contra la nariz de Olaf. Éste lanzó un agudo grito mientras agitaba las manos con extraordinario ímpetu.

El americano le aplicó otro golpe de izquierda al ojo y uno más a la barbilla, alcanzándole luego con uno sobre el pómulo. Cuando Olaf trató de abrazarle, retiróse ágilmente. Después giró con rapidez para asestar un puñetazo fortísimo al abdomen de su rival. Olaf doblóse en dos a causa del

dolor y Dave lo golpeó de nuevo en la cara con toda la fuerza de que era capaz, y siempre con la izquierda.

El puñetazo hizo blanco en la mejilla derecha del guerrero, abriéndole una herida que empezó a sangrar profusamente. Con un movimiento ágil Dave retrocedió para dar una vuelta alrededor de su contrario, que lo seguía con la vista. Tenía la mano derecha pendiente al costado y era necesario que derrotara a Olaf sólo con la izquierda.

Los *vikings* habían enmudecido y observaban el combate como fascinados.

Olaf dió varias vueltas, agitando las manos y buscando una oportunidad de abrazar de nuevo a su esquivo rival. Dave hizo una finta, como si fuera a golpear el abdomen del guerrero. Al bajar éste las manos para proteger su estómago, la terrible izquierda del americano se echó de nuevo hacia atrás para descargarse otra vez sobre la mejilla derecha lastimada. La sangre volvió a salir a chorros, manchando el puño de Dave y ensuciando toda la cara de Olaf.

Saunders se aproximó ahora, relucientes los ojos y apretados los dientes. Su izquierda castigó tres veces consecutivas el ojo del *viking*, luego la mejilla herida, desgarrándosela de manera espantosa. Al bajar el otro las manos, incapaz ya de defenderse, Dave se adelantó dispuesto a continuar el castigo.

Su puño dió tres veces seguidas en la boca de su rival. Olaf sacudió la cabeza, salpicando con su sangre los escudos que formaban el círculo. Dave sonrió sañudamente al ver los efectos de sus golpes.

¿Por qué no termina?, se dijo Neil. *¿Qué está esperando?*

El brazo izquierdo del pugilista movíase ahora con la celeridad de una serpiente que ataca. Siguió golpeando una y otra vez, convirtiendo la cara de Olaf en una máscara sangrienta. El ojo derecho estaba completamente hinchado y la sangre manaba de la boca y la mejilla.

El guerrero tambaleóse hacia atrás, dando contra la pared de escudos y derribando a uno de sus compañeros al lanzar un golpe a ciegas. De nuevo sacudió la cabeza, rugiendo como bestia enfurecida.

Dave se le echó encima, listo el puño para descargarse nuevamente. Olaf bajó entonces la mano hacia el cinturón y la sacó de pronto de entre los pliegues de la colgante chaqueta armada de un objeto que relució al recibir los rayos del sol.

—¡Cuidado, Dave! —exclamó Neil—. ¡Tiene un cuchillo!

VI

Perdidos nuevamente

DAVE se detuvo al oír la voz de su amigo y en su rostro dibujóse una expresión de sorpresa cuando sus ojos descubrieron el cuchillo que empuñaba Olaf. Era un arma de larga y afilada hoja y empuñadura de cuero.

El *viking* avanzó ahora a tropezones y lanzando llamas por los ojos. Una desagradable sonrisa curvaba sus labios ensangrentados. Agachábase un poco, moviendo su arma de atrás hacia adelante mientras se adelantaba con lentitud.

Neil miró a Erik, quien se hallaba a su lado. El capitán observaba la escena con su serenidad de costumbre.

—¿Por qué no haces algo? —inquirió el muchacho—. ¡Tiene un cuchillo!

Erik mirólo de reojo.

—Tu amigo demostró a Olaf su manera de pelear. Es muy justo que Olaf le demuestre la suya a él.

—¿Justo? —exclamó Neil.

Sin detenerse a razonar, apartóse del círculo para correr hacia donde esperaba Dave el ataque del fornido *viking* y se detuvo al lado de su amigo con el escudo en alto.

—Vete a tu sitio —mascculló Saunders.

—Quiero emparejar un poco la lucha —repuso Neil.

—Yo me encargo de él.

—Tú te encargas de él y yo del cuchillo. Así será más parejo el combate.

Pero los guerreros que formaban el círculo tenían otras ideas y un rugido sordo partió de todo el grupo al entrar Neil en el círculo.

Olaf se detuvo a meditar. Luego echó atrás la cabeza, gritando a sus compañeros:

—¡Ahora debo luchar contra dos de ellos! —Hizo una pausa, agregando luego—: ¿No hay ningún brazo fuerte que se ponga de mi parte?

Oyóse un grito ensordecedor y los guerreros comenzaron a cerrar el círculo con lentitud, levantando los escudos y listas sus armas.

—Ahora estamos perdidos —gruñó Dave.

Visiblemente animado por el apoyo de sus amigos, Olaf reanudó su avance cuchillo en mano. El círculo se fué cerrando y Neil vió los ojos relucientes y las enmarañadas barbas que se aproximaban cada vez más.

De pronto se oyó un grito procedente de la proa, donde se hallaba apostado el vigía. Fué un grito penetrante que resonó en toda la embarcación.

Los *vikings* quedáronse inmóviles y Olaf volvió la cabeza hacia la proa. Por un instante tuvo Neil la idea de estar observando una película y de que el proyector se había detenido súbitamente. Ninguno de los guerreros se movía. El círculo quedó estacionario y todos prestaron oído atento.

De nuevo resonó el grito en el silencio reinante.

—¡Tierra! ¡Tierra a estribor!

Otro momento de silencio.

Después estalló una algarabía general. Los escudos volaron por el aire, cayendo estrepitosamente sobre cubierta. Luego resonaron risas alegres y se deshizo el círculo mientras los marineros corrían hacia las amuras de estribor, abrazándose, saltando y gritando gozosos. Por primera vez notó Neil que Erik había sido el primero en apartarse.

El capitán se hallaba ahora a proa, mirando hacia estribor, mientras su voz resonaba con tanta potencia como la de sus hombres.

Dave y Neil se quedaron donde estaban, el primero con el puño en alto, el segundo con el escudo frente a sus cuerpos. Olaf los miró con hosquedad antes de escupir sobre cubierta, meter el cuchillo en la vaina y darles la espalda. Después corrió hacia estribor para unirse a los otros.

Recién entonces soltó Neil su escudo y enjugóse la frente con la mano. Dave le sonrió mientras bajaba el puño.

—Bien —dijo—. Parece que hemos encontrado tierra.

Neil apoderóse de la mano lastimada de su amigo para examinarla.

—¿Te duele mucho?

—No —fué la respuesta—. Pero no podía lastimármela más golpeando esa cabeza dura que tiene el enano.

Neil se la soltó entonces para tomarlo por los hombros mientras lo miraba sonriente.

—¡Ea, viejo! —exclamó—. ¡Encontramos tierra!

Erik fué el primero en desembarcar. Luego de saltar por sobre la borda, adelantóse hacia tierra con el agua hasta las rodillas. La playa era pequeña y estaba cubierta de arena fina y guijarros diminutos. A cierta distancia de la costa veíase una selva muy densa.

—¿Estamos en Yucatán? —preguntó Neil a su amigo.

Ambos se hallaban acodados a la amura, mientras los *vikings* remaban lentamente.

—Podría ser —repuso Dave, encogiéndose de hombros—. También podría ser Pakistán. Imposible adivinarlo.

Varios de los marineros saltaron por sobre la borda para empujar la embarcación, logrando encallar la proa sobre la arena.

Después cargaron todos sus escudos, recogieron sus hachas y avanzaron hacia tierra.

—Podríamos ir con ellos —sugirió Saunders.

Luego de descalzarse, saltaron al agua y avanzaron llevando sus botas y calcetines a la altura de los hombros a fin de no mojarlos. Al llegar a la playa, sentáronse sobre la arena para volver a calzarse.

Erik se les acercó entonces, sonriendo a Neil.

—Nos habéis traído a tierra —dijo—. Quería darte las gracias.

—No tiene importancia.

—Y tu amigo es un guerrero muy valiente. Dile que admiro su fortaleza.

Neil tradujo esto y Dave sonrió al oírle.

—Di al capitán que le agradezco el cumplido.

—Mi amigo te da las gracias —dijo Neil.

—En realidad, debería hacerle matar por lo que hizo a mi lugarteniente —expresó Erik—. Pero, entre nosotros, opino que la cara de Olaf ha mejorado mucho con el castigo.

Comenzó a reír, y, al traducir Neil, Dave le hizo eco de buena gana.

En cuclillas al borde del agua, Olaf ocupábase de mojar un trapo con el que se lavaba las heridas, haciendo muecas al sentir el escozor de la sal.

—Lo que necesita el enano es un buen *biftec* —comentó Dave. De pronto recordó algo y dijo—: Neil, pregunta a Erik si su gente nos ayudará a sacar la máquina a la playa.

Cuando el muchacho hubo traducido esto al capitán, Erik eligió diez marineros para que ayudaran a ambos a sacar del agua la nave averiada. Los *vikings* se introdujeron en el agua a fin de ayudar a los americanos a cortar las ligaduras que aseguraban los maderos a la máquina.

Empujaron la nave hasta la playa y quedáronse esperando instrucciones. Mientras Dave gritaba en inglés y Neil traducía rápidamente al sueco, los guerreros hicieron girar la nave de manera que quedara paralela a la costa. Después, situados cinco de ellos detrás de cada una de las esferas, comenzaron a hacerla rodar sobre la arena. La hélice torcida se desprendió del eje, mientras que la otra giraba lentamente al tocar el suelo.

Cuando el aparato se halló lo bastante alejado del punto al que alcanzaba el agua con la marea alta, Dave mandó a buscar los maderos que habían quedado flotando. Se ataron fuertes cuerdas a la esfera superior y tres de los *vikings* comenzaron a tirar de ellas mientras otros dos apoyaban un largo madero para ir apuntalando la cabina a medida que se alzara la nave.

Los otros cinco guerreros, con Neil y Dave, acercaron sus hombros a la esfera inferior y empezaron a levantarla. Estando firmemente apoyada la esfera inferior sobre la arena, la nave comenzó a levantarse. Tiraban de las cuerdas, mientras del otro lado, los restantes iban levantando la esfera poco a poco. Cuando se hubieron erguido los de abajo, con la máquina apoyada sobre sus hombros y sujeta firmemente por las cuerdas, los que estaban junto a la cabina de mando clavaron su madero en la arena y apuntalaron el otro extremo contra la pared de aluminio. Así sostuvieron la máquina mientras los otros cinco retirábanse de sus puestos.

Dave y Neil retrocedieron entonces para proyectar el resto de su tarea.

—Tenemos que ponerla vertical —dijo Dave.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Es sencillo. Vamos a mover constantemente el madero que sostiene la cabina, e iremos colocando maderos cada vez más largos debajo de la esfera superior. De ese modo terminaremos por colocarla como deseamos.

Cuando los *vikings* hubieron cortado algunas ramas largas en la selva cercana, reanudaron la tarea de enderezar la máquina. Tres de ellos empujaron el madero apuntalado contra la cabina. Con gran lentitud fueron adelantando el extremo apoyado en la arena y la nave se enderezó unos centímetros más.

Con gran paciencia repitieron esta operación una vez más.

Luego, empleando las largas ramas cortadas en la selva, el resto de los marineros empujaron la esfera superior, mientras que del otro lado tiraban los que tenían las cuerdas.

—Cuidado ahora —dijo Dave—. Bueno, empujen. ¡Todos a la vez! ¡No aflojen la cuerda, muchachos! Que no se enrede. ¡Ahora! ¡Vamos, vamos! ¡Empujen!

Sonrió Neil para sus adentros al oír a su amigo que daba instrucciones en inglés a aquellos guerreros que sólo hablaban sueco antiguo.

Finalmente el aparato quedó vertical, estremeciéndose entonces como si no le agradara su nueva posición.

—¡Tiren de las cuerdas! —aulló Dave.

Los *vikings* tiraron con fuerza y al fin se asentó la nave, quedando el piso de la esfera firmemente apoyado en la arena.

—¡Diablos! —exclamó Dave, exhalando un suspiro—. ¡Ya está!

Automáticamente llevó la mano al bolsillo de la camisa con la idea de sacar un cigarrillo, pero Neil lo contuvo con un ademán.

—No fumes, Dave.

Saunders recordó lo que le había ocurrido recientemente por causa de otro cigarrillo y bajó la mano.

—¡Caramba! —se quejó—. Tenía ganas de fumar.

De pronto tuvo una inspiración.

—Mira, Neil, hazte cargo de mi encendedor —dijo, entregándoselo—. Haré de cuenta que lo he perdido, y te aseguro que no voy a ponerme a frotar dos palillos secos para encender un cigarrillo.

Neil guardóse el encendedor en el bolsillo.

—Te lo pediré no bien pueda esconderme en alguna parte para fumar tranquilo —manifestó Dave—. Va a ser lo mismo que cuando tenía dieciséis años y tenía que ocultarme tras el granero para fumar sin que me viera mi padre.

Neil se echó a reír. Tenía muchos amigos que hacían lo mismo.

Erik se les acercó entonces para estudiar la nave con gran interés.

—¿En esta posición navega siempre? —preguntó con gran sorpresa.

—Sí —repuso Neil.

El capitán dió una vuelta completa alrededor de la máquina, examinándola atentamente. Cuando volvió al lado de los americanos, sacudió la cabeza en señal de admiración al tiempo que comentaba:

—Una nave muy extraña.

Después dejó de lado el tema y volvióse hacia Neil.

—Olaf y yo vamos a internarnos en la selva para buscar agua dulce —explicó—. ¿Queréis venir vosotros dos?

—Con mucho gusto. —Neil recordó entonces la pelea reciente y dijo a su amigo—: Dave, Erik quiere que lo acompañemos a buscar agua a la selva. Olaf irá con nosotros.

—Entonces será mejor que me quede aquí —repuso Saunders—. No creo que al enano le agrade mi compañía. Además, quisiera vigilar la máquina. Ve tú con ellos, Neil.

—¿No te incomoda?

—En absoluto.

—Hasta luego entonces —saludó el muchacho al encaminarse hacia la selva en compañía de Erik.

Olaf se les unió cuando llegaban a los primeros árboles. No sangraba ya, pero tenía los labios hinchados y toda la cara llena de magullones y cortaduras. Las miradas que lanzó a Neil no tenían nada de amistosas.

La selva no era tan densa como pareciera, y al principio pudieron caminar con entera facilidad por entre los árboles y las malezas. Al cabo de diez minutos comenzó a tornarse más profusa la vegetación y Erik y Olaf emplearon continuamente sus hachas para abrirse camino por la espesura.

En lo alto parloteaban los micos, mientras contemplaban a los extraños visitantes con gran interés. Por entre las ramas de los árboles volaban aves de vistoso plumaje, lanzando chillidos ante la presencia de los intrusos. El calor reinante era opresivo y sólo sentían alivio al pasar bajo el follaje que los protegía de los fieros rayos del sol.

—Quisiera hallar agua —dijo al fin Erik.

—Debe haberla —murmuró Neil—. Con tanta vegetación…

Un leve ruido procedente de las malezas circundantes les hizo detenerse súbitamente. Olaf levantó su hacha mientras Erik hacía lo mismo, disponiéndose ambos a defenderse. Con cautela reanudaron el avance.

De pronto se abrieron las malezas de adelante con cierta violencia y apareció un ciervo atemorizado que volvió grupas al ver a los intrusos y se perdió de nuevo entre la espesura.

Erik quedóse mirando al lugar por donde había desaparecido el animal. Todavía tenía el hacha levantada y una expresión sañuda en el rostro. Neil no pudo contener la risa al comentar:

—No era más que un ciervo.

El capitán frunció el ceño mientras volvía a colgar el hacha de su cintura.

—Calla, muchacho —gruñó.

Luego, al hacerse cargo de lo gracioso de la situación, comenzó a sonreír, sacudió la cabeza y estalló al fin en estentóreas carcajadas.

Abrazó luego al muchacho, y, riendo ambos a la vez, reanudaron la marcha por la selva.

Olaf los siguió con el ceño fruncido y expresión de disgusto en su desagradable semblante.

Así continuaron marchando durante media hora bajo los rayos del sol y sin hallar agua por ninguna parte.

—¿Es que no hay ríos en esta tierra? —exclamó al fin Erik.

—Los hay —dijo Olaf—. Pero no hallaremos ninguno mientras vaya con nosotros un demonio.

Así hablando, miró a Neil con expresión significativa.

—¿No te bastó un demonio para el día de hoy? —dijo Erik.

—Sigamos un poco más —sugirió Neil. Se abrieron paso por entre la espesura con ayuda de sus hachas, viendo en cierta oportunidad a un jaguar que saltaba a tierra y se alejaba por entre los árboles.

—Carne hay de sobra —comentó el capitán—. Por eso no hay necesidad de preocuparse.

Luego se pusieron a descansar sobre una piedra plana que había entre los matorrales. Neil consultó su reloj pulsera. Hacía ya cuarenta y cinco minutos que habían partido de la playa. *Será mejor que sigamos*, pensó. *Si no encontramos agua, tendremos que volver*. Se puso de pie, no del todo descansado y poco deseoso de continuar.

—Conviene que sigamos —dijo.

Erik y Olaf lo siguieron, avanzando con lentitud, mientras los insectos zumbaban alrededor de sus cabezas y en la copa de los árboles continuaba resonando la charla incesante de los micos.

Al cabo de quince minutos de marcha agotadora llegaron a un claro entre los árboles. Al extremo del mismo, entre unos matorrales espesos, vieron una piedra plana. Neil dió un respingo al mirarla. Erik también lo había notado y los ojos de Olaf se agrandaron al reconocer el lugar.

—Esa piedra es la misma sobre la que estuvimos sentados —expresó—. Hemos estado andando en círculos. El demonio nos ha guiado así deliberadamente.

—Calla —gruñó Erik. Volvióse hacia Neil para decirle—: Debimos haber marcado el camino.

—Sí, pero no lo hicimos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Olaf.

Neil recordó el jaguar que habían visto y preguntóse qué otros animales feroces habría en la selva.

—Tendremos que encontrar el camino de regreso a la playa —murmuró Erik—. ¿Quieres guiarnos tú, Neil?

—Lo intentaré —repuso el muchacho.
Partieron de nuevo por entre los árboles, yendo Neil a la cabeza.

VII

¡Capturados!

CONTINUARON la marcha trabajosamente, soportando los ardientes rayos del sol sobre sus cabezas y oyendo el incesante chillar de los micos, el zumbar de los insectos y los gritos lejanos de algunas alimañas. Era necesario seguir adelante, regresar a la playa, volver a la nave. Por ello continuaron abriéndose paso por entre la espesura.

Neil respiraba jadeante. Apartó las malezas para dar un paso más y una rama le dió en la cara, por lo que se desvió a un costado en un vano esfuerzo por esquivarla. Luego consultó su reloj.

Quince minutos desde que habían dejado atrás la roca plana sin haberla vuelto a encontrar. Por lo menos no avanzaban en círculos. ¿Pero regresaban hacia la playa o se estaban internando más en la selva?

El muchacho se sintió de pronto muy solo y muy alejado de todo lo que amaba y de los lugares que conocía. Irritado, apartó una mosca de su rostro y volvió a abrir las malezas que le cerraban el paso.

Se detuvo entonces con la cabeza en alto, los ojos fijos al frente y el cuerpo rígido.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz de Erik a su espalda.

Neil no le respondió. Sus ojos siguieron mirando hacia adelante. Quizá era una ilusión óptica…

—¿Ves algo? —inquirió Erik.

—Sí, sí. Es decir, eso creo. Me parece ver algo.

Comprendió que no se expresaba con claridad, y con mano temblorosa, señaló por entre los árboles y el exuberante follaje.

—Es una casa —dijo Erik con cierta sorpresa—. Una casa de piedra.

Neil exhaló un suspiro.

—¿También la ves tú?

—Sí, aunque no toda, sino la parte superior, pero es una casa.

Olaf se adelantó entonces con ojos refulgentes.

—¿Dónde? —quiso saber.

Erik señaló con el índice.

—¿Ves allá? Detrás de los árboles. Es una vivienda de piedra. ¿La ves?

—No.

—Usa los ojos que te dieron los dioses —exclamó el capitán en tono airado—. Allí adelante.

Miró a Olaf, viendo en su rostro la incomprensión. Lo asió entonces del hombro y volvió a señalar.

—Sigue la dirección de esa rama. ¿La ves, ahora? Allí donde te indico.

Los ojos de Olaf siguieron a lo largo de la rama.

—Ahora. ¿Ves la bifurcación de la rama en la punta? ¿Cerca de ese montoncito de hojas? ¿Lo ves o eres ciego?

—Lo veo —respondió Olaf—. Es la parte superior de una vivienda de piedra.

—¡Ah! —exclamó Erik—. Olaf lo ha visto, Neil. Ahora podemos seguir adelante.

Avanzaron juntos, sin perder de vista al edificio de piedra. La selva era ahora menos densa y había claros más grandes y menos árboles y malezas.

Se detuvieron al borde de la floresta y treparon a lo alto de una roca enorme. Una vez arriba, se tendieron boca abajo para mirar hacia el lugar donde vieran el edificio de piedra.

Neil parpadeó al estudiar el espectáculo que se presentaba ante sus ojos. Sacudió luego la cabeza, volvió a parpadear y miró de nuevo con gran asombro.

Debajo de ellos no había una sola casa, sino una profusión de edificios limpios, altos y majestuosos que relucían a la luz del sol. Ante su vista se presentaban templos y palacios, patios y plazas muy bien pavimentadas, inmensas pirámides y grandes bloques de piedra tallada.

Neil recordó las fotografías que viera en el escritorio de su padre, fotografías tomadas en las ruinas de lo que otrora fuera una gran ciudad. Chichén Itzá, la fabulosa ciudad maya de Yucatán.

El muchacho comprendió que lo que tenía ante los ojos era aquella misma ciudad, y que la estaba viendo como jamás podría soñarlo un arqueólogo, en toda su gloria y perfección, tal como si existiera en épocas pasadas ya para el mundo moderno.

Inspirando profundamente, murmuró:

—Chichén Itzá. Yucatán. Estamos en Yucatán.

—¿Qué? —preguntó Erik.

—Estamos en Yucatán, Erik —dijo Neil en sueco.

—Iuctán —murmuró Erik, con el ceño fruncido—. ¿Así se llama esta ciudad?

Neil recordó que aquella tierra era desconocida para los *vikings*.

—Es una ciudad muy alejada de tu tierra —dijo—. Se llama Chichén Itzá.

—Es una ciudad hermosa —manifestó el capitán.

—Sí.

Olaf dijo de pronto:

—Hay agua allá abajo. La veo desde aquí.

Así diciendo, señaló un pequeño edificio de piedra que daba hacia una larga pared.

—Sí —murmuró Erik—. ¿Pero dónde están los habitantes?

—Ojalá estuviera aquí mi padre —dijo Neil, casi para sí.

—¿Tu padre? ¿Por qué?

—Él conoce bien a la gente de esta tierra. Si estuviera aquí, podría ayudarnos.

—¿Qué gente? —terció Olaf—. No veo a nadie. Bajemos a buscar agua.

—Quizá sería mejor que la pidiéramos —opinó Erik.

—¡Pedirla a quién! No hay nadie a quien pedírsela.

—Debe vivir gente en la ciudad. Hablaremos con los pobladores.

—Tengo mi hacha y mi brazo derecho —declaró Olaf, poniéndose de pie para deslizarse hacia abajo por la roca—. No necesito otros argumentos.

Erik y Neil se apresuraron a saltar a tierra, con la idea de contenerle.

En ese momento se oyó ruido en las malezas circundantes y en el claro aparecieron seis hombres armados de lanzas. El capitán y el muchacho se volvieron para subir de nuevo a la roca; pero ya habían subido por ella otros seis lanceros que ahora se hallaban en lo alto con sus armas listas.

Los individuos los miraban con expresión fría y poco amistosa. Eran hombres de escasa estatura, no midiendo ninguno de ellos mucho más de un metro cincuenta, pero estaban muy bien proporcionados y poseían miembros notablemente musculosos. El color de su piel variaba según los individuos; algunos eran de tez perfectamente blanca, mientras que otros tenían el cutis bastante moreno. Su pelo era largo y negro, y les cubría casi toda la frente. De ojos grandes, castaños, orejas pequeñas y ancha nariz, poseían barbilla saliente y bien delineada.

Allí se quedaron todos, mirando con hostilidad a los tres invasores.

De pronto Olaf lanzó un grito salvaje, al tiempo que echaba mano a su hacha pendiente del cinturón. Logró soltarla y la levantó por sobre su cabeza sin dejar de gritar como un poseído. Después arremetió contra los mayas.

Empero, antes de que su lugarteniente hubiera podido avanzar medio metro, Erik tendió una mano y sus poderosos dedos aprisionaron la muñeca del enfurecido guerrero.

—Están armados —gritó Olaf.

Haciendo caso omiso de sus palabras, el capitán dió un violento tirón, obligándole a abrir la mano y soltar el hacha.

Los lanceros observaban la escena con interés, fijando la vista primero en el barbado gigante y luego en el fornido guerrero de mediana estatura.

Seguramente el capitán comprendía que eran sólo tres hombres contra un grupo de doce individuos armados, y podrían salvar la situación únicamente apelando a medidas pacíficas. Neil concordó con esto de todo corazón, pues, sin duda alguna, había más mayas en los alrededores. Comenzó a pensar en los riesgos que corrían, en la remota posibilidad de volver al hogar, y más que antes comprendió la necesidad de llegar a un acuerdo con los nativos.

Calculó que no eran aquéllos ciudadanos ordinarios, sino más bien soldados profesionales apostados alrededor de la ciudad con el propósito definido de defenderla de visitas poco recomendables.

A diferencia de Erik, los mayas estaban completamente afeitados. Cubrían sus cuerpos, desde el cuello hasta poco más abajo de las rodillas, con una túnica rellena de algodón, que probablemente les servía de armadura para protegerlos de las rústicas armas de la época.

Aquellas armas, según vió entonces, eran muchas y muy diversas. Cada uno de los soldados llevaba una lanza de madera con una hoja aguzada de un material vítreo. Varios llevaban espadas de madera muy dura con filos del mismo material vítreo incrustado en la hoja. Otros tenían hondas y saquitos, que seguramente contenían piedras. Algunos portaban algo que parecía ser un trompo con un cordel envuelto alrededor, y Neil supuso que también esto debía ser un arma. Todos ellos llevaban escudos, algunos cuadrados, otros redondos y todos cubiertos con piel de venado.

Con lentitud descolgó Erik su hacha, para dejarla caer a los pies del maya más próximo. El individuo retrocedió de un salto, volviéndose para mirar a uno de sus compañeros con expresión de aturdimiento.

El otro soldado levantó su lanza al tiempo que se adelantaba hacia el hacha.

«Éste es el capitán, pensó Neil. *Con él debemos tratar*».

El jefe de los soldados tenía una cicatriz que le cruzaba toda la cara, torciendo un poco sus labios en un rictus similar a una sonrisa.

El individuo tocó el hacha con la punta de su lanza y se agachó luego para recogerla, sorprendiéndose al comprobar su gran peso. Sus dedos tocaron el filo al tiempo que en sus ojos pintábase una expresión de profundo respeto.

Rápidamente se volvió para gritar una orden a uno de los soldados, el que avanzó para tomar el hacha de Olaf. Luego de entregarla a su jefe, regresó en seguida a su puesto, en el círculo formado alrededor de los extranjeros.

El capitán dió una orden a otro de los soldados, quien adelantóse para colocar su escudo en el suelo. Con el ceño fruncido y mordiéndose el labio inferior cruzado por la cicatriz, el jefe levantó el hacha y la dejó caer con fuerza sobre el escudo recubierto de piel.

El escudo quedó hecho añicos y sus fragmentos volaron por todas partes. Una exclamación de asombro partió de todas las gargantas, y en los labios del jefe apareció una amplia sonrisa. Volvióse entonces y dijo algo a Erik.

—¿Qué quiere? —preguntó éste a Neil.

—No sé —repuso el muchacho. Desesperado, preguntó en español al individuo de la cicatriz—: ¿Habla usted español?

El otro cerró la boca mientras le miraba con extrañeza. Al cabo de un momento, el maya repitió su pregunta en su lengua y quedóse esperando la respuesta.

—¿Qué dijo? —quiso saber Erik.

—No sé. Pero parece enfadado porque no le respondemos.

El maya frunció el ceño y, con voz airada, dió una orden a sus soldados, los que comenzaron a cerrar el círculo con sus lanzas en alto.

—Amigos —dijo Neil con desesperación—. Somos amigos.

El jefe volvió a fruncir el ceño al tiempo que levantaba la diestra. Los soldados se detuvieron ante la señal.

—Amigos —repitió Neil. A Erik le dijo—: Hagámosle una demostración de lo que queremos decir.

Asió la diestra del viking y se puso a sacudirla de arriba hacia abajo.

—Amigos. ¿Veis? Todos somos amigos. Nos damos la mano.

Sonrió a los soldados, sintiéndose algo ridículo por lo que se veía obligado a hacer.

Erik sonrió también, poniendo al descubierto sus blancos dientes, mientras sacudía con fuerza la mano de Neil, para luego echarle los brazos al cuello y apretarle contra su pecho de manera violenta.

—¡Diablos, Erik! —protestó Neil—. Me estás estran… ¡Por favor!

—Sonríe —masculló el gigante—. Sonríe, Neil. Sonrió el muchacho al soltarlo el *viking* para tomarle de nuevo la mano y estrujársela con tremenda energía.

Mientras tanto, Olaf los miraba con evidente desagrado.

Neil sonrió afablemente al jefe maya al tiempo que le tendía la mano.

—¿Amigos? —preguntó.

Los ojos oscuros del soldado se enturbiaron un poco, y el individuo retrocedió con cierto recelo, alejándose de la mano tendida.

Neil volvió a estrechar la diestra de Erik.

—Amigos —repitió.

Una vez más volvióse al de la cicatriz, ofreciéndole la diestra.

—¿Amigos? —inquirió.

Cambió levemente la expresión del maya, quien pareció comprender entonces sus intenciones. Curváronse sus labios en un asomo de sonrisa cuando se adelantó despaciosamente. Se detuvo luego y dijo algo a uno de sus soldados. El otro asintió con vehemencia al responder.

Neil mantuvo la mano extendida.

—Amigos —volvió a decir.

Muy lentamente, el jefe maya dió otro paso hacia él, sin dejar de empuñar su lanza. Aún algo alejado de Neil, inclinóse hacia adelante, extendiendo la mano con cierta cautela. Sus grandes ojos castaños no se apartaban de los del muchacho.

Decidióse de pronto, sonrió amistosamente y terminó de extender la mano, dispuesto a estrechar la de Neil.

¡Y ése fué el momento que eligió Olaf para dar un empellón a uno de los soldados y echar a correr hacia la selva!

VIII

Ataca el enemigo

OLAF empujó al aturdido soldado con fuerza considerable. El maya trató de mantener el equilibrio, apoyándose en su lanza; pero, a pesar de sus esfuerzos, terminó por dar en tierra mientras el *viking* saltaba por sobre él y partía velozmente hacia los árboles.

El jefe dió una orden con toda premura y uno de los soldados adelantóse, mientras desprendía el trompo de su cinturón. Reteniendo el cordel entre los dedos, arrojó el trompo hacia el fugitivo. El arma voló rápidamente a través del claro mientras el cordel se iba desenrollando.

Olaf había llegado junto a un voluminoso peñasco y estaba por ocultarse tras del mismo, cuando le dió el trompo en la nuca con bastante fuerza. Oyóse un golpe sordo y el *viking* desplomóse al suelo como alcanzado por un rayo. El soldado recogió su cordel y el trompo volvió por sobre las hojas hasta sus manos. Después enrolló de nuevo el cordel a su alrededor y lo puso en su cinturón.

Dos de los mayas corrieron hacia el caído para asirlo por los brazos, levantándolo hasta ponerlo de pie. Después lo arrastraron de regreso a dónde se hallaba el grupo.

El jefe dió otra orden y los dos soldados lleváronse a Olaf hacia la ciudad. Otro de los mayas colocóse detrás de Erik para azuzarle con la punta de su lanza. Al mismo tiempo sintió Neil que le pinchaban la espalda, empujándolo hacia la ciudad. El jefe dijo algunas palabras a seis de sus subordinados, los que se alejaron en dirección a la selva.

—Probablemente van en busca de nuestros compañeros —susurró Neil a Erik.

Asintió el gigante, y en ese momento los azuzaron de nuevo con las lanzas, poniendo punto final a la conversación.

Partió el grupo mientras el jefe marchaba detrás de Neil y Erik, y los dos soldados encargados de Olaf arrastraban a éste con lentitud. Al cabo de unos minutos, salieron de la selva a un campo abierto, donde dió sobre ellos el sol con toda su fuerza.

Alrededor de la ciudad, y contrastando con la belleza arquitectónica de los enormes edificios de piedra, vieron numerosas chozas de paja y barro, bajas y poco atractivas. Frente a ellas había muchos chiquillos sentados al sol, que miraron a los extranjeros con gran interés. Aquí y allí reposaba una anciana frente a su pobre casucha.

Muy a lo lejos, vió Neil nubes de polvo que se alzaban hacia el cielo. A través del polvo avistó figuras que avanzaban en dirección a la ciudad. Calculó que había finalizado la jornada de labor y que los jóvenes regresaban de los campos de labranza.

El grupo marchó por la ciudad, que ahora se mostraba casi desierta, excepción hecha de niños y ancianos. Se asombró Neil al ver el orden allí reinante, la excelente disposición de los edificios y la limpieza general.

Parecía haber dos tipos predominantes de estilos arquitectónicos. Uno consistía de edificios de forma rectangular, enclavados sobre una pirámide bastante alta que parecía no ser otra cosa que una pila de tierra y piedras sobre la que se habían asentado los cimientos. El frente de la pirámide formaba varias terrazas a manera de escalones. Le pareció que esta clase de edificios era la que más abundaba. Los otros eran un grupo de habitaciones unidas entre sí y situadas sobre plataformas bajas y de forma irregular.

Ambos estaban muy ornamentados, con bajorrelieves en toda la extensión de sus fachadas. Notó el muchacho que estos bajorrelieves tenían algo de oriental, aunque eran mucho más rústicos que los que parecían haberles servido de modelo.

En ese momento apareció en la calle un grupo de soldados que marchaba en formación para recibir a los cautivos.

El capitán de la cicatriz adelantóse para hablar al jefe del nuevo grupo. Asintió éste cuando el primero señaló la selva. Después dió una orden y sus soldados encamináronse hacia las afueras de la ciudad.

—Van en busca de nuestros amigos —dijo Erik, mirando a los soldados que se alejaban.

—Espero que no baya disturbios —murmuró Neil.

Unos pasos más adelante, Olaf sacudió la cabeza y logró afianzar mejor las piernas. Inmediatamente le apoyaron una lanza contra cada lado del

cuerpo y el *viking* miró a su alrededor con extrañeza, sorprendido al encontrarse dentro de la ciudad.

El jefe volvió entonces, dando una orden a sus subordinados, y todo el grupo reinició la marcha. A lo lejos vieron a los labradores que entraban en la urbe.

Los prisioneros pasaron frente a uno de los edificios de forma de pirámide y el jefe levantó una mano, haciendo detener a todos. Allí esperaron mientras el de la cicatriz ascendía los anchos escalones que llevaban al edificio. El maya entró por uno de los tres portales abiertos en la fachada y desapareció en el oscuro interior.

Neil se movió con cierta nerviosidad, sintiendo el incesante pinchazo de la lanza apoyada contra su espalda.

Al cabo de unos diez minutos, reapareció el jefe de los soldados en compañía de un hombre de estatura superior a la de todos los otros. Coronaba la cabeza del individuo una abundosa mata de cabellos blancos, que contrastaba notablemente con su moreno cutis. No vestía otra prenda que un largo ropón de algodón blanco, que le llegaba hasta los tobillos.

El de la cicatriz adelantóse entonces para señalar a Neil, y el hombre de blanco hizo una señal de asentimiento mientras comenzaba a descender.

Neil miró a Erik, viendo que el *viking* inspiraba profundamente.

El hombre de blanco se detuvo sobre el último escalón de la pirámide, fijos sus ojos castaños en Erik y en Neil. Un momento después se volvió para mirar a Olaf, que seguía vigilado por dos de los mayas.

Encaminóse luego hacia los prisioneros y se detuvo frente a Neil, diciéndole algo en tono suave y cadencioso.

El muchacho hizo una señal negativa con la cabeza.

—No comprendo.

Apareció una profunda arruga en el ceño del anciano, quien inclinó la cabeza hacia un costado, como para oír mejor. Después repitió lo que dijera antes.

Neil encogióse de hombros.

—Lo siento mucho, pero no le entiendo.

El anciano pasóse los dedos por la cabellera y se volvió para decir algo al jefe de los soldados. Éste respondió con rapidez, tras de lo cual el viejo miró de nuevo a Neil.

Abriendo los brazos como para indicar ignorancia, enarcó las cejas con expresión interrogativa.

—Creo que quiere saber algo de nosotros —murmuró Neil.

—¿Pero cómo podremos comunicarnos con él? —dijo Erik.

Neil avanzó con la mano adelantada y movió ésta de un lado a otro subiéndola y bajándola como para describir las olas del mar.

—Agua —dijo, mientras repetía el ademán. Señaló hacia la selva y repitió —: Agua.

Sonrió el viejo como si le hubiera comprendido, imitó el ademán del muchacho y dijo una palabra. Neil supuso que con ello quería indicar que había captado lo que quería decirle.

El muchacho se cubrió luego los ojos con una mano y adelantó la otra como para buscar algo a tientas.

—Perdidos —dijo—. Perdidos.

El anciano lo contempló con atención. Neil repitió la pantomima, apartando esta vez la mano de sobre los ojos y mirando a su alrededor con expresión preocupada. El maya pareció comprender y asintió con vehemencia.

Neil señaló entonces la lanza que empuñaba el jefe e hizo una señal negativa con la cabeza. El anciano no supo interpretarlo.

El muchacho volvió a señalar el arma, negó con la cabeza, e indicó luego las hachas de los *vikings* que el maya tenía colgadas de su cinturón. Mostró las manos para dar a entender que él no tenía armas y sonrió después con gran afabilidad.

El viejo se rascó la barbilla, mostrándose perplejo. Tomó una de las hachas y la ofreció a Neil, quien negó con la cabeza.

—No —dijo el muchacho—. Somos amigos.

El viejo miró el arma y de pronto apareció en sus labios una sonrisa. Arrojó el arma al suelo, pisándola. Después tomó la lanza de manos del jefe y la arrojó a los pies de Neil.

Sonrió el muchacho al pisar la lanza.

—Ahora ha comprendido —dijo a Erik—. Sabe que venimos en son de paz.

Después se tocó el pecho.

—Neil —dijo al maya.

El anciano sacudió la cabeza, encogiéndose de hombros.

El muchacho volvió a tocarse el pecho, repitiendo su nombre.

El viejo lo miraba con atención.

Neil tocó entonces el pecho del gigante rubio y dijo:

—Erik.

Luego señaló al anciano y abrió los brazos, enarcando las cejas con expresión inquisidora.

El viejo fruncía el ceño, esforzándose por comprender. Al fin tocó el pecho del muchacho al tiempo que preguntaba:

—¿Neil?

El muchacho asintió.

—Neil —repitió el anciano.

El muchacho volvió a tocar a Erik.

—Erik —dijo.

El viejo había comprendido perfectamente. Señaló al barbudo gigante al tiempo que repetía el nombre.

—Erik.

Miró luego a Olaf, señalándolo con el índice.

—Olaf —le dijo Neil.

—Olaf —repitió el maya.

Neil lo señaló entonces a él.

—Talu —dijo el maya—. Talu.

—Talu —repitió el muchacho blanco.

El anciano parecía tomar aquello como una especie de juego. Señaló al capitán de la cicatriz y dijo:

—Baz.

Neil repitió el nombre, y el anciano le presentó a cada uno de sus soldados, mostrándose muy divertido al repetir Neil todos los nombres.

Hecho esto, miró al muchacho, esperando que éste dijera algo más.

—Erik —pidió Neil a toda prisa—, dame algo que pueda ofrecer a este anciano. Algún regalo.

El *viking* se miró el cinturón y cambió de idea al ver la estrecha cintura de Talu. Se palpó el pecho, buscando algo que dar al viejo. De pronto llevóse las manos a su casco de metal, se lo quitó y lo tendió a Talu.

El viejo negó con la cabeza al tiempo que sonreía e indicaba la de Erik.

—Parece que no lo quiere —murmuró Neil con desconsuelo.

—¿Qué otra cosa podemos darle? —preguntó Erik.

Neil vestía pantalones, una camisa sin cuello y botas. La verdad era que no tenía nada que ofrecer. De pronto vió el reloj pulsera que le regalara su tío Frank al cumplir los dieciséis años. Se lo desprendió en seguida y lo ofreció al anciano maya.

El viejo miró con curiosidad el instrumento, estudiando la esfera con el ceño fruncido. Neil notó que también Erik miraba el reloj con profundo

interés.

Al cabo de un momento, el maya se encogió de hombros.

Comprendió el muchacho que le costaría mucho explicar a un maya antiguo lo que significaba el reloj; pero trató de hacerlo y, señalando al sol, hizo un movimiento con el brazo para indicar su paso por el cielo.

El viejo pareció captar el concepto sin dificultad.

—Itzamna —dijo, asintiendo con vehemencia—. Itzamna.

Neil no supo si esta palabra significaba «tiempo» o «sol», pero asintió mientras ofrecía de nuevo el reloj. El anciano lo rechazó por segunda vez y volvióse para decir algo a los soldados. Éstos asintieron, tocáronse la frente a manera de saludo, giraron sobre sus talones y se fueron de la ciudad.

—Se han ido —dijo Olaf, hablando por primera vez desde que entrara en la ciudad—. Escapemos. Se han ido los soldados.

El viejo pareció adivinar lo que sugería el *viking* con tanta vehemencia, y en sus ojos reflejóse una expresión recelosa.

—Silencio —ordenó Erik con brusquedad.

Neil preguntábase por qué se habían tocado la frente los soldados al despedirse del viejo. Existía la remota posibilidad de que fuera un oficial, pero el muchacho la creyó poco probable. ¿Por qué habían…?

Interrumpió sus cavilaciones una voz familiar que resonó en esos momentos.

—¡Neil! ¿Estás bien?

Era Dave, que acababa de aparecer escoltado por dos guerreros mayas. A sus espaldas avanzaba el resto de la tripulación *viking* bajo la vigilancia de una fuerte guardia armada.

Sin prestar atención a las lanzas que lo amenazaban, Saunders echó a correr hacia su amigo.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar.

Dos de los soldados partieron en su seguimiento; pero el anciano de la cabellera blanca dió una orden y ambos se detuvieron en medio de una nube de polvo. De manera muy respetuosa, se llevaron la diestra a la frente y quedáronse observando la escena desde cierta distancia.

Neil estrechó la mano de su amigo.

—No hay peligro —dijo—. Estos hombres son amigos.

—Son mayas —declaró Dave con entusiasmo—. Parece que encontramos Yucatán.

—Lo sé, lo sé. —Neil volvióse hacia el anciano maya, señalándolo con el índice—. Éste es Talu.

—Talu —dijo el viejo, con una sonrisa.

Dave comprendió en seguida y se señaló a sí mismo.

—Dave —dijo.

Talu lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Me parece que es un hombre importante —murmuró Neil a Saunders —. Todos le obedecen.

—Probablemente sea un sacerdote.

El muchacho hizo castañetear los dedos.

—¡Eso es! Debí haberlo adivinado. Seguro que es un sacerdote.

De pronto se llenó de gente toda la calle y los recién llegados se agruparon alrededor de los extranjeros, mirándolos con curiosidad.

Talu habló al pueblo con suavidad, mientras Neil observaba a la multitud. Los hombres no vestían igual que el sacerdote o los soldados, pues llevaban puesta una prenda ceñida a la cintura y cuyos faldones pasaban por entre sus piernas. Tenían el pecho desnudo y cubrían sus espaldas con una especie de manto corto de forma rectangular.

La prenda inferior, no muy diferente de los pantalones cortos que se usan en la actualidad, estaba adornada con bordados y cuentas de colores que formaban complicados dibujos, y algunos de los hombres completaban su atavío con ornamentos de flores teñidas de rojo y azul y dispuestas de manera muy atractiva.

El atuendo de las mujeres se extendía hacia arriba lo suficiente como para cubrir la base de sus pechos y muchas de ellas exhibían bonitas joyas.

Neil advirtió con cierta sorpresa que tanto en un sexo como en el otro se acostumbraba el uso de los tatuajes en el rostro.

La gente escuchaba con atención el discurso de su sacerdote. Cuando Talu hubo finalizado, comenzaron todos a entonar un cántico monótono mientras agitaban los brazos por sobre sus cabezas.

Después rompieron a reír y gritar, corriendo hacia diversas partes de la población de modo que la calle volvió a quedar casi desierta.

Talu dirigió la palabra a Neil, quien le escuchó respetuosamente para luego encogerse de hombros.

Al ver esto, Dave se golpeó la frente con fingida sorpresa.

—¡No puede ser! No es posible que el genio no sepa hablar el idioma de esta gente.

—No, Dave, no lo sé. Mira, está tratando de explicarnos algo.

Talu había abierto la boca y ahora se llevaba los dedos a ella. Bajó la mano, hizo la pantomima de levantar un objeto imaginario y volvió a ponerse

los dedos en la boca.

—Comida —dijo Neil.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Dave—. El viejo nos invita a comer.

Sentáronse frente a mesas bajas, rectangulares, cargadas de viandas de todas clases. Talu habíales provisto de bancos para sentarse y de capas de plumas de colores, así como de un recipiente de alfarería que colocaron sobre la mesa, frente a cada uno.

Neil ocupó una de las mesas con Erik, Dave y Talu. Los otros *vikings* se instalaron en otras, dispuestas en forma de rectángulo, dentro de un patio situado al frente de uno de los edificios más amplios.

Frente a ellos había gran variedad de alimentos, muchos de ellos desconocidos para Neil, quien comprendió que no se trataba de una comida ordinaria, sino de un festín servido en honor de los visitantes.

El muchacho probó con gusto diversas clases de carnes muy bien preparadas, entre ellas trozos especiales de venado, *pecari*[2], aves silvestres y otras que no pudo identificar, pero que le resultaron deliciosas. Además, había profusión de tomates maduros, patatas dulces, zapallo y judías muy jugosas, así como peras, ciruelas y otras frutas de la región.

En los recipientes de que los habían provisto les sirvieron una bebida preparada con cacao hervido allí mismo, en un caldo de pimientos rojos. Como postre hubo miel en abundancia, y lo único que echó de menos el muchacho fué el pan que solía comer diariamente.

Luego de la comida, se iniciaron las danzas al compás de tambores de muy diversas formas, flautas de hueso y caña y grandes instrumentos confeccionados con caparazones de mariscos.

Los bailarines formaron un círculo, tomados de las manos. Dos de ellos saltaron al centro del espacio abierto. Uno estaba provisto de varias lanzas que fué arrojando a su compañero, el que se había quedado en el centro del círculo. Ambos llevaban el compás de la música salvaje, mientras volaban las lanzas y el del centro las paraba con un escudo de menguadas dimensiones.

Neil observaba fascinado a los dos bailarines, que saltaban por el aire, moviendo los pies sin descanso alguno. Los otros giraban a su alrededor, entonando un cántico guerrero. Poco a poco se fué acelerando el ritmo de la extraña música, la que resonó en todo el ámbito del recinto, estremeciendo a todos con su estridencia.

De pronto, por encima de todos estos sonidos, oyóse un grito agudo que pareció electrizar a todos. El grito fué acrecentando su volumen al unírsele las voces de muchos que le hacían eco.

Los bailarines se detuvieron y la música cesó inmediatamente.

Talu se puso de pie de un salto y empezó a proferir órdenes en el momento en que irrumpía en el patio una banda de individuos sucios y de fiero aspecto que blandían lanzas y cuchillos.

Resonó entonces un alarido terrible que no podía ser otra cosa que un grito de batalla.

IX

Batalla sangrienta

AQUEL grito repercutió en todo el palacio, encendiendo la sangre de los que lo oyeron. Acto seguido se pararon todos los mayas, cayeron las mesas cargadas de viandas y se agitaron las antorchas en todo el patio. Oyóse el golpe de madera contra la piedra y voces de mujeres que pedían socorro, así como los gritos roncos de los hombres que desenfundaban sus espadas y asían sus lanzas.

Se alzaron los escudos y los torsos sudorosos relucieron a la luz de las antorchas, muchas de las cuales se apagaban ya sobre el piso de piedra.

Los invasores eran hombres de baja estatura y tez muy morena, con la misma conformación física y pelo negro de los mayas. Blandían armas de factura rústica y aullaban como endemoniados al avanzar por el patio. No obstante, a pesar de su semejanza con los mayas, veíase en ellos algo diferente. Su pelo era más largo, sucio y desordenado, y sus cuerpos, cubiertos de suciedad, no mostraban otra prenda de vestir que un mugriento taparrabos. También iban descalzos, y corrían con la celeridad de la gente acostumbrada a vivir en pleno salvajismo.

Era casi como si Neil estuviera viendo dos aspectos de una misma raza: civilizado el uno y bárbaro el otro.

Aquella idea cruzó su cerebro en el momento en que Talu le asía de la mano para llevárselo de allí. Al volverse, vió que el sacerdote le hacía señas de que lo siguiera y así lo hizo. Dave y Erik corrieron tras ellos, así como el resto de los *vikings* desarmados. Talu los condujo a un edificio de piedra, asentado sobre un montículo de poca altura. Para gran sorpresa de Neil, se apostaron a la entrada tres soldados mayas armados de lanzas.

—No lo entiendo —declaró Dave.

—Supongo que quiere protegernos —opinó el muchacho—. No olvides que somos sus huéspedes.

—Esos invasores no parecen gente muy amable —murmuró Dave con una sonrisa.

Los mayas y los bárbaros se detuvieron momentáneamente, a la manera de dos rivales que se observan con cierta cautela antes de iniciar el combate. Las armas relucían a la luz de las antorchas y los rostros de los hombres mostrábanse sañudos y expectantes.

De pronto estalló la batalla con furia extraordinaria. Atacaron los bárbaros a la carrera, profiriendo voces estruendosas y blandiendo sus lanzas y cuchillos. Parecían fanáticos impulsados por una voluntad superior a la propia.

Los mayas resistieron a pie firme, con sus lanzas en ristre y sus espadas en alto. Los bárbaros dieron contra aquella muralla humana, llevados por su ímpetu salvaje. La muralla cedió un poco en el medio, volvió a recuperar terreno y avanzó luego.

Los atacantes retrocedieron unos pasos, para volver a cargar con frenesí, mientras que los mayas, serenos y firmes, rechazaban el ataque sin amilanarse en lo más mínimo. Chocaron las espadas y se oyeron gritos agudos. La muralla humana resistió un instante para abrirse luego mientras caían sus componentes hacia todos lados, agitando brazos y piernas.

Neil notó entonces que el combate adquiría intensidad y se tornaba más individual y furioso. Los mayas luchaban en grupos aislados, cortando miembros y clavando sus lanzas en los pechos enemigos. Por otra parte, los bárbaros parecían un huracán que quisiera arrollarlo todo sin propósito definido.

Cuatro velludos salvajes apresaron a uno de los mayas y lleváronle contra la pared de piedra, aplicándole tajos hasta que el individuo quedó destrozado en el suelo. Se volvieron luego con las manos y los cuerpos llenos de sangre, cruzaron el patio hacia un grupo de mayas que se defendía del ataque concertado de varios bárbaros. Saltaron sobre las cabezas de sus propios aliados, cayeron sobre los mayas, muriendo dos al clavarse en dos lanzas levantadas, y tomaron parte en la lucha con furia sin igual.

En ese momento irrumpió en el patio una numerosa banda de soldados protegidos con la cota de algodón y dirigidos por Baz, el jefe de la cicatriz en la cara. Baz mostrábase sañudo y fiero al avanzar a la cabeza de sus hombres.

—¡Baz! —gritaron todos—. ¡Baz!

Con furia incontenible, cruzó el patio, abriéndose paso a tajos y derribando salvajes como si fueran éstos briznas de hierba cercenadas por una

segadora. Sus soldados se abrieron en abanico, impulsados por su ímpetu feroz, y entraron en batalla.

Una sonrisa terrible iluminó el rostro de Baz y relucieron sus ojos como dos ascuas. Su voz tonante resonó en todo el patio cuando cayó sobre un grupo de bárbaros y los hizo trizas con su espada. Los salvajes se dispersaron, fueron a agruparse en otro punto y volvieron a arremeter.

Pero esta vez se habían recobrado ya los mayas bajo la dirección de su terrible capitán. Como una aplanadora humana avanzaron por el patio, ultimando al enemigo a tajos y lanzazos. Las piedras se tiñeron de rojo y sus pies pisaron la sangre de los invasores, mientras rechazaban a éstos con furia incontenible. Los defensores de la ciudad estaban ahora ansiosos por terminar con todos aquellos indeseables intrusos. Al fin se desmoronó la resistencia de los salvajes, los que se retiraron en franca derrota, perseguidos por el impetuoso Baz y sus guerreros.

Los aullidos fueron alejándose en la noche mientras se apagaban las últimas antorchas y su luz era reemplazada por el frío resplandor de las estrellas.

Había fracasado el ataque de los bárbaros.

Neil durmió muy mal aquella noche, soñando a cada momento con los sucios invasores y con el sañudo Baz.

Recién tres semanas más tarde pudo Neil conversar con Talu en la lengua de los mayas, y fué entonces cuando se enteró de que aquellos ataques eran muy frecuentes.

—Vienen del sur —le informó Talu, mientras Neil esforzábase por captar el significado pleno de sus palabras—. Vienen a menudo cada vez en mayor número. Temo que algún día terminen por apoderarse de la ciudad. ¿Qué será entonces de nosotros?

El dominio de la lengua no había resultado fácil para el muchacho. Un día después de la batalla, Talu habíalo presentado a un joven y una muchacha de más o menos su misma edad.

—Rixal —había dicho Talu, señalando al muchacho.

Neil sonrió al repetir el nombre.

El sacerdote indicó entonces a la joven.

—Tela —dijo.

Saludó Neil afablemente, pronunciando ambos nombres al tiempo que indicaba a cada uno de ellos.

Los dos jóvenes lo tomaron entonces a su cuidado, erigiéndose en preceptores que lo llevaron por la ciudad, mostrándole los edificios y plazas principales. Al principio hablaban constantemente en maya, sin que Neil captara en absoluto lo que decían.

Al cabo de una semana de oír constantemente el idioma, comenzó a entender palabras y conceptos sencillos, tales como *comer* y *dormir, muchacho* y *muchacha*, *templo* y *palacio.*

Entonces supo que los edificios de forma de pirámide eran templos, y que las casas rectangulares enclavadas sobre montículos llanos eran los palacios de los nobles y funcionarios de la ciudad.

Rixal y Tela eran hermanos, y vivían en una de las chozas de paja y barro que rodeaban la población. Por lo general, trabajaban en los campos durante el día; pero habíanlos elegidos como preceptores de Neil y, así, fueron excusados de sus deberes de costumbre.

Rixal contaba diecisiete años y Tela quince, cosa que supo Neil durante la segunda semana de constante compañía con ambos jóvenes. Ya para entonces había adquirido suficiente dominio de la lengua como para formar frases simples y dar a conocer sus necesidades.

En aquella ocasión estaban comiendo y Neil indicó una ciruela, dando a entender que quería una.

Rixal introdujo la mano en el cazo de madera y retiró tres de los frutos.

—No —dijo Neil en maya.

Luego, como ignoraba la manera de decir «uno», sacudió la cabeza al tiempo que levantaba un dedo.

Rixal comprendió y le dió una ciruela, tras de lo cual empezaron a hablar de los números y del sistema de contar empleado por los mayas.

Se hallaban sentados a una mesa baja, al frente de uno de los templos, en un lugar destilado para ellos. Rixal se puso de pie, tomó de la mano a Neil y lo llevó a un espacio abierto más allá del patio. Arrodillóse sobre la tierra y levantó un dedo.

Al asentir Neil, Rixal tomó un palillo y marcó un punto en la tierra dura.

●

Indicando el símbolo, volvió a levantar un dedo. Neil asintió sonriendo.

Rixal levantó luego dos dedos al tiempo que marcaba dos puntos en la tierra, uno al lado del otro.

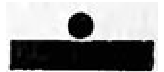
●●

Asintió Neil de nuevo y Rixal repitió el procedimiento hasta llegar al cuatro, el que indicó con cuatro puntos seguidos.

Después levantó cinco dedos, trazando entonces una larga raya transversal.

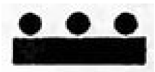
Neil comprendió que la raya representaba el número cinco.

Rixal soltó el palillo, levantó cinco dedos de una mano y uno de la otra, marcando luego una raya con un punto encima.



Éste era el seis. Luego continuó del mismo modo:

Una raya con dos puntos encima era el siete y una raya con tres puntos el ocho.



… y así sucesivamente hasta llegar al diez, el que indicó con dos rayas, una encima de la otra.



Todo el sistema se componía de símbolos similares muy fáciles de captar.

Neil lo entendió perfectamente y trazó algunos símbolos para demostrar que había comprendido. Rixal mostróse entusiasmado y se puso a charlar animadamente con Tela, quien ya no parecía sentir timidez ante la presencia de Neil.

Después se llevó el mozo a Neil hacia una de las enormes columnas clavadas en tierra en varios puntos de alrededor de la ciudad. Señaló las caras talladas en la piedra y de nuevo comenzó a levantar los dedos. Neil se hizo cargo de que probablemente había una cara por cada número, pero ya tenía suficiente enseñanza por un día.

Levantó las manos en señal de protesta, y sus dos amigos rompieron a reír alegremente. Después volvieron a sentarse a la mesa, mientras Neil tomaba la decisión de estudiar más tarde los símbolos tallados en las columnas. Fué mientras terminaban de comer cuando empleó sus nuevos conocimientos en

indicar su edad sobre la mesa con un palillo quemado, empleando el sistema de puntos y rayas que le enseñara Rixal.

Las semanas transcurrieron sin que Neil se diera cuenta del paso del tiempo. Tan ocupado estaba con estudiarlo todo y con su práctica del lenguaje, que casi se había olvidado de Dave, Erik y la máquina del tiempo. Un día se fué solo a la playa, marchando por la selva luego de haberse asegurado que marcaba bien su camino.

La máquina se hallaba parada sobre la arena, con las hélices todavía torcidas y a poca distancia de las aguas verdosas que se extendían hasta el infinito. Neil se detuvo al borde de la selva, contemplando la nave y el océano, y súbitamente sintió una nostalgia terrible. Encaminóse luego hacia la máquina y abrió la escotilla.

—¡Dave! —llamó.

—¿Sí? —respondió su amigo desde adentro.

—Es Neil.

—¡Hola, forastero! Espera un momento y salgo en seguida.

Aguardó el muchacho mientras Dave descendía por la escala de aluminio. Al salir Saunders de la máquina, sonrió alegremente al tiempo que le tendía la diestra que Neil estrechó con gran fervor.

—Hacía rato que no te veía —comentó Dave.

—Me han estado mostrando la ciudad —explicó Neil, algo turbado.

Por lo general estaba dormido a la hora que regresaba Saunders, quien se levantaba y se iba mucho antes de que despertara él.

—He estado aprendiendo mucho —agregó, a modo de explicación.

—Me alegro —respondió Dave con sinceridad—. Tendrás mucho que contar a tu padre cuando volvamos. —Hizo una mueca y añadió—: Si volvemos.

—¿Tan mal está la máquina? —Neil miró las hélices torcidas.

Saunders notó la dirección de su mirada.

—Eso puedo arreglarlo, según creo. Es cuestión de un poco de calor y de golpear mucho. Lo que me preocupa es el mecanismo de viajar en el tiempo.

—¿Le ha pasado algo al cristal? —inquirió el muchacho, mostrándose atemorizado.

—Eso es lo malo. No lo sé. He examinado todo el mecanismo sin hallar la falla. Eso sí, te aseguro que no funciona.

Neil lo miró a los ojos.

—¿Te parece que podrás arreglarlo?

—No sé. —Sonrió Saunders—. ¿Te gustaría pasar el resto de tu vida en Chichén Itzá?

—Pues…, pues… ¿Existe la posibilidad de que tengamos que quedarnos?

—Así es —declaró Dave con seriedad.

—En fin…, si no hay otro remedio…

Dave le dió una palmada en el hombro.

—Oye —dijo, cambiando de tema—, me alegro de que vinieras a la playa. Toda la mañana he estado ansioso por fumar un cigarrillo y tú tienes mi encendedor.

Neil sacó el aparatito y se lo puso en la mano, mientras Dave extraía un cigarrillo del paquete y lo ponía entre los labios. Saunders apretó la palanquita y se levantó la parte superior, mas no hubo llama.

—¡Caramba!

Apretó de nuevo y esta vez hubo una chispa, pero la mecha no llegó a encenderse.

—Debería arrojarlo al agua —gruñó Dave—, pero lo tengo desde que estuve en la guerra.

Volvió a oprimir la palanquita y esta vez se alzó una llamita débil. A toda prisa protegió la llama con las manos mientras encendía el cigarrillo. Luego soltó la palanca a fin de no malgastar el combustible.

—Tómalo —dijo entonces—. Guárdamelo bien.

—Sería mejor que lo tuvieras tú —sugirió Neil.

—No. Me quedan sólo ocho cigarrillos; si tuviera el encendedor me los fumaría en pocas horas. De este modo podré darme el gusto únicamente cuando andes tú cerca.

Neil se guardó el encendedor.

—Oye, ¿no es hora de comer? —exclamó entonces Saunders—. Vamos, te acompaño a la ciudad.

Acto seguido, echaron a andar por entre la espesura.

—Ya conozco esta selva como la palma de mi mano —expresó Dave mientras caminaban—. Hasta puedo andar por ella durante la noche.

Siguieron en silencio el resto del trayecto, observando a los micos que saltaban por entre las ramas, parloteando incesantemente.

Al llegar a la vista de la ciudad, Neil se detuvo para mirar a su amigo. Estaba muy serio, y sus ojos azules claváronse en los de Saunders con expresión ansiosa.

—¿Realmente tendremos que pasarnos aquí el resto de nuestra vida? —inquirió.

Dave lo miró con el ceño fruncido, se pasó una mano por la cara y dijo al fin:

—No sé, Neil. La verdad es que no lo sé.

Entraron en la ciudad y Saunders despidióse del muchacho para ir a asearse. Neil vió entonces a Erik que se hallaba parado junto a un árbol gigantesco, esforzándose por entenderse con Talu. Para ello empleaba las pocas palabras mayas que había logrado aprender durante su estada en la ciudad. El sacerdote sacudía la cabeza con vehemencia cuando se les acercó el muchacho.

—¿Qué pasa? —preguntó Neil en sueco.

Sonrió Erik al tiempo que se atuzaba la abundosa barba.

—Nada, Neil. Estaba preguntando a nuestro amigo si se sentiría más tranquilo si mis hombres y yo volviéramos a entregarle nuestras armas.

—¿Y?

—Ya viste que se niega —explicó el *viking*—. Opina que las necesitamos para protegernos en la selva.

—¿Qué peligro hay? —preguntó Neil a Talu, cambiando de idioma.

—Muchas fieras —dijo Talu—. Jaguares…

Calló de pronto, fijos los ojos en una de las ramas bajas del árbol. Sus palabras parecieron atascarse en su garganta y de ella partió un grito ahogado.

Los ojos de Neil se desviaron hacia la rama.

Enroscada allí, descendiendo con movimientos ondulantes, vió a una enorme serpiente verde y blanca que tenía los ojos fijos en ellos y los enormes colmillos al descubierto.

Neil quedóse sin aliento al notar que la serpiente echaba atrás la chata cabeza y detenía su descenso.

Con un movimiento veloz hacia el costado, el muchacho arrojó a Talu al suelo, escudando al sacerdote con su cuerpo.

—¡Erik! —gritó entonces a voz en cuello—. ¡Cuidado! ¡Una serpiente!

La cabeza triangular se había echado hacia atrás y súbitamente, sin aviso alguno, lanzóse hacia adelante como arrojada por una catapulta.

X

La traición

NEIL rodó sobre sí mismo sin soltar a Talu, y ambos dieron varias vueltas por el polvo con velocidad vertiginosa.

La gran cabeza dió en el suelo con tremenda fuerza, levantando una nube de polvo. Luego, con la misma alarmante rapidez, la serpiente volvió a echar la cabeza hacia atrás, enroscando más sus anillos alrededor de la rama, mientras observaba atentamente a las dos figuras tendidas en tierra.

La lengua bifurcada asomó por entre las fauces abiertas y chorreantes, mientras que los ojos opacos seguían fijos en Neil y Talu.

La serpiente se irguió de nuevo, balanceándose en el aire al calcular la distancia para el segundo ataque.

—¡No os mováis! —gritó Erik.

Neil permaneció inmóvil mientras respiraba jadeante. A su lado, Talu se cubrió los ojos con la mano. La serpiente, sin prestar atención aparente al *viking*, pendía de la rama con la cabeza echada hacia atrás y los colmillos al descubierto.

Con lentitud, moviéndose apenas, los dedos de Erik deslizáronse hacia el hacha que pendía de su costado.

Los ojos opacos del reptil se desviaron por un momento hacia él para volver a fijarse en la presa elegida.

Erik empezó a levantar el hacha de su cinturón, muy poco a poco. Neil observaba el lento movimiento, preguntándose en qué momento se descargaría el ataque de la serpiente.

El hacha quedó libre y Neil exhaló un profundo suspiro.

Repentinamente adelantóse la cabeza triangular del reptil. Con celeridad impresionante, abiertas las fauces y desnudos los colmillos, partió directamente hacia las dos figuras tendidas en tierra.

El hacha se alzó entonces para describir en el aire un arco perfecto.

«Demasiado tarde, pensó Neil. La serpiente es muy veloz».

Como dos grandes potencias que trataran de evitar un último encuentro, la cabeza del reptil y el hacha del guerrero del norte volaron hacia sus respectivos blancos.

Pareció durar aquello una eternidad. Neil lo vió todo con notable claridad. Los ojos opacos se hallaban muy cerca y se aproximaban más, a una velocidad imposible de imaginar.

Oyóse un golpe sordo al dar el hacha en el blanco y hundirse el acero en la carne. Luego desapareció la amenazadora cabeza, quedando sólo un gran cuerpo colgado de la rama, agitándose convulsivamente y chorreando sangre por la parte donde había sido cercenado.

En el suelo se abrieron y cerraron en un movimiento reflejo las terribles fauces de la cabeza cortada, con un último sacudón de energía. Los músculos del cuerpo sacudiéronse de nuevo, se apretaron al árbol con tremenda fuerza constrictora y se aflojaron al fin por completo.

El largo cuerpo cayó a tierra, agitóse una vez más y quedó luego tendido en medio de un gran charco de sangre.

Neil exhaló otro profundo suspiro.

Con el rostro lleno de sudor y los ojos semicerrados, Erik dejó caer el hacha y ayudó a los caídos a levantarse. Luego abrazó con fuerza al muchacho.

—¡Amigo mío! —susurró—. Creí que iba a perderte.

Talu se estremecía violentamente, sacudiéndose su cuerpo como un arbusto azotado por el viento. Cuando se hubo calmado un poco, tendió la mano para tocar el brazo del *viking*.

—Gracias —dijo, mirando el cuerpo inmóvil del reptil—. Extranjero, eres más poderoso que la serpiente.

Neil hizo un esfuerzo por sonreír, pero le castañetearon los dientes.

—Vamos a comer —sugirió aunque no tenía el menor apetito.

Cuatro días más tarde, habló Erik con Talu acerca de las provisiones.

—¿Cuánto necesitas? —preguntóle el sacerdote.

—Lo suficiente para mi tripulación.

—¿Y tendrás que viajar mucho?

Erik meditó un instante.

—Muchos meses —repuso al fin—. Por lo menos ocho.

Talu lanzó un suspiro.

—Ven conmigo, amigo mío.

Condujo a ambos hacia un edificio rectangular, frente al cual se hallaban dos soldados de guardia. Éstos se tocaron la frente al ver al sacerdote y les franquearon la entrada.

El interior estaba oscuro, y uno de los soldados entró en seguida para encender una antorcha. A la luz escasa de la misma, Neil se puso a estudiar el recinto.

Por todas partes vió canastos llenos de víveres: frutas, verduras, recipientes de miel y cazos llenos de pimientos molidos. De numerosos clavos insertados en las paredes pendían carnes saladas y aves. Al muchacho le pareció reconocer los cuerpos de algunos micos.

—Éste es nuestro depósito —explicó Talu.

—¿Entonces me darás lo que necesito? —preguntó el *viking*.

El sacerdote volvió a suspirar.

—Amigo mío, tú me salvaste la vida y por ello te estaré eternamente agradecido. Pídeme lo que quieras: oro, telas, agua, armas… —Hizo una pausa, retorciéndose las manos, y agregó—. Cualquier cosa menos alimentos.

Erik lo miró con cierta sorpresa.

—Esto es todo lo que tenemos disponible hasta la cosecha —explicó Talu —. Todavía no hemos comenzado la siembra, y falta aún mucho tiempo para que cosechemos. Mi gente ya ha comenzado a comer menos a fin de hacer durar nuestras provisiones un poco más.

Neil volvió a mirar a su alrededor, notando que, en realidad, no había tanto como imaginara al principio.

—¿Cuántos hombres hay en tu tripulación? —inquirió el sacerdote.

—Somos veintisiete, incluyéndome yo.

—La alimentación de veintisiete hombres durante ocho meses requeriría una gran cantidad de provisiones.

—Pero nos alimentáis mientras estamos aquí —arguyó el *viking*—. ¿Qué diferencia hay entre comerlo en la ciudad o llevárnoslo en el barco?

—Cazamos todos los días, y cuando es posible vamos aumentando de a poco lo que hay en el depósito. Tendría que darte mucha carne de la reserva si te fueras. Si te quedas, podría alimentaros con lo que se caza diariamente.

Erik asintió.

—¿Cuándo sembráis? —quiso saber.

—Dentro de un mes o dos. Cuando estén listos los campos.

—¿Y después de la cosecha?

—Si los dioses son bondadosos y la cosecha es abundante, te daré todas las provisiones que necesites para tu viaje.

El *viking* se acarició la barba.

—Entonces tendré que esperar —dijo.

—Sé que estás ansioso de volver al hogar —murmuró Talu—. Espero que puedas hacerlo pronto, amigo mío.

Salieron del depósito, marchando Erik en silencio al lado de Neil.

—Se lo diré a mis hombres —expresó al fin.

—¿Y no estás enfadado? —quiso saber Talu.

—Tu gente está primero —contestó el *viking*—. Comprendo perfectamente.

Él y Neil se alejaron entonces hacia donde esperaban los marinos al borde de la selva. Erik paróse en el centro del círculo que formaban sus hombres y apoyó un hombro contra una piedra, diciendo sin preámbulo alguno:

—Los mayas tienen muy pocos alimentos. Debemos esperar hasta después de la cosecha para poder hacernos a la mar.

Los marineros comenzaron a hablar entre sí en tono bajo. Al cabo de un momento adelantóse Olaf para hablar en nombre de todos. Ya se habían curado las heridas de su rostro y no tenía los ojos ni los labios hinchados.

—¿Cuándo se hará la cosecha? —preguntó.

—Dentro de varios meses —repuso Erik.

—¿Y debemos esperar hasta entonces?

—Sí.

Olaf hizo una mueca de desagrado.

—¿Por qué? —dijo, y los otros guerreros le hicieron eco, formulando la misma pregunta.

—Ya os lo he dicho —expresó Erik con gran paciencia—. Los mayas tienen muy pocos alimentos; apenas les alcanzan para ellos y no podemos esperar que nos den…

—Mienten —rugió Olaf—. He visto sus provisiones con mis propios ojos. Tienen un depósito lleno. Hay de todo…

—También he visto el depósito —le interrumpió el capitán con menos suavidad que antes—. Y he oído las palabras de su sacerdote. Lo que tienen en el depósito apenas les alcanzará hasta la época de la cosecha.

—Tienen más que suficiente —protestó Olaf.

Una leve sonrisa curvó los labios del gigante, mientras que su diestra bajaba hacia el hacha pendiente de su cinturón.

—¿Dudas de mi palabra? —inquirió.

—No. Solamente digo que hay suficiente…

—Y yo digo lo contrario. ¿Sigues dudando?

Por un momento pareció que Olaf iba a rebelarse, pero de pronto cambió de actitud.

—¿Qué importa que no haya bastante para los mayas? Hay suficiente para nosotros.

—Sí —intervino el marinero tuerto—. ¿Qué les debemos a los mayas?

—Son salvajes —declaró Olaf.

—Son nuestros amigos —dijo Erik.

—Si son amigos nuestros, ¿por qué nos retienen prisioneros?

—No somos prisioneros —manifestó el capitán—. Nos han devuelto nuestras armas.

—Y deberíamos usarlas —gruñó Olaf, torciendo el significado de las palabras del gigante—. Sólo hay dos soldados de guardia en el depósito. Podríamos matarlos y llevarnos las provisiones que…

—¿Sugieres, entonces, que me convierta en capitán de una banda de ladrones? —dijo Erik, sonriendo de nuevo.

—Sugiero que lleves a tus hombres de regreso a la patria —fué la respuesta.

El gigante rubio se irguió en toda su estatura, apretando con fuerza su hacha de combate.

—Y yo sugiero que sea ésta la última sugestión del día —manifestó— y que tú dejes quieta esa lengua venenosa… No nos haremos a la mar hasta que podamos partir con el barco bien aprovisionado. Esto se hará después de la cosecha.

Olaf abrió la boca para replicar, pero Erik se le adelantó, diciendo:

—No me agradaría tener que sepultar a mi segundo en tierra extranjera.

Todos los *vikings* rompieron a reír al oír estas palabras. Empero, a Olaf no parecieron resultarle graciosas, y se internó en la selva sacudiendo la cabeza y maldiciendo entre dientes.

Aquella tarde vió Neil su primer partido de básquetbol maya. Al menos; fué así como llamó al juego.

Rixal y Tela se mostraban llenos de entusiasmo cuando fueron a buscarlo para ir al lugar donde se efectuaría el partido.

—¿De qué se trata? —inquirió el muchacho, mientras sus dos amigos lo conducían hacia la calle.

—El juego —explicó Tela con gran animación—. Los nobles jugarán *tlaxtli*[3]. Date prisa; ya deben haber comenzado.

Tomó una de las manos de Neil, y, mientras Rixal lo asía de la otra, echaron a correr.

—Comenzarán en seguida —manifestó Rixal.

A toda prisa lo condujeron a un gran patio con dos templos pequeños a cada extremo. A los costados del largo patio se elevaban dos sólidas paredes de piedra. Rixal y Tela llevaron a Neil a lo alto de una de ellas y allí se sentaron para mirar hacia el patio de abajo. Neil volvió a preguntar de qué se trataba.

—Te lo explicaré —dijo Rixal.

—Deja que le explique yo —pidió Tela.

—Las explicaciones las dan los hombres —expresó Rixal con voz solemne.

Tela se golpeó los muslos con impaciencia mientras aguardaba que hablara su hermano.

—El patio mide ciento ochenta metros de largo —comenzó Rixal.

—Ciento *noventa* —rectificó la joven.

—Ciento noventa de largo por cuarenta de ancho —continuó Rixal.

—Y esta pared y la de enfrente son muy altas —terció Tela.

—Tienen ocho metros de altura —expresó Rixal.

Tela señaló la pared opuesta.

—Aquélla es la del este.

—Y lo que hay encima es un templo —agregó Rixal.

—El templo de los jaguares.

Neil miró hacia el templo, situado sobre el extremo sur de la pared opuesta. Era pequeño y muy blanco, y en su fachada destacábase un friso con jaguares y escudos tallados en la piedra.

—Pero, ¿y el juego? —preguntó.

—A eso íbamos —dijo Rixal con impaciencia.

—¿Ves esos anillos en la pared? —preguntó la joven.

Neil miró hacia el lugar que le indicaban. En lo alto de cada pared, y en línea con el centro del patio, había un gran anillo de piedra asegurado a la lisa superficie del muro.

—Los veo —asintió.

—Pues bien, el objeto del juego…

—¡Allí llegan los jugadores! —interrumpió Tela con gran entusiasmo.

En ese momento llegaron doce hombres que fueron a tocar ambas paredes con la frente. Después marcharon seis de ellos hacia un extremo del patio, mientras que los seis restantes iban hacia el extremo opuesto.

—Allí está la pelota —dijo Rixal, indicando a un maya de lujoso atavío que en ese momento arrojaba al patio una pelota de goma.

Inmediatamente entraron en acción ambos equipos, corriendo todos hacia la pelota, la que golpearon con las manos, lanzándola hacia lo alto de las paredes.

—¿Qué quieren hacer? —preguntó Neil.

—Tienen que introducir la pelota en el… ¡Oh! Estuvo a punto de conseguirlo —gritó Tela—. Casi gana un tanto, Neil.

Así diciendo, golpeó con entusiasmo la espalda del muchacho.

—¿Introducirla dónde? ¿Qué es lo que estuvo a punto de conseguir?

—Tienen que hacer pasar la pelota por uno de los anillos —explicó Rixal con gran seriedad—. Es muy difícil.

Los jugadores llevaban unos protectores de cuero sobre las caderas y golpeaban la pelota con éstas o con las manos, lanzándola contra las paredes y corriendo velozmente por todo el patio.

—No son muy hábiles —comentó Rixal—. A los jugadores de primera categoría no se les permite usar las manos y deben golpear la pelota sólo con las caderas.

Continuó el partido y Neil se fué entusiasmando cada vez más, hasta que llegó el momento en que gritaba con tanta vehemencia como sus dos compañeros cuando veía que algún jugador lograba tocar los anillos con la pelota.

Al final del juego, estaba completamente ronco y se sentía muy decepcionado, porque ninguno de los dos bandos había conseguido hacer pasar la pelota por los anillos.

—No son muy hábiles —repitió Rixal.

—Además, es mejor que no hicieran ningún tanto —dijo Tela—. Es muy difícil, y el jugador que logra pasar la pelota por el anillo tiene derecho a apoderarse de la ropa de cualquiera de los espectadores.

—¿De veras?

—Sí —asintió la joven.

Neil se puso a pensar en los partidos que se jugaban en su tierra y preguntóse qué pasaría si los jugadores exigieran sus ropas a los espectadores cada vez que lograban hacer un tanto. Al ocurrírsele esta idea no pudo menos que sonreír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rixal.

—Pensaba en un juego que tenemos en mi patria. Es muy similar a éste.

—¿Es exactamente igual al tlaxtli? —quiso saber Tela.

Sonrió Neil de nuevo, pensando en las ropas de los espectadores.

—No —dijo—; creo que hay cierta diferencia.

Aquella noche, después de la cena, el muchacho partió por la selva en dirección a la playa. Estaba deseoso de ver a Dave y comprobar cómo marchaban las reparaciones en la máquina del tiempo.

Tal como Dave, había llegado a conocer muy bien el camino, y avanzó por entre la espesura sin el menor tropiezo, escuchando la charla continua de los micos y observando el paso de los tapires y uno que otro venado.

De pronto se sobresaltó al oír rumor de voces provenientes de un claro que había poco más adelante.

Con gran cautela avanzó hacia el lugar, cuidándose de no pisar hojas ni ramillas secas.

Las voces que oía hablaban en maya y sueco. Primero hablaba uno en sueco, lo que otro traducía al maya. Un tercero respondía en este idioma y el intérprete repetía sus palabras en lengua sueca. Esto intrigó en extremo al muchacho. Al parecer, algunos de los *vikings* estaban hablando con varios mayas.

El sol hundíase con lentitud hacia poniente y los árboles proyectaban largas sombras sobre el suelo. Los únicos sonidos que rompían el silencio reinante eran el chirriar de algunos insectos y aquellas voces humanas.

El muchacho acercóse más, ocultándose detrás de una enorme peña. A poco le sorprendió reconocer la voz de Olaf, y espió por encima de la piedra para asegurarse de que no soñaba.

El fornido *viking* se hallaba parado junto a unos diez o doce de sus guerreros, conversando con un soldado maya. A espaldas de éste había varios nativos más, ataviados con su peto de algodón y armados de lanzas y espadas.

—¿Por qué nos retenéis aquí? —preguntaba Olaf—. ¿Qué ganáis con ello?

Tradujo esto uno de los *vikings* que había aprendido el idioma, y el maya contestó:

—Tienes razón; no ganamos nada con vuestra presencia… Pero no alcanzo a comprender tu plan.

—No hay plan de ninguna especie —manifestó Olaf—. Sólo hay un grupo de hombres que sienten nostalgia por su tierra. Nuestro capitán quiere esperar la cosecha… ¿Y sabes tú por qué?

—¿Por qué? —inquirió el maya.

—Para que los frutos de vuestro trabajo vayan a parar a nuestra nave. Para que las frutas, las verduras y la carne fresca partan con nosotros cuando nos hagamos a la mar. Vuestro trabajo servirá para alimentar a mis hombres.

—No comprendo —expresó el maya.

—Es muy sencillo —continuó Olaf—. Nosotros queremos irnos ahora, llevándonos las provisiones que podáis darnos. No pedimos mucho; sólo necesitamos lo suficiente para nuestro viaje.

—Tenemos pocos alimentos —contestó el maya.

—Sí; pero si nosotros nos llevamos una gran parte de vuestra cosecha, ¿cuánto os quedará para el año próximo?

El soldado maya se encogió de hombros.

—El año próximo está muy lejos. Nos preocuparemos entonces.

—Os preocuparéis y pasaréis hambre —manifestó Olaf—. Talu nos niega las provisiones ahora porque sabe que la ira de su pueblo descenderá sobre él si malgasta lo poco que tienen.

—Y por eso espera la cosecha. Pero recuerda que nuestro capitán salvó la vida a Talu al matar a la serpiente. Por eso le está muy agradecido. Cuando haya alimentos en abundancia, le dará a nuestro capitán mucho más de lo necesario, sin pensar en las penurias que pasaréis luego vosotros.

—No había pensado en ello —murmuró el maya.

—Verás lo que quiero —dijo Olaf entonces—. Suficiente alimento para llegar hasta la patria y no la gran cantidad de provisiones que nos darían después de la cosecha. Sólo lo suficiente. ¿Comprendes? De ese modo no pasaréis necesidades.

—Pero es que no hay mucho —replicó el soldado.

—Hay lo suficiente para lo poco que necesitamos —insistió el *viking*—. Comeríamos la misma cantidad si nos quedáramos aquí en la ciudad.

—Talu nos lo prohibiría.

Neil espió por sobre la roca a fin de ver la cara del maya; pero éste le daba la espalda y las sombras reinaban ya en la selva, de modo que no pudo identificarlo.

—Sé que lo prohibiría. Prefiere malgastar vuestras provisiones después de la cosecha. Por eso hablo contigo.

—No comprendo.

—Tú eres un soldado poderoso. Querríamos entrar en el depósito, llevarnos los alimentos que necesitamos y hacernos a la mar. Para ello solicitamos tu ayuda.

—¿Cómo puedo ayudaros?

—Atacando a vuestros propios guardias. Eres capitán y después podréis explicar que lo hiciste para bien de todos. El pueblo te respeta.

—Pero Talu es sacerdote.

—Es un hombre no muy diferente de ti, salvo que tú eres más fuerte y más querido.

A Neil se le agrandaron los ojos a causa del asombro. Era increíble. Olaf estaba conspirando para destruir la amistad que tanto les costara ganar. Aguzó el oído mientras aguardaba la respuesta del maya.

—No soy tan poderoso —objetó el capitán.

—Lo eres. El pueblo te quiere y has salvado sus hogares muchas veces. Si los salvas ahora del hambre que Talu quiere causar, quizá te hagan general de todos sus ejércitos.

—General… —murmuró el maya.

—Sólo necesitamos tu ayuda. ¿Nos la concederás?

Vaciló el otro, mientras Neil aguardaba, pendiente de su respuesta.

Al fin dijo el maya:

—Lo pensaré. Te avisaré más adelante.

—Que sea pronto —pidió Olaf—. Estamos ansiosos por partir.

—Te avisaré —repitió el maya.

Volvióse para alejarse con sus soldados y los últimos rayos del sol pintaron de rojo sus facciones.

Neil tuvo que hacer un esfuerzo para contener un grito de asombro. El maya tenía una larga cicatriz que le cruzaba el rostro y los labios, torciendo éstos de manera que parecían sonreír.

¡Baz! El feroz guerrero que había dirigido la defensa contra el ataque de los bárbaros.

¡Baz y Olaf!

XI

Erik da un consejo

NEIL esperó que Baz y sus acompañantes hubieran pasado junto a la roca para perderse en la selva. Aguardó mientras Olaf hablaba quedamente con los marineros, tras de lo cual se dispersaron todos, alejándose en grupos de dos y tres.

El muchacho saltó entonces a tierra, para echar a correr por la selva tan rápidamente como se lo permitieron sus piernas. Sus botas resonaron contra los bloques de piedra del patio de su casa cuando corrió a dar la noticia a Erik. A saltos subió los escalones de acceso al edificio que compartía con Erik y Dave.

El capitán se hallaba sentado en el centro del aposento, iluminado por una gran antorcha insertada en un orificio de la pared. Acariciábase la barba con los dedos mientras estudiaba un tosco mapa.

—¡Erik! —gritó el muchacho al irrumpir en la habitación.

El *viking* tendió la mano instintivamente hacia su hacha.

—¿Qué pasa? ¿Quién…?

—Olaf y Baz —balbució Erik—. Acabo de oírlos conspirar. Piensan en saquear el depósito y hacerse a la mar con las provisiones.

Se agrandaron los ojos del gigante.

—¿Olaf?

—Sí, sí, Olaf…, y el capitán de la cicatriz.

—¿Estás seguro?

—¡Claro qué sí! Acabo de oírlos. Erik, tenemos que hacer algo.

El capitán meditó un momento.

—¿Olaf estaba solo? —preguntó luego.

—No, le acompañaban varios de los tripulantes.

—¡Hum!

Neil no pudo contenerse.

—¿Qué vas a hacer? Supongo que no vas a quedarte aquí sin hacer nada, ¿eh?

—Nada puedo hacer —fué la respuesta—. Olaf negará la acusación y los tripulantes que estaban con él confirmarán lo que diga.

—¡Pero tú eres el capitán!

—Todo capitán debe tener una tripulación —explicó el *viking*—. Si Olaf convence a los demás que le he acusado injustamente, entonces sí que comenzarán las dificultades.

—Pero no puedes permitir que lo hagan.

—Tampoco puedo acusar a Olaf hasta que tenga pruebas definidas de lo que proyecta.

—Pero les oí…

—Eso no basta. De haberlos oído yo, Olaf estaría muerto.

—¿Quieres decir que no me crees?

—¡Neil, Neil! Claro que te creo; pero no puedo acusar a Olaf para que él lo niegue ante toda la tripulación. ¿A quién van a creer, a ti o a él?

Neil hizo una mueca de disgusto.

—Supongo que a él.

—No podemos hacer otra cosa que esperar. Lo vigilaremos en todo momento, y no bien cometa un desliz…

Erik terminó la frase pasándose el índice por la garganta.

—¿Esperamos entonces? —inquirió el muchacho.

—Esperamos —fué la respuesta.

Así lo hicieron. Finalizó aquella semana y pasó luego otra sin que Olaf hiciera nada y sin que Neil volviera a verle en la selva.

Al cabo de la cuarta semana no había aún indicios de que ocurriera nada fuera de lo común, y Neil comenzó a preguntarse si realmente había visto a aquellos hombres en la selva y si Erik seguía creyéndole.

Fué entonces cuando se presentó Talu con la buena noticia.

—Ya estamos listos para la siembra —manifestó—. ¿Os gustaría venir a los campos?

Erik asintió de buena gana y Neil salió con ellos de la ciudad cuando marcharon hacia los campos en que se efectuaría la siembra.

—Hoy sembraremos los campos que están listos —dijo Talu.

—¿Cómo sabéis cuando está listo el campo? —inquirió Neil, que no sabía nada de agricultura.

Sonrió el sacerdote.

—Te he dado una impresión equivocada. La preparación ha costado mucho trabajo, pero ya está todo listo, de modo que la tierra está en condiciones de ser sembrada.

—¿Cómo la preparan? —inquirió el muchacho.

—Pues, primeramente buscamos una extensión de selva virgen no muy alejada de la ciudad. Cortamos todas las malezas y las dejamos al sol hasta que se han secado lo suficiente.

—¿Lo suficiente para qué?

Talu volvió a sonreír, mirando a Erik.

—¡Ah, la juventud! —exclamó—. Siempre impaciente, siempre apurada. Lo suficiente para quemarla. Cuando se quema toda la vegetación, el terreno es apto para sembrarlo.

—¿Sembrarán toda esta tierra? —preguntó Neil, indicando los alrededores con un amplio ademán.

—No, no. Sembramos un campo una estación y después lo dejamos descansar de dos a seis años.

—¿Y luego?

—Luego se repite el procedimiento.

—Pero eso no es prudente —dijo de pronto Erik.

Talu miróle con sorpresa.

—¿No es prudente? ¿Por qué?

—Así agotan la tierra.

—No comprendo.

—Pues, con cada siembra se va empobreciendo la tierra cada vez más. ¿No recogen una cosecha cada vez menor cuando siembran en el mismo campo una y otra vez?

Talu meditó un momento.

—A decir verdad, así es. ¿Pero qué tiene eso que ver con nuestro sistema?

Erik paseó la vista por los campos, y a Neil le pareció ver en sus ojos una expresión de nostalgia, como si el gigante estuviera contemplando las eras de su patria.

—Soy marino y sé muy poco de las costumbres de tierra —manifestó el gigante—. Sólo puedo decirte lo que hace mi gente. Tal vez eso te resulte útil.

—Todavía no comprendo por qué se empobrece la tierra cada vez…

—Digamos que este año plantéis tomates en este terreno —dijo Erik, indicando el campo más cercano.

—¿Sí?

—Pues bien… —El *viking* hizo una pausa—. En mi patria los agricultores tienen tres campos grandes y siembran dos de ellos cada año, dejando descansar el tercero para que recobre su fertilidad.

—Pero de ese modo dejan de aprovechar una tercera parte de la tierra disponible —protestó el sacerdote.

—Verdad —admitió Erik—. Pero vosotros sembráis en *todos* vuestros campos y luego los dejáis descansar por mucho tiempo. Así tenéis que buscar nuevas tierras para la siembra de todos los años.

Talu reflexionó unos minutos.

—¿Y cómo lo hacéis vosotros?

—Como dije, hay tres campos. Supongamos que es necesario sembrar tomates, zapallos, judías y patatas.

—Sí. Prosigue.

—Nosotros preparamos un campo en el otoño y sembramos en él tomates y zapallos. En la primavera preparamos el segundo campo y plantamos en él judías y patatas. El tercer campo, que está descansando, se prepara dos veces, una vez en otoño y de nuevo en primavera. Al llegar el otoño siguiente se siembran en él tomates y zapallos.

—Comprendo. Continúa.

—El resto es sencillo —expresó el *viking*—. En el primero y segundo campo se efectúa la cosecha en otoño o a fines de verano. Luego, mientras se siembran el segundo y el tercero, se deja descansar uno antes de prepararlo de nuevo.

—¿Y así es mejor? —inquirió el sacerdote.

—Se prepararía así el doble. Pero no tendríais que buscar nuevos campos con tanta frecuencia, y la tierra os duraría más. Verás, en el campo donde el año pasado se han plantado tomates y zapallos, este año se plantan patatas y judías. La tierra se agota mucho más pronto si se siembra en ella lo mismo año tras año.

—Lo probaremos —prometió Talu—. De nuevo te estoy agradecido.

Ese día se efectuó la siembra. Había seis campos preparados. De éstos se sembraron sólo cuatro, siguiendo el consejo de Erik, mientras que los otros dos quedaron reservados para la siguiente estación.

Neil supo entonces que había cuatro dioses a quienes elevaban sus plegarias los mayas antes de la siembra. Escuchó con interés mientras Talu le explicaba esto. Estaba ansioso por oír nombrar a Kukulcán, la serpiente emplumada, pero el dios perdido no era uno de los cuatro.

—Son divinidades de la tierra —explicó el sacerdote—. Uno es el principal y el que los domina a los otros. Por cada dios hay una dirección: este, norte, oeste y sur. Y por cada uno hay un color: amarillo, rojo, blanco y negro. En Yucatán abundan las selvas, Yumil Kaxob, dios de la selva, es el dios de todo el país. La tierra es buena y antigua. Estaba aquí antes de llegar nosotros, desde el comienzo mismo del mundo. También son antiguos los dioses de la selva. Nosotros somos sus nietos y ellos nos cuidan como a tales. Nos mandan las cosechas, llenan los bosques de seres vivientes y nos permiten cazarlos. Son bondadosos y comprensivos, y sólo nos piden que sus nietos no olviden sus plegarias.

Talu hizo una breve pausa. Su voz había adquirido una especie de resonancia singular, lo que dió a Neil la impresión de que todo aquello era, en realidad, una plegaria.

—Son también los dioses de la lluvia, del trueno y del relámpago —continuó—. Mandan el agua de los cielos para nutrir nuestras plantas. Cuando están enfadados, mandan rayos para castigarnos. Cada uno de ellos guarda agua en una calabaza y lleva también un saco lleno de viento, así como un gran tambor. Cuando desea hacer llover, salpica la tierra con el agua de la calabaza; cuando quiere mandarnos viento, abre un poco el saco, y cuando desea que se detenga el viento, vuelve a guardarlo.

—¿Y qué hace Kukulcán? —preguntó Neil.

Una expresión intrigada pintóse en el rostro del viejo sacerdote.

—¿Kukulcán? —dijo.

—¿No hay un dios llamado Kukulcán?

—No.

Neil sintióse muy decepcionado. Aquel viaje en el tiempo había resultado inútil.

—Vamos a orar —anunció entonces Talu.

Neil miró hacia las eras, donde los labradores se hallaban de pie, con los ojos fijos en el cielo. Talu llevóse una mano a la frente y la elevó luego hacia lo alto.

Su voz resonó entonces con extraordinaria potencia.

—¡Oh, dios! —exclamó—, mi madre, y mi padre, Yumil Kaxob, señor de la selva, sé paciente conmigo, pues estoy por hacer lo que hicieron siempre mis padres.

Uno de los mayas parados cerca del sacerdote comenzó a quemar un polvo blanquecino que tenía en un tazón. Talu apoderóse del recipiente para elevarlo hacia el cielo.

—Te hago mi ofrenda para que sepas que estoy por molestarte, y por ello te ruego, que me perdones.

»Estoy por ensuciarte, destruir tu belleza, y sembrarte para obtener mi alimento diario. Te ruego que no permitas que animal alguno me ataque o me muerda. No permitas que me piquen escorpiones o avispas. Ordena a los árboles que no caigan sobre mí.

»Y que ninguna lanza o cuchillo se clave en mi carne, pues con todo cariño estoy por sembrarte».

Tocóse de nuevo la frente y los labradores hicieron lo mismo. Después mantuviéronse erguidos por un momento, mientras el silencio se extendía por el lugar como un manto cálido y pesado. Luego iniciaron el trabajo, marchando en parejas. Uno avanzaba con un palo aguzado, con el que hacía un orificio en la tierra, mientras que el otro le seguía con las semillas que dejaba caer en los agujeros.

—Los dioses serán benignos —dijo Talu, observando a sus fieles—. Muy pronto podréis regresar a vuestros hogares.

—Amén —dijo Neil por lo bajo.

Irrumpieron en el aposento aquella noche. Eran tres *vikings* comandados por Olaf y acompañados por un grupo de mayas.

Olaf asió a Neil por la camisa y lo levantó de un violento tirón. El muchacho sacudió la cabeza, esforzándose por despertar del todo. No había luz en el aposento y sólo el resplandor de la luna le permitió ver a los intrusos.

—¿Dónde está? —preguntó Olaf.

—¿Quién?

Neil miró aquellos rostros sañudos y amenazadores. Todos tenían las armas en las manos y parecían dispuestos a matar a quien se interpusiera en su camino. Ya estaba echada la suerte; Olaf ponía en práctica su plan.

—¡Erik! —gruñó el *viking*—. Nuestro orgulloso capitán. ¿Dónde está?

—No sé —contestó el muchacho, mirando a su alrededor.

—Nos haremos a la mar tan pronto tengamos las provisiones necesarias —expresó Olaf.

—No pueden….

La manaza del *viking* le dió en la cara, haciéndole saltar sangre de los labios.

—Pero antes de irnos vamos a eliminar a tres personas —continuó Olaf —. A Erik, a ti y a tu amigo.

Neil le descargó entonces un puñetazo, pero el *viking* estaba atento y, adelantándosele, aplicóle un tremendo golpe a la cabeza con el mango del hacha. El muchacho se esforzó por mantenerse de pie, mas no pudo sostenerse y se desplomó sobre el piso de piedra, perdiendo el sentido.

XII

¡Motín!

TIC, tic, tic, tic… Esto y la oscuridad… Tic, tic… Inmensas paredes negras que se inclinaban, a punto de desplomarse.

Tic.

Neil se movió, abriendo los ojos. Estaba tendido sobre algo duro, incapaz de moverse.

Junto a su oreja izquierda resonaba aquel ruido incesante. Tic, tic, tic, tic, oíase monótonamente en la oscuridad.

Movió un poco la cabeza y el sonido hízose más suave. Fatigado, volvió a bajar la cabeza. El ruido aumentó de volumen, pareciendo resonar dentro de su oreja.

Abriendo los ojos, miró a su alrededor. Se hallaba tendido en el piso de piedra de la cámara, con la cabeza apoyada sobre el brazo izquierdo. Súbitamente se hizo cargo de que tenía la oreja sobre su reloj pulsera. Movió el brazo y cesó el sonido que tanto le intrigara. Miró entonces la esfera luminosa del reloj, viendo que faltaban veinte minutos para la una.

Sentóse restregándose los ojos mientras miraba a su alrededor buscando a Dave y a…

¡Erik!

El recuerdo volvió de pronto a su mente. Olaf habíale dejado así y ahora estaría saqueando el depósito de provisiones. Además, iba a matar a Erik.

Neil levantóse de un salto y echó a correr hacia la puerta. Una vez afuera, descendió a toda prisa los escalones, tropezó en el último, cayó, volvió a levantarse y siguió su carrera.

¿Dónde habrían ido?

¡Al depósito! Allí debían estar.

Se detuvo un instante, volviendo la cabeza de lado a lado mientras se esforzaba por orientarse. Hacia la izquierda. Allí estaba el depósito.

Partió a la carrera en esa dirección. Las calles estaban desiertas y la noche oscurecía toda la ciudad. A poco vió dibujarse el contorno del depósito contra el cielo iluminado por la luna, Ascendió los escalones de a dos a la vez, respirando jadeante. Al llegar a la parte superior de la escalinata vió dos soldados tendidos en tierra.

Uno tenía una daga clavada en el pecho, al otro le habían abierto la cabeza de un hachazo.

Neil sintió que le daba un vuelco el corazón y a toda prisa se introdujo en el edificio. El depósito estaba en completo desorden; los canastos se hallaban diseminados por todo el lugar, la carne en el suelo, la fruta rodando bajo sus pies.

«Ya han estado aquí. ¿Dónde han ido? ¡Al barco!».

Girando sobre sus talones, el muchacho salió de allí y descendió de nuevo por la escalera, resonando luego sus pasos sobre las piedras de la calle. Apresuró su carrera, cruzó la ciudad y salió al fin a la selva. Al internarse entre los árboles oyó a poco el ruido del oleaje que golpeaba contra la playa.

«Erik, decíase. Van a matar a Erik».

Se detuvo al llegar a la playa para ocultarse detrás de un árbol. Sus ojos se pasearon por el espacio arenoso. La máquina del tiempo relucía a la luz de la luna con una de las hélices ya reparada y la otra todavía torcida. Sobre las olas se mecía el barco de los *vikings*. De espaldas al barco, con las manos atadas y sentado en la arena, se hallaba Erik.

Olaf estaba dirigiendo la palabra a un grupo de *vikings* armados.

—¡A los pozos! Llenad todos los odres y traed aquí toda el agua que podáis cargar. ¡Aprisa! Yo me quedo con nuestro capitán.

Rió maliciosamente al tiempo que pateaba a Erik, paseándose luego frente al prisionero. Neil espió desde la selva cuando los *vikings* partieron a la carrera en dirección a la ciudad.

—Capitán, vamos a hacernos a la mar —dijo entonces Olaf, blandiendo su hacha—. ¿Recuerdas cuando dijiste que lamentarías dejar sepultado aquí a tu segundo?

Erik guardó silencio y Olaf le dió otro puntapié.

—¿Lo recuerdas, capitán? Fué una broma y rieron todos. ¿Recuerdas? —gritó.

—Lo recuerdo —repuso Erik con los dientes apretados.

—Sigue siendo una broma —continuó Olaf, riendo ahora—. Sólo que ahora recae sobre ti. No es el segundo, sino el capitán el que será sepultado en tierra extranjera.

Erik lo miraba con fijeza.

—Ríe, capitán —ordenó el otro—. Es una broma.

El gigante continuó mirándolo.

—Ríe —aulló Olaf, y asestó a Erik un fuerte golpe en la mejilla.

—¡Desátame, escoria! —dijo Erik—. Entonces veremos quién ha de reír.

—¡Desátame!

Esta palabra se grabó en la mente de Neil como una marca de fuego. Rápidamente recogió una piedra grande que había en el suelo, salió de su escondite y la arrojó con toda su fuerza. La piedra describió un arco en el aire, pasando por encima del barco *viking* y yendo a caer en el agua del otro lado.

Olaf volvió la cabeza.

—¿Qué es eso? —gritó.

Neil recogió otra piedra y se dispuso a esperar.

—¿Quién anda ahí? —gritó Olaf, volviéndose hacia el mar.

—Un fantasma —dijo Erik en tono burlón—. ¿Le temes a los fantasmas, valeroso guerrero?

Olaf asió con más fuerza el hacha al tiempo que se encaminaba con gran cautela hacia el sitio donde se oyera el chapoteo.

No bien le hubo dado la espalda, Neil salió de la selva a toda prisa. Sin mirar hacia atrás, corrió silenciosamente por sobre la arena húmeda, tendiéndose boca abajo al borde del agua, y mirando recién entonces por sobre su hombro.

Erik lo había visto y ahora dibujábase una sonrisa en sus labios.

Entretanto, Olaf se hallaba del otro lado del barco, buscando una piedra en el Océano Atlántico.

Silenciosamente se introdujo el muchacho en el agua y nadó bajo la superficie un trecho de varios metros.

Al salir a tomar aliento, Olaf se hallaba de nuevo frente a Erik.

—Un pez —decía—. No era otra cosa que un pez, capitán. —Rió estentóreamente—. Pronto les servirás de alimento.

Neil afianzó los pies en la arena, echóse hacia atrás y arrojó la segunda piedra hacia la selva. La piedra dió sobre lo alto de un árbol y comenzó a caer produciendo un ruido semejante al de muchos pies que hollaran las malezas. Agitó las hojas, hizo crujir las ramas y fué a dar en tierra con un golpe sordo, Olaf se volvió rápidamente.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—Tu pez ha entrado en la selva —le dijo Erik.

—Silencio. —Olaf dió un paso hacia la espesura—. ¡Contestad! ¡Estoy armado!

No hubo respuesta alguna.

Cuando Olaf se alejó unos pasos hacia la selva, Neil volvió a sumergirse para nadar en dirección a Erik. Al llegar a la costa, afianzó los dedos en la arena y se deslizó por debajo del agua y junto a la sombra proyectada por la embarcación. Cuando levantó la cabeza vió a Erik delante de él y a Olaf, todavía de espaldas al agua, marchando en dirección a los árboles.

A toda prisa se arrastró hasta el capitán y, sin decir palabra, se puso a desatarle las muñecas. Al volverse Olaf, Neil agachó la cabeza.

—Mira, capitán —dijo el moreno *viking*—, estoy por degollar a un curioso.

—Un pez —le gritó Erik, mientras Neil reanudaba su trabajo de desatar los nudos—. Un pez alado que tiene su nido entre los árboles.

Al fin quedó suelta la cuerda y el gigante movió las manos mientras Neil volvía a introducirse en el agua.

Olaf regresó entonces y se paró frente a su capitán.

—Debe haber sido un pájaro —dijo.

—¿Y no lo degollaste, valeroso guerrero? —preguntó Erik.

—No bromees, capitán. En este momento mis hombres se están aprovisionando de agua. Los mayas han ido a buscar a Neil y a su amigo.

—¿Y luego?

—Luego tendré el placer de degollar a tres hombres.

Se hallaba muy cerca de Erik, y Neil, que los observaba, contuvo el aliento, lleno de inquietud.

—¿Degollarías a un hombre indefenso? —inquirió el capitán.

Rió Olaf al tiempo que levantaba la mano para abofetear al gigante; mas contuvo su risa y se quedó boquiabierto al bajar el brazo y sentir que una garra de hierro lo asía por la muñeca.

Erik se había puesto de pie y lo tenía aprisionado.

—¡Al él! —gritó Neil, al subir a la playa a la carrera.

Olaf levantó entonces su hacha y el capitán giró de pronto sobre sus talones, tirando del brazo de su rival. El conspirador dejó escapar un grito de sorpresa al volar por sobre el hombro de Erik e ir a dar de cara sobre la arena.

El gigante se arrojó encima sin perder un segundo, levantó su enorme puño y lo descargó con fuerza terrible sobre su cara. Olaf se debatió entre las piernas del rubio, consiguió rodar sobre sí mismo y tendió la mano hacia el hacha que había caído a poca distancia.

Erik volvió a descargar su puño a la manera de un martillo, pegando sobre el antebrazo de Olaf, quien retiró la mano al instante. El gigante asió entonces el hacha y, luego de arrojarla bastante lejos, incorporóse y obligó a Olaf a ponerse de pie.

Otro tremendo puñetazo dió en la cara del conspirador.

—No —chilló Olaf—. Era una broma. Sólo queríamos…

Pero Erik no estaba bromeando. Su rostro había palidecido y sus ojos azules despedían llamas, mientras que continuaba castigando a su segundo con terribles golpes de puño, obligándolo a retroceder hacia el agua.

Neil recordó la pelea con Dave y el cuchillo que había sacado Olaf en aquella ocasión. Al parecer, también lo recordó Olaf, pues lo desenfundó ahora con gran celeridad e intenciones homicidas.

Erik dió un salto al ver la hoja reluciente del cuchillo. Con toda deliberación tendió las manos hacia el amotinado, mientras que el acero describía un rápido semicírculo en el aire. Acto seguido apareció una larga línea roja en el brazo del gigante, pero éste no cambió en absoluto de expresión.

Volvió a tender las manos hacia su antagonista y esta vez logró asir la muñeca del otro, torciéndola hacia un costado.

Olaf lanzó un grito agudo al soltar el arma.

—Vamos, Olaf —dijo Erik con frialdad—. Vamos a nadar.

Asió a su rival para levantarlo por sobre su cabeza y arrojarlo al mar. Olaf cayó donde el agua era menos profunda. Logró ponerse de pie cuando Erik se adentraba en el agua chorreando sangre por la herida del brazo.

Se detuvieron un momento para estudiarse y de pronto saltó el gigante, salvando la distancia que los separaba. Neil aguzó la vista al quedar ambos cubiertos por el agua verdosa que ahora se tiñó de rojo.

Como dos grandes monstruos de las profundidades, los *vikings* se debatieron ferozmente dentro del agua. Olaf fué el primero en levantarse. Había logrado aprisionar a Erik por el cuello y le golpeaba ahora con fiereza.

La cabeza del gigante afloró de pronto y luego hubo una tremenda conmoción cuando agitó los hombros. Al descargarse su puño nuevamente, Olaf tambaleóse hacia atrás, llevándose las manos a la cara ensangrentada. De nuevo entró en funciones aquel puño de hierro.

Olaf devolvió el ataque, golpeando fuertemente la cara de su enemigo; pero una vez más lo alzó Erik en vilo para arrojarlo sobre el agua con violencia impresionante. El gigante aguardó mientras Olaf volvía a

incorporarse, y entonces entró de nuevo en acción, empujando a su segundo hacia aguas más profundas.

Olaf lanzó un grito al descubrir que ya no hacía pie y se puso a nadar, esforzándose por escapar de Erik cuando éste extendía ya los brazos hacia él. Los dedos del gigante se ciñeron ahora a la garganta de su rival. Se oyó a poco un grito ahogado entre las sombras y hubo luego un chapoteo cuando Erik metió la cabeza de Olaf bajo el agua.

Neil observaba la lucha desde lejos.

Se agitó el agua con violencia mientras los poderosos dedos del gigantesco capitán continuaban estrangulando a Olaf. Neil vió a éste debatirse desesperadamente por asomar la cabeza, mientras que Erik volvía a hundirlo.

Súbitamente cesó el movimiento.

Erik quedóse allí parado, con las manos bajo la superficie, apretando siempre con terrible fuerza. Al cabo de un momento aflojó los dedos y levantó los brazos, sin dejar de mirar el agua.

Ya no había ruido ni movimiento alguno. Imperaba de nuevo el silencio en la tierra y el mar.

Con gran lentitud regresó Erik a la playa, tambaleándose ligeramente. Al llegar se dejó caer sobre la arena mientras aspiraba a pleno pulmón.

—Está muerto —dijo a Neil—. He matado a Olaf.

El muchacho asintió en silencio.

Erik no había descansado más de cinco minutos, cuando regresaron los otros *vikings* con los odres llenos de agua. Al verlos llegar, el gigante se puso de pie, apoderóse del hacha de Olaf y se paró ante ellos con la imponencia de un rey.

—Olaf ha muerto —anunció con voz estentórea—. Lo maté yo con estas manos, y mataré a cualquier otro que desobedezca mis órdenes.

Se detuvieron los otros sin saber qué hacer.

—Devolved el agua a los pozos y las provisiones al depósito —ordenó Erik.

De nuevo vacilaron los guerreros, mirándose unos a otros. Luego partieron algunos hacia el barco a fin de descargar las provisiones, mientras que otros se encaminaban de regreso a la ciudad con los odres a cuestas.

—Ya no habrá más dificultades —manifestó Erik—. Partiremos después de la cosecha.

Neil volvió la cara hacia la ciudad.

—Escucha —dijo.

Muy a lo lejos, más allá de la selva, resonaban gritos apenas audibles.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Neil.

—Probablemente han descubierto el robo —opinó Erik—. Nos resultará difícil explicar esto, Neil.

Los gritos resonaron con más fuerza y un resplandor rojizo iluminó el cielo en el área próxima a Chichén-Itzá.

—No parece…

En ese momento salió de la selva un *viking* que tenía el rostro ensangrentado.

—¡Capitán! —gritaba el herido.

—¡Lars! —exclamó el gigante—. ¿Qué pasa? ¿Están castigan…?

—¡Los bárbaros! —jadeó Lars—. Están atacando la ciudad. ¡Llegan por centenares! Se han extendido por todas partes como hormigas.

El guerrero hizo una pausa para tomar aliento. Luego se agrandaron sus ojos y se pintó en ellos una expresión de terror al agregar:

—¡Están pasando a todos a degüello!

XIII

La máquina de guerra

ERIK blandió el hacha con singular maestría.

—Esta noche queríais sangre —gritó a sus marinos—. ¡Ya la tenéis! ¿Quién vendrá conmigo para demostrar nuestra gratitud a los mayas?

Un alarido impresionante partió de todas las gargantas mientras salían a relucir hachas y cuchillos.

—Un hacha para Neil —ordenó Erik.

Uno de los *vikings* adelantóse para alcanzarle un hacha filosa y pesada. El gigante la entregó a su vez a Neil, volviéndose luego a su tripulación con los ojos echando llamas.

—Se necesitan brazos fuertes y corazones valerosos —expresó—. El filo del cuchillo y el golpe del hacha.

Los *vikings* lanzaron otro grito resonante.

—Somos *vikings*, fuertes y valientes. —Los ojos del gigante contemplaron a los sañudos guerreros—. No más de una docena, ya que nuestros compañeros se encuentran en la ciudad… ¡Diez cabezas bárbaras para cada brazo *viking*!

Alzó de nuevo su pesada arma.

—¿Podremos hacerlo? —rugió.

—¡Sí! —gritaron todos a una.

—¡A la ciudad entonces, y que los dioses nos acompañen!

Corrieron velozmente por la selva, con Erik y Neil a la cabeza, aullando todos fieramente.

La ciudad era un caos; el fuego ardía en numerosos edificios y las llamas alzábanse hacia el cielo como dedos rojos y amarillos. Por todas partes se combatía, mientras las mujeres corrían por las calles lanzando gritos y llevándose a sus hijos al refugio más cercano. Un anciano huía despavorido con una banda de salvajes pisándole los talones.

Los bárbaros habían aprovechado al máximo el elemento de la sorpresa, atacando en medio de la noche, cuando dormían los pobladores. Sus rostros eran horribles máscaras de diversos colores, y todos ellos aullaban, reían y chillaban al tiempo que sacudían grandes matracas y batían tambores. El resultado fué el mismo que si una gigantesca bestia feroz se hubiera soltado en Chichén-Itzá.

Arrancados de su sueño por aquella barahúnda, los mayas huyeron en el mayor desorden y presas de tremendo pánico, mientras que los salvajes se esparcían por las calles y edificios como una bandada de insectos. Las antorchas que llevaban los bárbaros iluminaron los alrededores mientras la horda salvaje abríase paso por la urbe.

Neil observó los diversos detalles de la lucha, siguiendo con los ojos una refriega y luego otra. Aquí un grupo de salvajes arrancaba las vestiduras a una anciana para arrojarla al suelo y clavarla en él con sus lanzas. Allá tres soldados mayas caían en manos de una docena de enemigos, los que los degollaron, para clavar sus cabezas sobre sus lanzas y correr aullando por las calles con sus macabros trofeos.

Una joven maya gritó desesperadamente al apresarla uno de los invasores, cargarla sobre su hombro y alejarse con ella triunfalmente.

Del depósito arrojaron canastos llenos de alimentos, pisoteando luego los frutos y hortalizas, al tiempo que derramaban por doquier los recipientes llenos de miel.

Acercaban sus antorchas a todo lo que quedaba a su alcance, propagando el fuego de un edificio a otro.

Erik también estudiaba la escena. Aullando luego como un toro enfurecido, salió de la selva para arremeter contra el invasor. Los *vikings* lo seguían de cerca, gritando con tanta furia como él.

En el momento mismo en que Erik iniciaba su arremetida, se oyó desde el otro extremo de la ciudad un grito de batalla que Neil ya conocía. Era Baz, el guerrero y conspirador, que en el momento de peligro luchaba de nuevo por su patria. El fornido capitán avanzó con su espada en alto, encabezando a una banda de mayas que cargó contra el enemigo con furia extraordinaria.

Uno de los bárbaros arrancó un collar a una de las mujeres en el momento en que una sombra gigantesca se interponía en su camino. Sus ojos se desorbitaron a causa del terror cuando vió al barbudo gigante que le salía al paso. Volvióse para huir, pero el hacha fué demasiado veloz y, un segundo más tarde, rodaba su cabeza por el pavimento.

Erik continuó su ataque, empleando su hacha y su formidable puño. A su alrededor caían salvajes como espigas segadas por una hoz.

Neil abrióse paso a hachazos hasta donde se hallaba su amigo y juntos lucharon contra los invasores. Luego, presionados por el número superior de los bárbaros, los *vikings* tuvieron que retroceder hasta la pared de uno de los patios abiertos.

Desde el otro lado de la ciudad, cediendo terreno con lentitud ante el ímpetu de los numerosos invasores, llegaron Baz y sus hombres.

Al fin se unieron ambas fuerzas, formando un semicírculo contra la pared. Los bárbaros retrocedieron, y Baz fué a pararse junto a Neil y Erik. Tenía el peto abierto y veíase un largo tajo que le cruzaba el pecho.

—Estás herido —díjole Erik.

—Una cicatriz más —rió Baz—. Las colecciono.

Observó la herida que infligiera Olaf a Erik en el brazo y agregó:

—¿Y tu brazo?

El gigante rubio hizo eco a la risa del maya.

—También he comenzado a coleccionarlas —respondió.

—Prefiero coleccionar cabezas de salvajes —manifestó Baz, sin dejar de sonreír. A pesar de la tremenda cicatriz que le cruzaba la cara, en aquel momento pareció muy atractivo.

—Tendrás oportunidad de reunir muchas —intervino Neil—. Allí vienen.

Los salvajes avanzaron por el patio, agitando violentamente sus matracas. Neil oyó entonces el son de una trompeta, y de pronto llegó hasta ellos el enemigo.

Un guerrero pintado de rojo trató de asirlo por el cuello. Neil le asestó un puntapié en el abdomen y el otro se dobló en dos, recibiendo entonces un hachazo en la cabeza. A la izquierda del muchacho saltó otro salvaje que le aplicó un golpe de plano con la espada.

Neil retiró el brazo al sentir el dolor y dejó caer su hacha. El bárbaro echó atrás la espada, listo para cortarlo en dos; pero en ese momento intervino Baz, asiendo al atacante por el cuello para alzarlo por sobre su cabeza. De un violento envión lo desnucó contra la pared.

Neil recogió una espada del suelo y se puso a dar tajos a diestra y siniestra. A su derecha se hallaba Erik, maldiciendo en sueco mientras describía vertiginosos círculos con su hacha demoledora. Los bárbaros se retiraron para reagruparse y el grupo de defensores esperó entonces el ataque siguiente.

—Son demasiados —murmuró Neil.

A su alrededor yacían los mayas en confuso montón, mezclándose su sangre con la de los salvajes.

—Podemos contenerlos un poco más —opinó Erik.

—¡Allí vienen! —gritó Baz.

De nuevo sonó la trompeta y se oyeron las matracas. De nuevo avanzaron los rostros pintados y se alzaron las hachas relucientes para rechazar al enemigo.

El encuentro fué espantoso; volvieron a cruzarse las armas y resonaron los aullidos de los que caían para no levantarse.

Dos de los salvajes saltaron sobre la cabeza de Erik, quien se los sacudió de encima como si fueran insectos.

Lo atacaron de nuevo, y Erik derribó a uno con su hacha mientras Neil atravesaba al otro con su espada.

—¡Baz! —gritó de pronto el muchacho—. ¡Cuidado!

Uno de los invasores había saltado de la pared para caer sobre los hombros del aguerrido maya. Baz cayó pesadamente y el bárbaro se puso de pie con un cuchillo en la mano.

Neil adelantóse espada en alto, más no fué lo suficientemente veloz como para impedir que el cuchillo se hundiera en el pecho de Baz. El salvaje retiró su arma, apartó a Neil con la mano libre y volvió a hundir el cuchillo en el pecho de su víctima. Baz dió un sacudón convulsivo mientras Neil se esforzaba por recobrar el equilibrio. De nuevo levantó el salvaje su cuchillo y Neil reconoció entonces el arma como una de las pertenecientes a los *vikings*.

El bárbaro adelantóse con lentitud hacia él, mientras que Neil trataba de recoger su espada. De pronto estiró Baz las piernas, logró apresar al salvaje por la cintura y se volvió de pronto, derribándolo al suelo. Sus dedos se enroscaron en el cuello del individuo y comenzó a estrangularlo, pero un momento después se le agotaron las fuerzas y expiró sobre su enemigo.

El atacante levantóse de un salto; pero Neil ya había recobrado su espada y lanzó un tajo que alcanzó al otro en el pecho, abriéndoselo en canal. El salvaje desplomóse al lado de Baz y su cuchillo cayó estrepitosamente al suelo.

—Vienen más —gritó Erik—. Cuidado, Neil.

Avanzaba la marea humana, aplastando todo lo que encontraba a su paso. Neil siguió combatiendo al lado del *viking*, sintiéndose cada vez más fatigado por el peso de la espada. Los bárbaros los hostigaban constantemente, hiriendo y matando para retirarse de nuevo.

—No podremos resistirnos mucho más —dijo Neil en un momento de respiro.

Mirando de reojo alcanzó a ver otra escaramuza en el extremo opuesto del patio. Cuatro salvajes se apiñaban alrededor de un hombre que blandía una espada. El individuo derribó a uno, giró sobre sus talones y echó a correr hacia el grupo de defensores. De pronto debió detenerse para hacer frente a otros salvajes que le atacaban. Su espada entró en juego con gran celeridad y cayó uno más. Se unieron otros atacantes al grupo que combatía, pero el valeroso individuo mató a otro, saltó por sobre el cadáver y siguió corriendo hacia la pared. La luz de la luna le iluminó el rostro en ese momento.

—¡Dave! —gritó Neil—. Es Dave.

Erik saltó sobre la pila de cadáveres que les servía de barricada y Neil lo siguió de cerca. Cruzaron el patio a todo correr y se unieron a Dave que se defendía con denuedo.

Un momento más tarde se volvieron todos para retornar a la barricada con gran premura.

Neil vió entonces que eran muy pocos. No quedaban más que media docena de *vikings* y un puñado de mayas que habían arrastrado allí algunos bancos y mesas para parapetarse detrás de los cadáveres. Ahora se hallaban acurrucados allí, aguardando el siguiente ataque.

—Éste será el último —dijo el muchacho.

—Te he buscado por todas partes —manifestó Dave—. Esto de luchar solo no me convence. —Enjugóse en la camisa una mano ensangrentada—. Estos salvajes han invadido toda la ciudad.

Erik miró hacia el lugar donde los bárbaros estaban reuniendo sus fuerzas.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó Neil.

—Esperan —dijo Dave—. Esta vez no quieren correr riesgos. Están aguardando que se les unan los otros que andan por las calles. Entonces vendrá el último ataque.

—Sí; si tienen éxito, no habrá más resistencia —manifestó Erik—. La ciudad quedará en sus manos.

Miraron con nerviosidad hacia el otro lado del amplio patio. Numerosos salvajes llegaban allí desde las calles, uniéndose a sus compañeros y esperando que llegaran más. A poco empezaron a batir sus tambores y agitar las matracas.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Neil—. No sobreviviremos a otro ataque.

—Míralos. Debe haber centenares. ¿Qué esperan?

—Quizás un augurio del cielo…

Neil se interrumpió, quedándose boquiabierto. De pronto apretó con fuerza el hombro de Dave.

—¡La máquina del tiempo!

—¿Qué?

—¡El augurio del cielo! Les caeremos encima con la máquina.

—¿Qué? ¡Imposible, Neil! La máquina necesita reparaciones. Jamás podremos volver a casa si…

—Jamás volveremos si esos salvajes se apoderan de la ciudad.

—Pero ni siquiera sé si vuela. Una de las hélices está muy torci…

—Tenemos que intentarlo, Dave.

—Te digo que estás loco.

Al otro lado del patio resonaban los tambores con más fuerza que antes.

—Se están preparando —susurró el muchacho—. ¿Podrás contenerlos, Erik?

—¿Adónde vais vosotros?

—Tenemos un arma muy poderosa —dijo Neil.

—¡Ya atacan! —gritó un *viking*—. Atacan de nuevo.

Los bárbaros habíanse levantado y aullaban ferozmente. De pronto iniciaron el avance en masa, blandiendo sus armas.

Neil saltó sobre la barricada.

—¡Vamos, Dave!

Luego de salvar de un salto las defensas, Saunders echó a correr en su seguimiento cuando los salvajes renovaban el ataque.

Al mirar por sobre el hombro, Neil vió al gigantesco Erik que los rechazaba con saña feroz.

Después corrió tan velozmente como le fué posible hasta llegar a la selva. Ni siquiera se volvió para ver si Dave lo seguía.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó el muchacho.

—Tengo que calentar los motores —quejóse Dave.

—¿Falta mucho? ¡Date prisa!

Se hallaban en la cabina de mando de la nave, y muy a lo lejos, en Chichén-Itzá, resonaban los alaridos salvajes de los invasores.

La máquina sacudióse y rugieron los motores.

—Ya está —anunció Dave—. ¿Listo?

—¡Por amor de Dios, empieza…!

—Cálmate —gruñó Saunders.

Hizo girar una perilla en el tablero y la nave se elevó con lentitud, alejándose de la playa. Con gran paciencia y habilidad la guió Dave sobre los árboles y en dirección a la ciudad.

—No me gusta esto —protestó—. Está averiada y este viaje la empeorará.

Como en respuesta a sus palabras, la nave volvió a sacudirse.

—¿No puedes ir más rápido?

—Seguro… si quieres dar contra los árboles.

El fragor de la batalla sonaba añora más próximo, y Neil podía ver los edificios desde el ojo de buey.

—Por allá, Dave —gritó en tono ansioso—. Están allá.

Aguzó la vista cuando la nave comenzaba a descender.

Al fin vió a Erik que combatía con brío tremendo. Los salvajes arremetían contra él, siendo rechazados una y otra vez. El semicírculo habíase empequeñecido y los defensores luchaban espalda contra espalda. Los salvajes no se replegaban ya; al caer uno saltaba otro para ocupar su lugar.

Unos minutos más y la tremenda presión de la horda feroz aplastaría al puñado de valientes defensores.

—¡Más rápido! —gritó Neil.

La nave descendió con sorprendente rapidez, mientras el muchacho descendía por la escalera a la esfera inferior. Al llegar a ella, abrió la escotilla, gritando ferozmente:

—¡Aquí arriba! ¡Aquí arriba! ¡Vosotros, asesinos desalmados! ¡Mirad aquí!

Uno de los bárbaros vió la nave y sus ojos se agrandaron llenos de horror, mientras que partía de su garganta un alarido extraño. Sus compañeros levantaron la cabeza, aterrados ante aquella aparición.

Cayeron al suelo las armas y los atacantes comenzaron a dispersarse, mientras que el aparato descendía más y más.

—Hazla subir —pidió Neil—. Comienzan a dispersarse.

No le respondió su amigo, mientras que el muchacho veía abajo la cara de Erik vuelta hacia arriba con expresión de profundo asombro.

—¡Arriba, Dave, arriba!

Los salvajes se detuvieron, mirándolos. Desvanecíase ya el primer impacto de la sorpresa, y ahora, al ver de nuevo al muchacho rubio que luchara contra ellos en el suelo, recobraron parte de su valor. Neil gritaba desesperadamente, y los bárbaros adivinaron que aquella extraña arma no funcionaba como debía.

—¡Dave! Estamos bajando demasiado. ¡Sube un poco!

Neil espió por la escotilla. Los invasores habían recogido sus armas y ahora comenzaron a rugir como endemoniados al ver que la nave descendía hacia tierra con gran lentitud.

XIV

Sacrificio humano

LA nave fué bajando cada vez más. En tierra, los bárbaros levantaron sus armas, blandiéndolas con furia y amenazando al extraño objeto que descendía del cielo. Neil vió rostros salvajes y ojos iluminados con la luz del fanatismo.

Cada vez más abajo.

El muchacho habría podido tender la mano y tocar los brazos levantados de la horda salvaje. Rápidamente cerró la escotilla cuando uno de los bárbaros saltaba hacia él.

La máquina cerníase a un metro cincuenta del suelo, mientras los feroces guerreros saltaban a su alrededor, golpeando la esfera de plástico con sus espadas y sus puños. Neil miró a través del material transparente a la multitud de rostros sucios y gesticulantes.

Súbitamente comenzó a sacudirse la máquina. El muchacho se aferró a los costados de la escotilla, a punto casi de perder el equilibrio cuando un temblor violento se hizo sentir en toda la estructura. En el exterior cesaron los gritos mientras los bárbaros contemplaban la nave con renovado interés.

Se acrecentaron los sacudones y los bárbaros retrocedieron con cierto temor, mirando a la nave de manera recelosa.

Oyóse un ruido extraño y estruendoso. Un grito agudo partió de todas las gargantas cuando resonaron una serie de detonaciones procedentes del escape de aire. Fueron como disparos de cañón que se repitieron varias veces, ensordeciendo a todos con su fragor, mientras que del caño de escape caía una lluvia de chispas relucientes. Al instante cundió el pánico entre los bárbaros, los que arrojaron sus armas y alejáronse velozmente de la nave, tropezándose unos con otros, derribando a los menos fuertes y aullando como endemoniados mientras se esforzaban por huir de aquel monstruo aéreo que hacía temblar la tierra con sus rugidos y les lanzaba una lluvia de fuego.

Salieron del patio a todo correr, y tras ellos partió Erik con su hacha en alto. Acto seguido comenzaron a salir los mayas de las casas en que se habían refugiado. Los salvajes emprendían la retirada y el gigante rubio los iba siguiendo. Los mayas razonaron que no había ya motivos para temer a los atacantes. Aquellos fugitivos no podrían hacerles ya daño. Y así, renovado su coraje, participaron en la persecución, uniendo sus armas a la de Erik mientras perseguían a los que poco antes ensangrentaran las calles de la ciudad.

Neil los vió alejarse y sonrió al enjugarse la frente.

Dave hizo descender la máquina a tierra, bajando luego por la escalera de aluminio. Salieron juntos por la escotilla mientras que a la distancia resonaban todavía los alaridos de terror de los bárbaros fugitivos.

—Bien, ya terminó la fiesta —comentó Saunders.

—Así es —concordó Neil.

Pero preocupaba al muchacho la idea persistente de que algún día regresarían los bárbaros… y la próxima vez quizá no estaría allí la máquina del tiempo para salvar a la ciudad.

Repentinamente sintió una gran compasión por sus amigos mayas.

El alba llegó poco después. Los rayos del sol exploraron el cielo oscuro, alejando las sombras y el temor que predominara en Chichén Itzá durante toda la noche.

Empero, todavía quedaban las muestras y el recuerdo de las sangrientas refriegas. Allí estaban los heridos y los muertos. Había mujeres que cubrían sus rostros con hollín, enlutándose así por la pérdida de sus seres queridos. Los hombres fueron sepultados junto con sus posesiones: una lanza, una prenda favorita, una joya o un cuenco de comida. En algunos casos se mataron sus perros para enterrarlos con los amos.

Y toda la ciudad estuvo de luto.

Había mucho que hacer. Las calles estaban obstruidas por los cadáveres y manchadas de sangre. Las mujeres trabajaron afanosamente, lavando las piedras con energía, mientras que los hombres llevábanse los cadáveres de los bárbaros a un cementerio común situado a cierta distancia de la ciudad.

Muchos edificios estaban en llamas, y los mayas las combatieron persistentemente, acarreando grandes bateas llenas de agua y atacando el fuego con mantas y ramas.

Neil se encontró con Talu en medio de aquella actividad febril. El sacerdote andaba por toda la ciudad, dando instrucciones para el retiro de los muertos, la labor de apagar los incendios y el trabajo de lavar y limpiar todo.

—Fueron muy efectivos en su ataque —comentó el muchacho.

—Estamos agradecidos a los dioses —replicó Talu con voz solemne—. Podrían habernos destruido por completo.

Neil sonrió.

—Todavía estamos aquí —dijo.

—Debemos dar las gracias a los dioses —expresó Talu, y se alejó en seguida, agitando su blanco penacho a impulsos de la brisa.

Neil continuó su paseo por las calles en las que los mayas trabajaban sin descanso. Poco después vió a Erik sentado al pie de una de las grandes escalinatas. El *viking* tenía en la mano una de las matracas, a la que contemplaba con interés.

—¿Descansando? —inquirió Neil, consciente de la febril actividad que los rodeaba.

Sonrió el gigante.

—Sí —admitió—. Descansando.

—Te lo mereces.

Erik hizo girar la matraca entre sus dedos.

—Curioso objeto —comentó.

—No hay duda que surtieron su efecto durante el ataque.

—Sí. Una treta muy efectiva.

—Psicología —murmuró Neil, mientras se sentaba al lado de su amigo.

—¿Eh? —inquirió Erik.

—Psico…

El muchacho se interrumpió, recordando que el concepto era desconocido para el *viking*.

—No tiene importancia —agregó.

Erik agitó la matraca como para poner a prueba sus poderes.

—Tú obraste una magia más poderosa que la de ellos —comentó con suavidad. Hizo una pausa, fijando en Neil sus penetrantes ojos azules—. Puedes volar, amigo mío.

—Yo no. Es mi nave la que vuela y me lleva.

—Magia muy poderosa.

Neil preguntóse si debía hablar a su amigo sobre el viaje en el tiempo y acerca del siglo veinte y América… No, Erik no le entendería. Era mejor no comentar aquellas cosas.

—En mi tierra tenemos muchas naves como ésta —manifestó—. No son extrañas para nosotros.

El *viking* elevó los ojos al cielo.

—¡Poder volar! —murmuró.

—Tu gente volará algún día —le aseguró Neil.

Relucieron los ojos del gigante.

—¿De veras, Neil?

—Volarán… Te lo aseguro.

Las manos de Erik oprimieron con fuerza la matraca, la que se rompió en varios pedazos. Neil vió entonces que era una calabaza seca y hueca, llena de numerosos objetos pequeños que parecían ser guijarros. Éstos cayeron ahora sobre el piso de tierra al romperse su continente.

Erik tendió la mano para recoger uno y el muchacho lo miró con atención. Parecía haber sido amarillo, y aun quedaban algunos restos de este color, pero era ahora de una tonalidad pardusca.

—¡Parece un grano de maíz! —exclamó.

Erik siguió examinándolo.

—En efecto, es maíz —concordó.

—Deben llenar las matracas con maíz seco para producir el ruido —dijo el muchacho.

Erik frunció el ceño con expresión de perplejidad.

—Los mayas no tienen pan —expresó de pronto. Volviéndose hacia su amigo, agregó—: ¿Lo habías advertido, Neil? No tienen pan.

—Lo había advertido, ¿pero qué…?

—Y es seguro que tampoco tienen maíz.

Con toda premura se agachó el gigante para recoger los granos del suelo.

—Tenemos que encontrar otras matracas más, Neil. Serán de gran utilidad para nuestros amigos. Vamos.

El muchacho se puso de pie para seguirlo.

Hallaron catorce matracas y fueron luego a buscar a Talu. Erik llamó al sacerdote para mostrarle los granos.

—¿Qué son? —quiso saber Talu.

—Maíz.

—¿Y eso qué es?

—Lo sembraréis.

—¿Pero por qué? ¿Qué produce?

—Hazlo sembrar, y cuando llegue el momento de cosecharlo, te diré cómo se emplea.

Talu parecía estar muy ocupado y concordó sin dar mayor importancia a la información.

—Muy bien —dijo.

Tendió un brazo para detener a uno de los mayas que pasaba corriendo.

—Llama a varios hombres y sigue a nuestro amigo hasta las eras —ordenó—. Él os enseñará cómo se siembran estas semillas.

Sonrió luego a Neil.

—Excusadme, pero debo continuar —expresó—. Tengo mucho que hacer.

Alejóse luego calle abajo y a toda prisa. Erik partió entonces hacia las eras con los labradores mayas, y Neil, que no tenía nada que hacer, reanudó su paseo por la ciudad.

A la vuelta de una esquina se encontró con Rixal y sorprendióse al no ver con él a su hermana Tela. El joven maya mostrábase algo abatido.

—Hola —le saludó Neil—. ¿Qué novedades hay?

El otro hizo un saludo con la cabeza y continuó su camino.

—Estoy muy ocupado, Neil.

El muchacho se rascó la cabeza mientras lo miraba alejarse.

«¿Qué pasa?, se preguntó. ¿Por qué están todos tan ocupados? La ciudad está ya limpia y reina en ella él orden; sin embargo andan todos corriendo de un lado a otro».

Encogióse de hombros mientras sacudía la cabeza. Quizá no llegaría a entender nunca a los mayas. Siguió su paseo por la ciudad, observando con extrañeza la nerviosidad de que parecían ser presa todos los transeúntes. Era como si se estuviera preparando algo muy importante.

A poco se encontró junto a un gran pozo que había frente a uno de los templos, recordando que era lo que Rixal y Tela le describieran como «El cenote sagrado».

Volvió a su mente la forma cómo se lo habían descrito, hablando ambos a la vez, como era su costumbre.

—Éste es el cenote sagrado —habíale dicho Rixal, señalando el pozo—. Es muy grande.

—Tiene cuarenta y cinco metros de anchura —agregó Tela.

—Y es muy profundo.

—El nivel del agua está a veinte metros por debajo de la boca.

—Y suponemos que tiene otros veinte metros de profundidad.

Neil sonrió ahora al recordar a sus alegres mentores, observando luego que había varios mayas trabajando sobre los escalones del templo, junto a la boca del cenote.

Picada su curiosidad, acercóse a los trabajadores, quienes parecían estar construyendo una plataforma larga y angosta que se apoyaba sobre cuatro gruesos troncos. Los mayas examinaban los troncos para comprobar si estaban apoyados con firmeza sobre los escalones. Luego subió uno de ellos a la plataforma, sentóse en ella y asió los costados con ambas manos. Otros dos mayas fueron hacia el extremo opuesto y la inclinaron con lentitud de manera que formara una especie de deslizadora. El extremo inferior quedó entonces sobre la boca del cenote.

«¡Dios mío!, se dijo Neil.Si ese hombre no estuviera tan bien afirmado, caería al pozo. Tendrá que cuidarse mucho».

En ese momento, aparentemente convencidos de que el trabajo estaba bien, los mayas apoyaron de nuevo la plataforma sobre los troncos y el que estaba sentado en ella saltó a los escalones.

Después comenzaron a apilar paja y ramillas sobre las maderas, asegurándolas con largos trozos de lianas entrelazadas. Las ramillas cubrieron la paja, reteniéndola firmemente. Los mayas volvieron a inclinar la plataforma a fin de comprobar si el montón de paja y ramillas se deslizaría bien en dirección al pozo. La posaron suavemente sobre los troncos y ocupáronse luego de recoger las ramillas y pajas sobrantes que habían caído sobre los escalones.

Neil bostezó de pronto, dándose cuenta entonces de que había dormido muy poco la noche anterior. Decidido a descansar, alejóse del cenote sagrado para dirigirse a su cámara. Al llegar a ella, tendióse sobre el felpudo de paja que le servía de lecho y se quedó dormido instantáneamente.

Comenzaba a oscurecer cuando despertó. Luego de consultar su reloj, se restregó los ojos, mirando hacia la reducida ventana en cuyo recuadro veíase el cielo plomizo del anochecer.

Levantóse del lecho y marchó hacia la puerta para salir del edificio a la calle. Notó entonces que reinaba un silencio extraño en la ciudad. Muy sorprendido, miró hacia ambos lados de la calle desierta.

Se rascó la cabeza, frunciendo el ceño, mientras consultaba de nuevo su reloj con la idea de que se había equivocado con respecto a la hora. No era así; las manecillas indicaban las siete. Acercó el instrumento a la oreja,

creyendo que se habría detenido, pero la máquina funcionaba con ritmo normal.

¿Por qué, entonces, se hallaban desiertas las calles?

Quizá estaban jugando los nobles en el patio de los anillos.

«¿Pero de noche? ¿No sería que…?»

Interrumpió sus meditaciones el lento batir de un tambor que sonaba a la distancia. Muy a lo lejos, vió el resplandor de numerosas antorchas que avanzaban por las calles. Después llegó a su oído un cántico quejumbroso que le hizo dar un respingo.

Las antorchas se acercaron más y el muchacho vió los rostros solemnes de muchos mayas cuyas voces plañideras resonaron como los lamentos de un animal herido. Los observó pasar con gran lentitud, formando una ancha fila y con sus semblantes iluminados por la luz de las antorchas. A la cabeza de la procesión iba Talu que vestía una larga túnica blanca.

Paso a paso recorrían la ciudad a semejanza de una gigantesca serpiente, llevando el compás del lento batir del tambor.

Neil los miró con interés, mientras se preguntaba qué ceremonia sería aquélla. La procesión dió una vuelta completa por las calles y se detuvo frente a una de las chozas de paja que había en las afueras.

El muchacho descendió los escalones hacia la calzada y echó a correr en dirección al punto donde se había detenido la procesión. Sus ojos buscaron a Talu entre la multitud.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El rostro del anciano sacerdote parecía un papiro arrugado. Sus ojos reflejaban las luces de las antorchas.

—Vamos a dar las gracias a los dioses —dijo.

Neil asintió. Había aprendido a no inmiscuirse en los asuntos religiosos de los mayas. Su fe se diferenciaba mucho de la suya; pero sus amigos eran sinceros en sus creencias y él las aceptaba sin reparos.

Se sorprendió luego al ver a Tela que salía entonces de la choza. La joven vestía una larga prenda blanca y llevaba las manos cruzadas sobre el pecho. Sus ojos se fijaban en el suelo cuando Rixal la condujo al exterior. Dos de los componentes de la procesión bajaron al suelo una plataforma de madera cubierta de paja y ramillas, y otros dos levantaron a Tela para acostarla encima. Ella quedó tendida con las manos siempre sobre el pecho y los ojos cerrados.

Los cuatro mayas que participaban en aquella ceremonia se apoderaron entonces de los dos extremos de la plataforma para levantarla.

—¿Qué hace Tela? —preguntó Neil a Talu.

—Vamos a dar las gracias a los dioses —repitió el sacerdote.

—¿Pero por qué está Tela vestida de blanco? ¿Forma parte de la ceremonia?

El rostro de Talu no expresó la menor emoción.

—Los dioses exigen un sacrificio.

—¿Y qué tiene que ver eso con Te…?

La voz de Neil se ahogó en su garganta y recordó entonces a los mayas que viera aquella tarde en los escalones del templo. Habían inclinado una plataforma en dirección a la boca del pozo…, y la plataforma era la misma en la que estaba tendida Tela ahora.

¡Iban a arrojarla al cenote sagrado!

El muchacho tragó saliva con dificultad. ¡Veinte metros más abajo y veinte metros de profundidad!

—Talu —exclamó—. ¡Dímelo! —Asió el brazo del sacerdote—. ¿Van a sacrifi…?

El batir del tambor ahogó su voz.

En silencio, Talu elevó una mano y volvió a bajarla, y la procesión inició la marcha hacia el cenote sagrado.

Relucían las antorchas, iluminando los rostros solemnes de los fieles. Sobre la plataforma, cargada ahora sobre los hombros de cuatro mayas, reposaba Tela con los ojos cerrados y el semblante intensamente pálido.

Los mayas pasaron frente a Neil al compás de su tambor, mientras el muchacho los miraba horrorizado, viendo que se alejaban por la calle entonando un cántico fúnebre.

—¡Erik! —gritó Neil entonces.

Luego echó a correr a todo lo que daban sus piernas, transpirando profusamente a causa del horror que le embargaba.

XV

Sangre de un fruto

LAS botas de Neil resonaron sobre las piedras de la calle desierta. A lo lejos oíase el cántico fúnebre de los mayas y en lo alto brillaban las estrellas en el cielo como un polvo de plata salpicado sobre el negro terciopelo de la noche.

El muchacho corría velozmente, mientras su corazón latía con tremenda violencia. Tenía la boca seca y se le nublaban los ojos, mas no podría detenerse. Estaban por matar a una joven y era necesario continuar aquella carrera hasta caer agotado.

Subió a saltos los escalones de su alojamiento, irrumpió en la cámara que compartía con Erik y miró hacia todos lados.

—¡Erik!

Su voz resonó a hueco en la habitación desocupada.

—¡Erik! —volvió a llamar.

Giró sobre sus talones y volvió a salir a la calle, deteniéndose frente al edificio para mirar hacia un extremo y otro de la ciudad.

¿Dónde estaría Erik? Desesperado, volvió a llamarlo a voz en cuello, sin obtener respuesta tampoco esta vez.

Volvióse hacia la izquierda, echando de nuevo a correr, agitada la rubia cabellera, agotado casi el aliento.

—¡Erik! ¡Erik!

Solamente el eco le respondió.

Siguió corriendo por la larga calle, proyectando su sombra hacia adelante como un sabueso curioso que fuera explorando el camino.

La ciudad estaba desierta.

De pronto se detuvo, giró sobre sus talones y corrió en dirección contraria, deteniéndose esta vez frente a un templo para mirar en todas direcciones.

¿Dónde estaría su amigo?

—¡Erik! —gritó una y otra vez, despertando los ecos de la ciudad silenciosa.

¿Dónde habría ido el *viking*? *¿Dónde?*

¡Al barco! Erik debía estar en su barco.

Deteniéndose sólo el tiempo suficiente para orientarse, el muchacho partió de nuevo en veloz carrera, esta vez hacia la playa. Llegaba casi al borde de la selva cuando se le ocurrió otra idea.

¡El maíz! Erik podía hallarse en las eras.

Se detuvo entonces, obligado a tomar una decisión que podía costar la vida de Tela. La playa o las eras. ¿Dónde debía ir?

Tomó la decisión con rapidez, y echó a correr de nuevo hacia la ciudad, pasando frente a los templos y palacios, al patio de juegos y al templo de los jaguares. Siguió velozmente por los pozos de agua, dejando atrás las chozas de paja y barro que rodeaban la población.

El constante sonar de sus pasos cesó de pronto al pisar la tierra. Tenía los pulmones a punto de estallar y se le aflojaban las rodillas. No obstante, siguió corriendo con la celeridad del viento, pues de ello dependía la vida de una joven.

Al fin avistó las eras que se extendían como negros manchones bajo la luz de la luna. Se detuvo al borde de la más próxima a fin de escudriñar todo el terreno. Le faltaba el aliento cuando sus ojos se pasearon de una era a otra.

A bastante distancia avistó una figura gigantesca que estudiaba la tierra. La luz de la luna iluminaba su abundosa barba rubia y su nariz preponderante.

¡Era Erik!

Neil partió a través del campo, saltando sobre los surcos a la manera de un gamo. De su garganta salió el nombre de su amigo, y el *viking* levantó la vista con curiosidad.

Neil cubrió rápidamente la distancia que los separaba, deteniéndose al fin frente al gigante rubio.

—Erik —jadeó—. Aprisa. Tela. Sacrificio. Vamos, vamos.

Sonrió el *viking*, mientras le desordenaba el cabello.

—Poco a poco, amigo mío. Y no tan rápido.

El muchacho lo asió de un brazo, sacudiéndoselo.

—¡Por favor! Tenemos que detenerlos.

—¿Detener a quién? ¿Qué sucede?

—Están por efectuar un sacrificio. Vamos en seguida.

Sonrió Erik y un temor horrible sacudió al muchacho al hablar el *viking*.

—¿Qué tiene de malo un sacrificio?

Neil quedóse boquiabierto.

—¿Qué… qué tiene de malo? —Neil tiró del brazo de su amigo, dispuesto a llevarlo a rastras si era posible—. No bromees, Erik, no bromees.

—Te alteras por nada. En mi patria sacrificamos animales con frecuencia. No hay nada de malo…

—No se trata de un animal —gritó el muchacho, lleno de desesperación —. Se trata de Tela. Van a arrojarla al pozo.

Erik enarcó las cejas.

—¿Qué?

—Tela, Tela. Vamos, Erik. Date prisa.

El *viking* partió al instante en dirección a la ciudad con Neil pegado a los talones. El gigantesco *viking* tenía piernas muy largas; pero el muchacho mantúvose a su lado durante todo el trayecto, no dijeron una sola palabra mientras atravesaban las calles desiertas y silenciosas.

De pronto Erik se detuvo.

—¿Dónde es?

—Por allá —indicó Neil.

Tomaron entonces por la calle que se extendía hacia el cenote sagrado.

Los mayas estaban orando de rodillas, mientras que Talu les hablaba con suavidad desde los escalones del templo. Neil y Erik se detuvieron sin aliento, paralizados momentáneamente por la solemne escena que se presentaba ante su vista.

La plataforma descansaba de nuevo sobre los troncos y Tela se hallaba tendida encima, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados. A pocos centímetros se abría la ancha boca oscura del cenote.

—… para que conozcas nuestro agradecimiento —decía Talu—, y para que impidas que nuestros enemigos vuelvan a atacar. ¡Oh, dioses…!

—Llegamos a tiempo —murmuró Neil.

—… os ofrecemos este sacrificio. No es nada y nada vale ante vuestros ojos, pero os lo ofrecemos con sinceridad y…

La voz de Erik interrumpió entonces la plegaria.

—¡Deteneos! —aulló.

Corriendo por entre la multitud de fieles, él y Neil saltaron a los escalones del templo.

Talu los miró con expresión interrogante.

—Interrumpís la ceremonia —dijo, algo intrigado—. ¿A qué se debe esto?

—Está muy mal lo que hacéis —manifestó el *viking*.

Talu enarcó las cejas.

—¿Qué es lo que está mal, amigo mío?

—Esa joven. No debéis sacrificarla a vuestros dioses.

—¿Por qué no? —dijo Talu con un dejo de irritación en la voz.

Los mayas que rodeaban el cenote comenzaron a levantar las cabezas para mirar a los extranjeros.

—Los dioses no ven con buenos ojos el asesinato.

—Esto no es un asesinato. Los dioses exigen un sacrificio de sangre y sangre vamos a darles.

—Pero mataréis a la joven.

—No morirá, de modo que no la mataremos.

—¿Y cómo ofrendaréis la sangre?

Talu mostróse ligeramente enfadado.

—La sangre es cálida. La joven cae viva en el cenote sagrado. No muere.

—Pero hay veinte metros desde la boca hasta el nivel del agua —intervino Neil—. Y el agua tiene otro tanto de profundidad. No podréis esperar que sobreviva.

Talu apretó los dientes.

—No morirá —expresó—. Los dioses esperan.

—Que esperen —gruñó Erik, y un murmullo de ira cundió por entre las figuras arrodilladas.

El sacerdote lo miró con fijeza.

—Amigo mío, esto no te incumbe.

—Quiero saber más —pidió Erik.

—No hay tiempo.

—Tu memoria es muy débil —terció Neil—. Recuerdo una serpiente a punto de atacar y…

Talu exhaló un suspiro de resignación:

—No hay necesidad de explicar nada —manifestó—. Lo que debe ser…

Interrumpióse y se encogió de hombros, recordando al parecer la deuda que tenía con el *viking*.

—Tela será sacrificada al cenote sagrado —comenzó.

—Quieres decir que la arrojarán al pozo para que muera —le interrumpió Neil.

—Caerá en el pozo, pero no para morir.

—¿Volverá? —inquirió Erik.

—No, pero vivirá. Cuando las aguas hayan dejado de agitarse, incendiaremos la plataforma del sacrificio. Entonces se elevará otra plegaria, una para los dioses y otra en recuerdo de Tela.

—¿E insistes en que ella vivirá?

—Sí. —Talu volvióse de nuevo hacia sus fieles—. Oraremos para dar las gracias a los dioses.

Comenzó a entonar el cántico de ritual, mientras que los mayas volvían a inclinar las cabezas. El pozo mostrábase más amenazador que nunca, y cerca de la plataforma se hallaba parado un servidor con una antorcha.

Erik llevóse a Neil a un costado para susurrarle algo al oído. Asintió el muchacho de inmediato.

—¡Aprisa! —le gritó el *viking*.

Neil partió a la carrera mientras Talu continuaba elevando sus plegarias. El muchacho se perdió a poco entre las sombras de la ciudad.

Cuando volvió fué para ver una turba enfurecida que aullaba al pie del templo. Erik retenía a Talu con un brazo mientras alzaba el hacha con la diestra.

—Tocad a la joven y vuestro sacerdote caerá al pozo con ella —gritaba el gigante.

Neil subió los escalones con gran dificultad a causa de la carga que llevaba.

—Aquí las tengo, Erik —gritó.

Así diciendo, dejó caer la carga a los pies del *viking*. Erik continuó reteniendo al sacerdote mientras tendía otra mano hacia el canasto que le entregará el muchacho. Estaba lleno de tomates maduros, ciruelas rojas, y flores de diversos tonos de rojo y granate. Había también judías de color carmesí, raíces del mismo matiz y gran variedad de hojas color de sangre.

—Querías sangre —gritó Erik con voz potente—. Aquí la tenéis. ¡Miradla! Rojas como la sangre y producidas por vuestras propias manos con la aprobación de los dioses. Ésta es la sangre que os piden. Ofrendadla.

Talu se esforzaba por liberarse.

—Los dioses rechazarán la ofrenda —protestó—. Sería un sacrificio falso.

Abajo se renovaron los murmullos amenazadores de la multitud.

—Ofrendadla y veréis —rugió el *viking*—. Vuestros dioses no desean sacrificios humanos, sino solamente los frutos de vuestra tierra. Esto es todo lo que exigen de sus nietos.

—¡No! —gritaron todos.

De pronto adelantóse Neil para elevar su voz, ahogando la de los mayas.

—¡Sí, sí! Esto es lo único que exigen vuestros dioses. Arrojad la ofrenda al cenote sagrado. Permitid que Talu ofrezca este canasto. Si lo aprueban los dioses, la plataforma del sacrificio estallará en llamas. Así os darán los dioses un augurio.

—¡No! —le contestaron.

—Probadlo —rugió Neil.

Rápidamente levantó a Tela de la plataforma, colocándola a su espalda, mientras que hacía señal a Erik de que soltara al sacerdote.

El *viking* dejó libre a Talu, quien adelantóse para levantar el canasto lleno de frutos, flores y hojas rojizas. Un silencio sepulcral reinó entonces entre los fieles allí reunidos.

—No debiste haberles hecho tal promesa —susurró Erik—. La plataforma no puede…

Lentamente levantó Talu el canasto y contempló su contenido, sacudiendo la cabeza con gran pesar.

Al mismo tiempo introdujo Neil la mano en el bolsillo para sacar el encendedor que Dave le confiara.

El sacerdote descendió los escalones con el canasto en las manos, mientras que la multitud lo observaba en silencio.

Neil acercóse más a la pila de hojas y ramillas amontonada sobre la plataforma, colocándose detrás, de manera que nadie viese la chispa del encendedor. Tenía que producirse un estallido de llamas no bien arrojara Talu el canasto al interior del pozo…, y así se salvaría Talu.

Aguardó con impaciencia.

Con la cabeza en alto y la ofrenda en las manos, Talu continuaba bajando por los escalones. Se detuvo a poco frente a la boca abierta del pozo y los ojos de todos se apartaron de él para fijarse en la plataforma.

Neil sintió que le transpiraban las manos mientras sostenía con fuerza el encendedor, listo para hacerlo funcionar. Talu puso el canasto a sus pies y se llevó una mano a la frente, como pidiendo excusas por el pecado que estaba por cometer. Los fieles siguieron su ejemplo, siempre silenciosos y expectantes.

El sacerdote se inclinó entonces, levantó el canasto y arrojó su contenido al cenote, vertiendo así los frutos, raíces, hojas y flores como si fueran una corriente sangrienta.

Llegó el momento, se dijo Neil. Acto seguido oprimió la palanquita del encendedor. Su dedo, humedecido por el sudor, resbaló sin lograr su objeto.

El muchacho pasóse la lengua por los labios, levantó de nuevo el pulgar y volvió a oprimir la palanquita, logrando hacer funcionar el aparato. Quedó la mecha al descubierto y hubo una chispa…, pero no se encendió la llama esperada.

Desesperado, Neil retiró el pulgar, dejando cubrir de nuevo la mecha. Volvió a oprimir la palanquita. Oyó el chasquido seco de la rueda al rascar la piedra y vió la chispa.

Miró hacia la mecha que no se había encendido.

Todos los ojos estaban fijos en la plataforma. Talu, con el canasto vacío en la mano, habíase vuelto hacia el templo con una leve sonrisa triunfante en los labios.

Lleno de desesperación, Neil inspiró profundamente y volvió a oprimir la palanquita.

XVI

La deidad inexistente

CONTUVO el aliento al oír el rascar de la rueda contra la piedra y quedar de nuevo la mecha al descubierto. Volvió a repetirse la chispa, mas no hubo llama.

Relampagueaban los ojos de Talu, quien había cruzado los brazos sobre el pecho.

—¿Dónde está el augurio? —gritó, y los mayas le hicieron eco con sus protestas airadas.

Junto a Neil, Tela comenzó a temblar violentamente.

—Hablales —dijo Neil a Erik—. Retenlos un poco más.

—¿Pero qué intentas…?

—¡Hablales! —repitió el muchacho con fiereza.

—¿Dónde está el augurio? —volvió a preguntar Talu desde el último escalón.

—Ya aparecerá —repuso Erik con muy poco entusiasmo.

Neil cubrió el encendedor con la palma de la mano y volvió a probar el mecanismo. Reteniendo la palanquita, examinó la mecha, viendo que era demasiado corta y no sobresalía sobre el círculo de metal que la rodeaba.

Talu volvióse hacia sus fieles.

—Los dioses no están satisfechos con el falso sacrificio —anunció.

A esto respondieron los mayas con un rugido aprobatorio.

—Los dioses piden la chica —gritó uno.

—Ofrendad la joven —gritaron otros.

Erik miró al muchacho. Éste se hallaba ocupado, tratando de levantar la mecha con sus uñas.

—Los dioses están deliberando —expresó el *viking*—. Pronto darán su señal.

—No habrá ningún augurio —gritaron los fieles—. Están descontentos.

—Están estudiando vuestra ofrenda —manifestó Erik, tocando su hacha con dedos nerviosos—. Sed pacientes.

Neil tiraba de la mecha con gran afán. Logró aprisionar una hilacha con las uñas y dió un tirón, levantándola un poco.

—Aprisa, Neil —pidió el *viking*.

Abajo, los mayas avanzaban ya hacia los escalones del templo.

—No hay tal augurio —dijo Talu—. Os pido que os retiréis del templo. Se hará el sacrificio.

Erik sacó su hacha.

—Que nadie suba aquí —ordenó—. Esperaremos la señal de los dioses.

Neil seguía tirando de la mecha, la que logró sacar un poco más. Exhalando un profundo suspiro, soltó la palanquita.

—Abusáis de nuestra hospitalidad —expresó el sacerdote en tono amenazador—. No hay…

«Ahora, si hubiera suficiente combustible…, y si no fallara la piedra…».

Neil oprimió la palanquita. Oyóse un ruido seco y hubo una chispa.

¡Luego saltó la llamita!

El fuego comunicóse a la paja, pareció consumirse y estalló luego al correr por las ramillas resecas.

Neil metió la mano en el bolsillo para ocultar el encendedor, mientras que las llamas se elevaban hacia el cielo en un estallido violento.

Una exclamación de estupor partió de todas las gargantas cuando los mayas vieron consumirse la plataforma en medio de las llamas rojas. Talu retrocedió varios pasos, con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Ahí tenéis vuestro augurio! —gritó Erik—. Los dioses han hablado.

Los mayas cayeron de rodillas al incendiarse toda la plataforma para convertirse en una antorcha gigantesca que iluminó el templo y el pozo.

Talu también se arrodilló, llevándose la mano a la frente.

—Los dioses han hablado —anunció con voz solemne.

Erik abrazó a su amigo.

—Y jamás sabré cómo lo hiciste —murmuró con gran suavidad.

Después, cuando los mayas hubieron apilado grandes cantidades de flores y frutos sobre los escalones del templo para ofrendarlos al pozo, Talu se aproximó al *viking*.

Notábase una nueva luz en sus ojos y había gran suavidad en su ademán cuando tomó entre las suyas la mano de Erik.

—Amigo mío —dijo—, esta noche nos has enseñado mucho.

—Es malo matar —expresó el *viking*—, a menos que sea a vuestros enemigos.

—Perdónanos nuestra ignorancia —pidió el sacerdote—. Creímos que los dioses…

—Los dioses son justos. No desean que sus nietos se maten entre sí para satisfacer sus caprichos. Se contentan con que les ofrezcáis los frutos.

—Oraré para que jamás se vuelvan a repetir los sacrificios humanos —prometió Talu.

—Será mejor así.

Poco a poco se aproximaba el momento de la cosecha. Las eras pintábanse de verdad, y Erik dirigía orgullosamente el cuidado de las plantas de maíz. Mientras tanto, Neil se interesaba cada vez más por el trabajo que efectuaba Dave en la máquina del tiempo. El ingeniero era un trabajador infatigable y levantábase siempre mucho antes que el muchacho. Luego de un frugal desayuno, partía hacia donde se hallaba la nave, ahora en el centro de la ciudad, frente a un templo.

Luego del desayuno, Neil solía ir en busca de su amigo y por lo general lo hallaba en lo más profundo de la nave, ajustando cables y tornillos, con la cara y las manos llenas de grasa.

Varias semanas después del sacrificio de los frutos en el pozo, mientras estaba observándole trabajar, comentó a su amigo:

—No hay duda que le dedicas todos tus esfuerzos.

—Neil, no estoy seguro que este aparato nos llevará de regreso —expresó Dave con seriedad—. Me gusta Yucatán, pero prefiero volver a mi tiempo y mi patria.

Neil concordaba con esto, y desde aquel momento se tomó un interés más activo en los trabajos de reparación. Su estada en el lugar había sido interesante y le proporcionó aventuras; pero pertenecía al presente, y aquel sitio no sería nunca su verdadero hogar. Más bien debía considerar el viaje como una especie de vacaciones prolongadas en el pasado. Jamás cesaría de maravillarse ante la pujanza de los mayas. Representaban éstos a una raza en extremo interesante, y mucho tendría que contar a su padre a su regreso.

Un día recordó de pronto a Kukulcán, y de nuevo preguntó a Talu acerca de la Serpiente Emplumada.

—¿Hay un dios que se llama así? —dijo Talu.

—No…, no sé —balbuceó el muchacho, incapaz de explicar cómo lo sabía—. Creí que tú lo sabrías.

—¿La Serpiente Emplumada? —murmuró el sacerdote.

—Sí. ¿Lo conoces?

—Kukulcán —murmuró Talu, agregando luego—: No, no conozco a ningún dios de ese nombre. ¿Por qué lo preguntas?

—Oí decir que había uno llamado así.

—Tenemos muchos dioses y los servimos bien a todos, pero no hay ninguno que se llame Kukulcán. No hay tal Serpiente Emplumada, amigo mío.

Fué entonces cuando el muchacho se hizo cargo de la inutilidad de su viaje. No existía Kukulcán. Todo el trabajo de su padre, todos los años que empleara en la creación del cristal «temporium» y en la construcción de la máquina del tiempo resultaban vanos.

Aparentemente, no existía la Serpiente Emplumada. Algún historiador habíase equivocado y la información era falsa. No satisfecho con esto, Neil se puso a constatarlo por sí mismo, estudiando las fachadas esculpidas de los templos y los bajorrelieves de las columnas, buscando en vano una figura que se asemejara a una serpiente emplumada.

No la halló. Nada había. El viaje en el tiempo resultaba inútil y todos los riesgos corridos no tuvieron justificativo alguno.

Arthur Blake y el doctor Manning habían sacrificado sus vidas en busca de algo inexistente.

Neil consolóse de su desengaño dedicándose a ayudar a Dave. Hora tras hora trabajaron sin descanso, reparando el motor averiado y ocupándose luego del mecanismo de conducción.

—No deberíamos haberla usado aquella noche —protestó Dave en cierta oportunidad.

—Fué necesario —repuso Neil.

Varias veces habían discutido el punto.

—No siempre conviene satisfacer las necesidades inmediatas. Por causa de aquel vuelo corremos el riesgo de no poder volver.

—Si no la hubiéramos usado aquella noche, ahora estaríamos muertos —manifestó Neil.

Mientras tanto, Erik preparaba su barco para el largo viaje en perspectiva. Muchos de sus hombres habían caído durante el ataque de los bárbaros, y no quedaba de su tripulación más que la mitad. No obstante, mostrábase muy entusiasmado cuando hablaba con Neil del regreso al hogar.

—La cosecha será buena y tendremos provisiones de sobra para el viaje. Mis hombres podrán maniobrar el barco, a pesar de que somos muy pocos…, y pronto estaremos de regreso en la patria.

XVII

El regreso

LA profecía de Erik acerca de la cosecha resultó acertada. Los mayas, que se levantaban con el sol, trabajaban en los campos hasta la caída de la noche, recogiendo frutos, hortalizas y legumbres. Todo el día se veían largas hileras de hombres sudorosos que entraban en la ciudad con canastos llenos de alimentos.

Las mujeres hacíanse cargo de los canastos para reordenar su contenido y llevar todo al depósito.

También partían los cazadores todas las mañanas, regresando por la noche con numerosas presas de toda índole.

Mientras tanto, Erik y sus *vikings* preparaban la embarcación, martillando maderos, arreglando cuerdas, ajustando la vela y reforzando lo que era necesario poner en condiciones.

Y Dave, que se contagió con la fiebre de los preparativos redobló sus esfuerzos en la máquina del tiempo.

Por ser el que tenía menos que hacer, Neil sintióse ahora más nervioso que nunca.

Un día se le acercó Talu para decirle:

—Hemos recogido el maíz. ¿Vais a enseñarnos tú y Erik lo que debemos hacer?

Juntos marcharon a la playa, donde el barco *viking* comenzaba a parecer ahora completamente nuevo, con sus planchas limpias y pintadas y sus escudos muy bruñidos.

Erik tenía gran interés en explicar cómo se aprovechaba el maíz, y juntos encamináronse hacia la ciudad, donde se había acumulado gran cantidad de grano. Luego de examinar un puñado, sonrió el *viking* mientras comentaba:

—Es muy bueno.

—¿Pero cómo lo comemos? —quiso saber Talu.

—Primero debéis quitarle la cáscara y ponerlo luego en remojo durante una noche.

—¿En agua?

—Sí.

—¿Y luego?

—En la mañana haz que tus mujeres le saquen el agua.

—¿Y después podemos comerlo?

—No comprendes —dijo Erik—. Esto no es algo que se come como un tomate o una judía.

—¿Cómo entonces? —quiso saber Talu.

—Se come *con* tomates o con carne u otros alimentos. Es muy nutritivo y resolverá muchos de vuestros problemas alimenticios.

—¿Cómo se prepara?

—Hay que buscar una piedra lisa, preferiblemente una con una superficie algo cóncava. Se colocan los granos de maíz en el hueco y, con otra piedra o un trozo de madera dura redondeada, se lo apisona hasta convertirlo en una pasta fina.

—Todavía no entiendo.

—Tus mujeres harán con esta pasta unas tortas delgadas, amasándola con un poco de agua. Después se deben poner en cualquier cazo de barro y cocerlas al fuego lento.

—¿Y el gusto?

—No es muy sabroso, pero podéis agregarle un poco de pimiento molido. Además, las tortas de maíz se comen acompañando a cualquier otro alimento. Ya verás cómo dará mayor valor a vuestras comidas.

El sacerdote asintió con satisfacción.

—Lo probaremos. Si es como dices, volveremos a plantarlo. Necesitamos todos los alimentos que nos es posible obtener.

—Os resultará muy útil —manifestó Erik—. Ya verás.

El día siguiente, los mayas comenzaron a acarrear provisiones al barco de los *vikings*. Presentáronse en la playa para entregar gran cantidad de canastos cargados a los guerreros de allende el mar. Iban en ellos patatas, judías, peras, ciruelas, tomates, papayas, pimientos y calabazas, así como recipientes llenos de miel, y grandes trozos de carne ahumada.

Junto con todo ello llevó Talu algo que dió a Erik para que probara. Tratábase de una torta chata, de color blanco, muy semejante a un *panqueque*[4].

El capitán le dió un mordisco para tomarle el gusto.

—Excelente —aprobó.

—Es la torta que preparamos con el maíz. Como dices, es excelente. Mi gente te lo agradece.

—¿Y podemos llevarnos algunas para el viaje? —inquirió el *viking*.

Sonrió Talu.

—Ya están llenando con ellas varios canastos. Tendrás de sobra, amigo mío.

Después llegaron numerosos odres llenos de agua, que fueron cargando en la embarcación para asegurarlos a proa y a popa, junto con los alimentos.

—¿Hay suficiente? —preguntó Talu al fin.

—Más que suficiente —repuso Erik con una amplia sonrisa—. Tu gente es muy buena, Talu. Desearía poder pagaros el favor que nos hacéis.

—Ya nos has pagado.

Neil observó en silencio mientras se terminaba la carga. Los *vikings* subían a bordo, y los mayas les entregaron ahora numerosos regalos, consistentes en piezas de alfarería, joyas, lujosos ornamentos de oro martillado, piedras preciosas, mantos bordados, gorros de plumas, armas y algunas estatuillas talladas en piedra.

Erik los aceptó con solemnidad… Ya se hallaba listo para subir a su nave y partir hacia su lejana patria.

Lentamente se llevó las manos al casco que cubría su cabeza. Lo levantó con lentitud para retenerlo contra su pecho. Los rayos del sol reflejáronse sobre el bruñido metal y las alas a cada lado del casco parecieron a punto de llevárselo volando.

—He aceptado tus numerosos regalos —dijo a Talu—, y te los agradezco sinceramente. Ahora quisiera que aceptaras uno mío, el mismo que rechazaste cuando nos conocimos.

Así diciendo, tendió al sacerdote su casco alado.

—Toma esto, amigo mío. Cuídalo bien. Que sirva para recordarte los sacrificios que son realmente agradables para tus dioses.

Los ojos de Talu contemplaron el rostro bondadoso y la gigantesca figura del *viking*.

—Nos recordará muchas cosas, amigo mío —contestó, estrechando las manos de Erik—. Que los dioses te acompañen en tu largo viaje.

—Gracias.

Erik miró ahora a Neil y encaminóse hacia él para darle la mano.

—Neil —dijo.

El muchacho se mordió los labios. *No debía llorar*, aunque iba a echar mucho de menos al fiero guerrero.

—Fué un viento afortunado el que nos hizo encontrar —manifestó el capitán—. Ha sido un placer conocerte.

—Para mí también —balbució el muchacho.

El *viking* pareció tener de pronto una inspiración.

—¿No te gustaría viajar con nosotros y visitar mi patria? Podrías permanecer un tiempo conmigo.

Neil no supo qué contestar.

—Sólo unos meses —le urgió Erik—. Después podrás regresar a tu tierra.

¡Ah, si fuera tan simple!, pensó el mozo.

—No, Erik —respondió al fin—. Mis padres me esperan y yo también estoy ansioso por volver al bogar.

El gigante exhaló un suspiro.

—Entonces, quizá nos volvamos a ver alguna otra vez. —Apretó con fuerza la mano de Neil—. Siempre tendrás en mí un amigo.

Así diciendo, posó una mano en su hacha y giró sobre sus talones.

—Preparaos para partir —ordenó con voz tonante.

De nuevo se volvió hacia Neil, tomándolo por los hombros con sus manos enormes.

—¿Estás seguro?

—Me gustaría mucho, pero…

—Está bien. —Sonrió el guerrero—. Cada hombre tiene sus deberes que cumplir. Que llegues sano y salvo a tu hogar, amigo mío.

—Buena suerte, Erik.

Volvióse el *viking* para subir a bordo de su barco. Varios marineros, parados en la playa, apoyaron sus hombros contra la proa, empujando la embarcación hasta que la misma quedó flotando. Subieron luego cuando los remos se alzaban para apartar la nave de la playa.

Lentamente fué alejándose el barco. Los marinos y los mayas cambiaron saludos a gritos. Erik se hallaba parado en la popa, con la cabeza bañada por la luz del sol y la rubia barba agitada por la brisa del océano. Era la suya una figura imponente y muy representativa de su raza indomable.

Al alejarse el navío saludó una vez más a Neil con un cariñoso ademán.

Después se hinchó la vela y la embarcación fué alejándose cada vez con más rapidez hasta perderse al fin en la inmensidad azul del mar.

Neil quedóse contemplando el horizonte mucho después que el navío hubo desaparecido por completo.

El muchacho sintióse muy solitario con la partida de Erik y sus *vikings*. Diariamente se paseaba por la ciudad, observando a los mayas en sus tareas cotidianas. Sabía que Dave estaba muy ocupado con la reparación de la máquina y no deseaba molestarlo.

La idea del regreso habíase convertido en una obsesión, que le acuciaba constantemente, pues a cada momento se presentaba a su mente la posibilidad de que quizá no llegara nunca al hogar. Al pensar en esto, y deseoso de ver cómo marchaba el trabajo, el muchacho encaminóse hacia el lugar en que se hallaba la nave.

El aparato tenía ahora mucho mejor aspecto. Las hélices estaban reparadas y podrían elevar la nave. Saunders había cubierto con piel de gamo la sección de la esfera inferior que se rompiera durante el accidente, y la cabina de mando estaba nuevamente en orden.

Empero, el ingeniero no se mostraba muy animoso.

—¿Qué pasa? —preguntó Neil—. ¿Algo que no se puede arreglar?

—Eso es lo malo —fué la respuesta—. He arreglado todo lo que se puede arreglar. La máquina debería estar lista para partir en cualquier momento.

—Bueno, me parece…

—Dije que *debería* estar lista.

—No comprendo. Dijiste que arreglaste todo lo que se podía arreglar.

—Así es, pero aun falta algo.

—¿Falta algo? —repitió Neil.

—Escucha, no sé hasta qué punto comprendes el funcionamiento del aparato.

—No lo entiendo mucho.

—Pues bien, trataré de explicártelo brevemente. Cuando tu padre descubrió el cristal «temporium», también descubrió que tenía cualidades algo raras. A fin de explicar estas cualidades, diremos que una corriente eléctrica de alta frecuencia y voltaje bajo, al ser aplicada a dos facetas opuestas del cristal hace que éste viaje en el tiempo.

—No alcanzo a comprenderlo —confesó el muchacho.

Dave pasóse una mano por la frente.

—Considerémoslo de otra manera. Supondremos que es algo que entiendes perfectamente y que el factor tiempo oscila a una velocidad muy alta. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Muy bien. Supongamos ahora que la materia normal: tú, yo, una casa, una piedra, opone una ligera resistencia en una de las direcciones de esta oscilación. Algo así como los detectores de cristal de las primeras radios que resistían a la corriente alternada.

—Creo que entiendo. Prosigue.

—Esta resistencia sólo permite que la materia avance lentamente por el tiempo en una dirección, desde el pasado, hacia el presente y el futuro.

—Comprendo. En realidad esto no tiene nada que ver con la máquina. No es más que una teoría sobre el tiempo y la materia.

—Pues sí y no. Es verdad que se trata de una teoría, pero también sirve para explicar el funcionamiento del cristal del tiempo.

—Prosigue.

—Pues bien, hemos descubierto que con las sales yodadas del «temporium» podemos gobernar esta resistencia de la materia con relación al tiempo. Es decir que podemos hacer que la materia avance por el tiempo con mayor rapidez.

—Ahora volvemos a la máquina del tiempo.

—Eso es —asintió Dave—. Hemos descubierto que aplicando electricidad a las facetas del lado menor del cristal podemos hacerlo avanzar en el tiempo. Si se da corriente a las facetas mayores del cristal, éste va hacia atrás. Es decir, que el cristal es el que viaja en la dimensión tiempo.

—Pero ¿y la máquina? ¿Cómo viaja?

—El efecto del cristal parece expandirse por los alrededores inmediatos. Forma una especie de esfera de la que el cristal es un núcleo. De paso te diré que por eso tiene la nave las hélices de helicóptero.

—¿Por qué? —inquirió Neil.

—Si partiéramos desde el suelo, el cristal trataría de llevarse consigo a la tierra. No es lo bastante poderoso como para levantar mucho peso, de modo que no funcionaría.

—Comprendo. De este modo, primero nos elevamos en el aire y luego activamos el cristal. No importa si nos llevamos aire con nosotros.

—Eso mismo.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—Ya verás —repuso Saunders—. Me falta una espiral del oscilador. Sin ella no puedo dar corriente de alta frecuencia al cristal.

—¿Y por qué no haces una?

—¿Con qué? No tengo ni un solo trozo de cobre en toda la nave. Recuerda que es casi toda de aluminio. La construimos así para que fuera más liviana.

—¿Y el cobre es el único material apropiado?

—No, hay otros buenos conductores de la electricidad; pero puedes apostar lo que quieras a que estos mayas no tienen ninguno que sirva.

Neil meditó un momento.

—¿Y el oro? —inquirió al fin.

—¿El oro?

—Lo tienen en abundancia. ¿Es buen con…?

—¡El oro! —Dave le echó los brazos al cuello, apretándolo contra su pecho—. ¡Por supuesto! ¿Cómo no se me ocurrió?

—¿Sirve?

—¿Si sirve? El oro es mejor conductor que el cobre. ¿Pero quién va a dárnoslo?

Los mayas se lo dieron.

Los dos amigos observaron con profunda atención mientras se calentaba el metal. El orfebre maya estudió la espiral del oscilador que le había dado Dave y luego dió la misma forma al oro que estaba trabajando.

Dave casi no podía esperar que el orfebre introdujera la espiral en un recipiente lleno de agua. Saltó del mismo una columna de vapor y el maya retiró la espiral para entregarla al joven. El ingeniero le dió las gracias y alejóse corriendo hacia la máquina con el precioso regalo.

De este modo, los mayas fueron testigos de dos partidas en el espacio de una semana.

De nuevo llevaron regalos y se elevaron plegarias a los dioses. Después agrupáronse alrededor de la nave mientras Neil y Dave preparábanse para iniciar su fantástico viaje.

Talu parecía algo intrigado.

—¿No llevaréis vuestra nave hasta la playa? —quiso saber.

—No —repuso Neil—. Saldremos desde aquí mismo.

—Pero no entiendo.

—No te asustes. Pase lo que pase, no hay nada que temer.

—Que os acompañen los dioses —dijo el sacerdote, al estrechar la mano a ambos.

—Cuida a tus fieles —respondió Neil.

Entró el muchacho en la nave, cerró la escotilla y se puso a observar las limpias y bien ordenadas calles de Chichén Itzá. Los mayas se apiñaron alrededor del aparato cuando los dos viajeros ascendían la escala de aluminio que iba hacia la sala de mandos.

Dave sentóse frente al tablero de instrumentos, elevó los ojos al cielo y dijo:

—¡Ojalá no nos falle!

—Amén —murmuró Neil.

El ingeniero tocó entonces el botón del encendido, poniendo en marcha el motor.

Aguardó unos segundos antes de anunciar:

—Ya subimos.

Lentamente comenzó a elevarse el aparato.

—Hasta ahora vamos bien —murmuró Saunders.

Desde abajo les llegaron las exclamaciones de asombro de los mayas que veían a la nave elevarse hacia el cielo.

Dave bajó una palanquita en el tablero y al instante resonó un zumbido prolongado en el interior de la cabina.

La máquina continuó subiendo lentamente y al fin dijo Dave:

—El viaje en el espacio marcha perfectamente. Voy a poner en funcionamiento el cristal del tiempo.

Neil recordó la otra vez que Dave pronunciara aquellas palabras. Hacía mucho tiempo, poco después sufrieron el accidente.

Saunders tendió la mano hacia otra palanca del tablero y el zumbido se tornó más potente. En el exterior apareció una niebla gris que lo envolvió todo por completo.

—Bueno, ahora no tenemos otro remedio que esperar.

—Y desear que todo salga bien —añadió Neil.

Mucho después hicieron descender la máquina. Dave había desconectado el cristal, y la niebla gris que los envolvía había cedido su lugar a la luz mortecina del anochecer.

—Según los instrumentos hemos llegado bien.

Neil sintió un temor momentáneo.

—¿Y si no fuera así?

Saunders se encogió de hombros.

—Si no fuera así…

—Si no fuera así —respondió Neil a su primera pregunta—, podríamos estar en cualquier lugar del mundo y en cualquier época de la historia.

—Eso es.

La nave descendió con lentitud, guiada por Dave a través de los árboles que se elevaban en los alrededores. Al fin se posó muy suavemente en un espacio libre. Ambos amigos descendieron a toda prisa por la escala para salir del aparato.

—Una selva —dijo Neil.

En lo alto sonaba el canto de los pájaros.

—Así parece —murmuró Dave.

—¿Pero dónde estamos?

—Hay un solo medio de averiguarlo. Echemos a andar.

Durante diez minutos marcharon en silencio, sin ver seres humanos ni nada que les resultara familiar.

—Oye —dijo de pronto Saunders—, se me acaba de ocurrir una cosa.

—¿No sería gracioso que nos encontráramos otra vez en la selva vecina a Chichén Itzá?

Neil se detuvo.

—¿Es posible que ocurra tal cosa?

—Seguro. Con este aparato puede ocurrir lo que menos se espera.

El muchacho reinició la marcha; pero ahora estaba alerta por si veía alguna fiera… y más de una vez le pareció atisbar los ojos amarillentos de un jaguar brillando entre las malezas circundantes.

XVIII

Los exploradores encuentran al dios

LA noche se abatió con rapidez sobre la selva, a la manera de una mortaja negra que extendiera sus sombras por doquier. Neil y Dave continuaron su marcha, sintiendo acrecentarse sus dudas en la misma medida en que se acrecentaba la oscuridad.

Los insectos nocturnos iniciaron sus chirridos y en lo alto comenzaron a titilar las primeras estrellas que a poco llenaron el cielo con su frío resplandor. Después apareció la luna en el firmamento.

¿Será posible que hayamos vuelto a Yucatán?, se preguntaba Neil.

No podía creerlo. Largo tiempo habían estado en el interior de la nave, escuchando el constante rugir de los motores y el zumbido del cristal maravilloso. Durante ese lapso pensaron que regresaban al hogar, viajando por el tiempo y el espacio para volver a su patria y al siglo veinte.

Pero, ¿y si había salido algo mal? ¿Y si Dave no había reparado bien la maquinal? ¿Y si el oscilador de oro no cumplió sus fines? ¿Y si…?

—¡Neil, mira eso!

¿Y si no se calibraron correctamente los instrumentos? ¿Y si se hallaban de nuevo en Yucatán, en la época…?

—¿Me escuchas, Neil?

El muchacho salió de su abstracción.

—Perdona, Dave. ¿Qué dijiste?

—¡Mira! Una luz eléctrica. No hay la menor duda.

—¿Qué?

—¡Sí! Allá adelante. Es una casa iluminada.

Neil miró con fijeza, casi sin poder creer en lo que veían sus ojos.

—¡Es verdad! —exclamó—. ¡Es una luz! —Hizo una pausa y agregó—: ¡Rayos!

—¿Qué pasa?

—¡Esa casa! —exclamó el muchacho, riendo a más y mejor—. Es el Salón de los Estudiantes. Estamos en la Universidad, viejo. El bosque es el nuestro.

Dave miró a su alrededor con gran asombro. Después se palmearon mutuamente, riendo con alegría.

—¡Tienes razón! —exclamó el ingeniero—. Hemos andado vagando por el bosque que hay detrás del estadio. ¡Estamos en casa, chico!

Echaron a correr y a poco se hallaron en las calles pavimentadas de la Universidad. Ésta se hallaba exactamente igual que cuando partieron. Allí estaba el Salón de los Estudiantes con sus muros cubiertos de hiedra. Relucían los faroles de las calles y las aceras serpenteantes estaban cubiertas de hojas caídas.

¡Otoño! Recién se iniciaba el verano cuando emprendieron su viaje y ahora estaban en otoño.

Pasaron corriendo frente a los diversos edificios para adentrarse en la Calle de los Profesores. La casita de ladrillos rojos hallábase a un extremo de la calle y brillaba una luz en una de las habitaciones del piso bajo. Fueron hacia ella a todo correr, subieron por los escalones y tocaron el timbre.

—Un momento —dijo una voz desde el interior.

—Mi padre —murmuró Neil, casi sin aliento.

Oyeron arrastrarse las zapatillas sobre la alfombra y a poco se abrió la puerta, apareciendo en ella la figura imponente del doctor Falsen. Estaba de pie y no tenía ya enyesada la pierna.

El sabio miró hacia la oscuridad exterior, esforzándose por reconocer a sus visitantes.

—¿Quién es? —preguntó.

Neil se contuvo a viva fuerza, mientras que una sonrisa curvaba sus labios. Su padre encendió entonces la luz del pórtico. Se volvía ya, con la mano sobre el interruptor, cuando vió de quién se trataba.

—¡Neil! —exclamó entonces.

Luego, como si no se convenciera de que era su hijo el que se hallaba allí parado, agregó en tono interrogativo:

—¿Neil?

El muchacho se le arrojó a los brazos.

—¡Papá, papá!

Ambos se separaron luego para mirarse.

—¡Hijo mío! —exclamó el sabio—. Creíamos que te habías…

Vió entonces a Dave y le tendió la mano.

—¡Dave! ¡Dios mío, no sé qué…!

Interrumpióse con los ojos llenos de lágrimas, y un momento se apartó de su hijo, volviéndose hacia el interior de la casa.

—¡Mamá! Ven aquí, mamá. ¡Ha vuelto Neil!

Acto seguido gritó lleno de entusiasmo:

—¡Ha vuelto mi hijo! ¡Ha vuelto mi hijo!… Pasa, Neil. Pasa y no te quedes allí parado.

La casa de los Falsen estuvo muy animada aquella noche. Los profesores entraron y salieron durante largo tiempo, y la señora Falsen anduvo de un lado a otro, atendiendo a los visitantes y sin poder quitar los ojos del rostro de su hijo. ¡Cómo había crecido!

Se presentaron también los estudiantes, y Neil habló durante horas, explicando el viaje, relatando las aventuras que habían tenido y contando detalles relativos a Erik, Talu y la ciudad de Chichén Itzá.

Al fin retiráronse todos y Neil quedó a solas con el autor de sus días.

—Ya ves, papá; no hallamos a Kukulcán —dijo entonces—. El viaje resultó un fracaso.

—¿Te parece?

—Sí. Ya te lo he dicho. No existió ningún Kukulcán. Los mayas no habían oído hablar de él.

El doctor Falsen se acarició la barba en actitud meditativa.

—Tú no sabías mucho respecto a Kukulcán —manifestó al cabo de un momento—. Por desgracia, no te expliqué más antes que partieras. Claro que no me figuré que Manning y Blake…

Se interrumpió al sentir que se le formaba un nudo en la garganta.

—No comprendo, papá.

—A menos que me equivoque mucho, el viaje no resultó un fracaso —manifestó el sabio.

—¿Qué quieres decir?

—Sabemos muy poco respecto a Kukulcán, pero estoy seguro de que tú podrás contarnos mucho acerca de él.

Neil negó con la cabeza.

—No te entiendo, papá. No lo encontramos. No había ningún…

—A Kukulcán se lo describe como un hombre blanco, de gran estatura y de pelo y barba rubios —dijo el doctor Falsen.

—¿Y eso qué tiene…?

—Se cree que influyó mucho en las costumbres agrícolas de los mayas.

—¿Las costumbres agrícolas? —preguntó el muchacho, comenzando a atisbar la verdad.

—Sí. Y se cree también que prohibió los sacrificios humanos, haciéndolos substituir por ofrendas de flores y frutos…

—¡Erik! —gritó Neil—. ¡Dios del cielo, era Erik!

—Sí —repuso el padre, sonriendo ante su entusiasmo—. Erik era Kukulcán.

—¡Pero eso es imposible! Yo lo conocí… Quiero decir que fuimos amigos y…

—Todo concuerda. Dices que mató a una serpiente.

—Sí, sí, así fué.

—Y su casco era alado.

—Sí.

—Quizá lo identificaron luego como el emplumado matador de la serpiente o el matador emplumado de la serpiente. Esto pudo haber sido abreviado más tarde, quedando unas palabras y cambiándose éstas a las que figuran en la leyenda: Serpiente Emplumada. Naturalmente, esto es una conjetura mía.

—Es demasiada remota la posibilidad —objetó el muchacho.

—Lo sería…, si no hubiera habido algo que convenció realmente a los mayas de que era un dios… Algo que les convenció sin dejar lugar a dudas.

—¿Qué puede haber sido?

El sabio enarcó las cejas.

—Ponte en el lugar de los mayas, Neil. Tus amigos se están por ir. Han sido compañeros del gigante rubio que mata serpientes y que hace milagros con la agricultura. Estos amigos entran en una extraña esfera transparente, suben por una escala…

—¡Santo Dios!

—… y su nave comienza a elevarse en el aire para luego desaparecer por completo.

—La máquina del tiempo. Me había olvidado por completo. Pero dije a Talu que no se asustara. Te aseguro que se lo dije, papá.

—Hijo mío, no me cabe la menor duda de que hallaste realmente a Kukulcán. Es más no se sorprendería de que tú mismo hayas desempeñado un papel muy importante en la leyenda que lo nombra.

—No es posible. ¿Yo?

—Quizá, Neil. De Erik estoy seguro, y tú tuviste cierta influencia en todo ello.

Neil pasóse una mano por la cara mientras su padre sonreía con expresión tolerante.

—No sólo hallaste un dios —manifestó el sabio—. También ayudaste a crearlo.

—¡Quién podría imaginarlo! —exclamó el muchacho—. ¡Erik! ¡Una divinidad! —Hizo una pausa recordando al *viking*—. Era un gran hombre, papá. Me gustaría verlo de nuevo.

—Eso no es imposible. Todavía tienes mucho que estudiar y que hacer; pero puedes aprender también algo más sobre la máquina del tiempo, y entonces… —El doctor Falsen hizo un guiño a su hijo—…, ¿quién sabe dónde puede llevarte?

Sonrió al poner un brazo sobre los hombros de Neil y ambos se encaminaron a sus aposentos.

—Y quizá la próxima vez lleves a tu padre, ¿eh? —agregó.

Neil se acostó aquella noche en su dormitorio, cuyas cortinas agitaba la brisa otoñal. Pero antes de quedarse dormido, volvió a ver la figura imponente de un gigantesco *viking* de barba rubia parado sobre la proa de su barco.

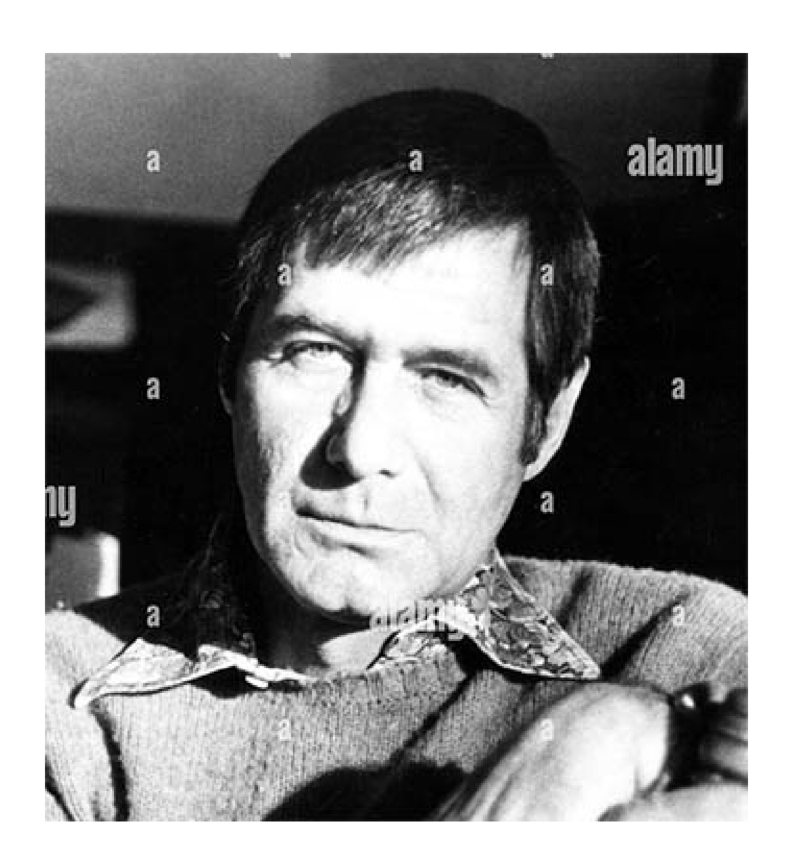
Erik. Kukulcán.

Pintábase una sonrisa en sus labios cuando al fin cedió a la fatiga.

«Tienes mucho que estudiar y que hacer; pero puedes aprender también algo más sobre la máquina del tiempo, y entonces… ¿quién sabe dónde puede llevarte?».

Y con esta perspectiva, sonriendo lleno de felicidad, Neil se quedó dormido.

FIN



SALVATORE LOMBINO (1926-2005), más conocido como Ed McBain, fue un escritor y guionista estadounidense. Aunque adoptó legalmente el nombre de Evan Hunter en 1952, nombre con el cual publicó varios novelas, entre ellas *Blackboard Jungle*, más conocida por su versión cinematográfica como *Semilla de maldad* (1955), dirigida por Richard Brooks y protagonizada por Glenn Ford.

A partir de 1956, cuando publicó Cop Hater, la primera de sus 55 novelas policíacas del subgénero de policía procesal, basadas en el Distrito 87, utilizaría el seudónimo Ed McBain para la mayoría de sus obras.

Otras obras suyas adaptadas para el cine incluyen *Un extraño en mi vida* (1960), con Kirk Douglas y Kim Novak, y *El turbulento distrito 87* (1972) con Burt Reynolds,2 Yul Brynner y Raquel Welch. Como guionista, colaboró con Alfred Hitchcock en adaptar una historia de Daphne du Maurier en *Los pájaros* (1963).

Notas

[1] *balearme*: pegar un tiro. <<

[2] *pecari*: Mamífero similar al jabalí, de unos 85 cm de longitud, pelo espeso castaño oscuro, patas muy delgadas, hocico largo, y sin cola; segrega un olor fétido por una glándula situada en el lomo; es omnívoro y habita en bosques de América del Sur y Central. <<

[3] *tlaxtli o tlachtli*: juego de pelota. <<

[4] *panqueque*: torta muy delgada y blanda, elaborada con harina, leche, huevos, mantequilla y azúcar, que se suele comer doblada, con chocolate, mermelada u otro alimento dulce o salado en su interior. <<